

Las lecturas no son inmunes

REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA
DEL LIBRO Y DE LA EDICIÓN DESDE LA PANDEMIA

Manuel Suárez Rivera

Pablo Avilés Flores

Compiladores



Universidad Nacional Autónoma de México

LAS LECTURAS NO SON INMUNES
REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA DEL LIBRO
Y DE LA EDICIÓN DESDE LA PANDEMIA

Las lecturas no son inmunes
Reflexiones sobre la historia del libro
y de la edición desde la pandemia

Manuel Suárez Rivera

Pablo Avilés Flores

Compiladores



México, 2025

Biblioteca Nacional de México (BNM). Catalogación en la publicación.

Autores: Suárez Rivera, Manuel, compilador. | Avilés Flores, Pablo, compilador. | Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Bibliográficas, editor. | Biblioteca Nacional de México, editor. | Hemeroteca Nacional de México, editor.

Título: Las lecturas no son inmunes : reflexiones sobre la historia del libro y de la edición desde la pandemia / compiladores Manuel Suárez Rivera, Pablo Avilés Flores.

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas : Biblioteca Nacional de México : Hemeroteca Nacional de México, 2025.

Identificadores: ISBN 978-607-587-670-2 (libro electrónico) | BNM ALMA 997668732908686

Temas: Libros -- Historia -- Siglo XXI. | Libros y lectura -- Aspectos sociales. | Bibliotecas -- Tecnología de la información. | Bibliotecas e Internet. | Pandemia de COVID-19, 2020- -- Aspectos sociales.

Clasificación CDD22: 002.090905 (libro electrónico)

Imagen de portada: *Plumaria elegans Helgoland*, por Gabriele Koth-Heinrich [https://en.wikipedia.org/wiki/File:Plumaria_elegans_Helgoland.jpg]. Utilizada en el marco de una licencia Creative Commons CC BY-SA 3.0 No portada [<https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es>].

Diseño de forros: Natalia Rojas Nieto

Primera edición: 2023

Primera edición digital (PDF): 2025

D. R. © 2025 Universidad Nacional Autónoma de México

© Instituto de Investigaciones Bibliográficas

Biblioteca Nacional de México / Hemeroteca Nacional de México

Centro Cultural Universitario, Coyoacán, C. P. 04510, Ciudad de México

Tels. (55) 5622 6807 y (55) 5622 6811 / www.iib.unam.mx

Traducciones por Manuel Suárez Rivera, Pablo Avilés Flores y Alejandra Ortiz Hernández

PAPIIT-IN401922 "El coleccionismo y la diáspora bibliográfica mexicana. Hacia un estudio de las rutas de dispersión de libros novohispanos".

ISBN (impreso): 978-607-30-8634-9

ISBN (PDF): 978-607-587-670-2



Las lecturas no son inmunes. Reflexiones sobre la historia del libro y de la edición desde la pandemia por Universidad Nacional Autónoma de México se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

Esta obra fue sometida a un proceso de dictamen en la modalidad doble ciego por académicos especialistas en el tema. Los dictámenes resultaron favorables para la totalidad de la obra, en todas sus secciones, partes y capítulos; por lo cual el Comité editorial del Instituto de Investigaciones Bibliográficas dio visto bueno para su publicación.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

Índice

Prólogo. Sobre la cultura del libro durante la pandemia: algunas reflexiones entre maestros y lectores Pablo Mora	9
Introducción. La promesa digital Manuel Suárez Rivera y Pablo Avilés Flores	19
PENSAR LA PANDEMIA	
Repensar la lectura. La biblioteca en la era de Internet Carlo Ginzburg	31
¿Qué es un libro? James Raven	43
Las lecturas no son inmunes. Historia de la lectura en tiempos de pandemia Roger Chartier	65
PUBLICAR EN LA PANDEMIA	
Piratería y difusión de la Ilustración. Presentación del libro <i>Pirating and Publishing. The Book Trade in the Age of Enlightenment</i> Robert Darnton	91

La librería no está lista para desaparecer. Presentación del libro <i>Histoire des libraires et de la librairie</i> Jean-Yves Mollier	107
Escribir sobre la crisis del tiempo en tiempos de crisis. Presentación del libro <i>Chronos. L'Occident aux prises avec le temps</i> François Hartog	123
DIALOGAR DURANTE LA PANDEMIA	
Tiempo para (re)leer Pedro Guibovich	135
Nuevas perspectivas en la historia del libro Pedro Rueda	153
El reto digital de las bibliotecas Anne Pasquignon	175
Una conclusión, dos años después	189

Prólogo

Sobre la cultura del libro durante la pandemia: algunas reflexiones entre maestros y lectores

Pablo Mora

DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉXICO
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Los temas de este volumen son fundamentalmente libros, autores, ediciones y lectores en pandemia, presentados a través de la reflexión de maestros especializados en los fenómenos de la cultura del libro, es decir, de estudiosos de su historia, recepción, edición, circulación, producción y un largo etcétera. Los autores aquí convocados, desde distintos ámbitos y procedencias universitarias del mundo, son especialistas que han contribuido de manera sustancial en la forma como leemos y editamos, al igual que en el análisis general de la historia del libro y sus alcances dentro de disciplinas como la bibliografía, la historia y la literatura, entre otras. Todos ellos ofrecen algunos lineamientos de análisis sobre estos temas, teniendo en cuenta las implicaciones mundiales de confinamiento en casa a las que fuimos sometidos por la pandemia del covid-19 en 2020.

Esta condición tuvo como transformaciones más inmediatas la necesidad de una comunicación social a distancia y la aceleración del desarrollo de una realidad documental sustentada en redes y plataformas digitales. Se trató, en todo caso, de una realidad digital, social y documental que, a pesar de su irreversible presencia en nuestra vida cotidiana y de lectura, sirvió para mantenernos y explorar otras maneras de documentarnos, de satisfacer nuestras necesidades profesionales concretas de información; actividades todas ellas que también significaron nuevas formas de lectura, cambios de hábitos y la búsqueda de nuevas estrategias para identificar fuentes y sitios confiables. Con todos estos desafíos, la realidad virtual escrita, impresa, sonora y visual no representó un alejamiento de lo que ha sido y seguirá siendo uno de los

instrumentos por excelencia para la subsistencia del hombre: el libro como instrumento de memoria y conocimiento; más bien sucedió lo contrario. Éste se articuló como herramienta de retroalimentación y, en todo caso, derivó en la reflexión de nuevas problemáticas en torno a nuestro consumo, consulta y al tipo de lectura de fuentes que usamos para desarrollar las distintas labores de estudio, análisis y edición de esa misma cultura escrita.

Como lo sugiere el título de este libro, que retoma las palabras de Roger Chartier, “las lecturas no son inmunes”. Si bien es cierto que esta nueva producción y circulación de textos digitales a distancia seguirá cohabitando y retroalimentado el objeto tradicional del libro, ahora también se convierten en una fuente alternativa que supone una manera de consulta distinta, más rápida y accesible, pero, además, que tiene otras consecuencias en tanto que trastoca los ritmos de lectura, la posesión e inmaterialidad del objeto, los cambios en los alcances de la transmisión documental, la fidelidad y la estabilidad del texto frente a otras posibles versiones, incluso traducciones, y ediciones no necesariamente fidedignas o completas, etcétera.

Este mismo proceso de desarrollo y transformación documental, diverso y abierto, ha hecho que las bibliotecas también vuelvan a desempeñar un papel importante, debido a que continúan estableciendo formas globalizadas y sustentables en el desarrollo de mecanismos de difusión y de transmisión de esos objetos o documentos digitales. Las bibliotecas son, al mismo tiempo, coadyuvantes para generar nuevas herramientas de lectura y consumo, en función de las necesidades del lector presencial o a distancia. No podemos olvidar que una biblioteca, entre otras cosas, sigue cumpliendo funciones muy específicas al establecer un orden documental, garantizar una preservación óptima y desarrollar sistemas de referencia confiables, normalizados, dentro de una realidad de sitios de información textual digital que en la actualidad proliferan y compiten con otros intereses, sean comerciales, ideológicos o de cualquier otro tipo, en un contexto de derechos universales a la accesibilidad y a la información. Sea como sea, las bibliotecas siguen representando instituciones culturales con una responsabilidad crucial como intermediarias de sistemas de adquisición, consumo y circulación libresco confiable que están sustentadas en disposiciones y derechos sin contravenir otras leyes e intereses dentro de las sociedades democráticas.

Lo cierto es que, desde hace un par de décadas, la producción del libro se ha ido transformando, multiplicando y diversificando, sin abandonar el im-

preso en papel, sea mediante la digitalización de esos mismos libros físicos (analógicos) o de aquellos otros nacidos digitalmente. Con ello, entre muchas otras consecuencias y como ya dije, se han transformado no sólo nuestros espacios de lectura, sino también las formas como entendemos el libro y la tradición de la cultura impresa, acentuando —entre otros asuntos— la falta de programas de recolección editorial, comercialización, circulación y preservación digital. Asimismo, frente a la facilidad en el acceso a esos materiales y su proliferación en todos los ámbitos de nuestra vida cotidiana y laboral, se ha generado una aceleración que va más allá de los ritmos del acceso gratuito o de la compra de objetos digitales, que exige que nos replanteemos las tradicionales historias del libro y problematicemos así nuestra noción de patrimonio documental dentro de temas globales que suponen riesgos. Algunos de ellos son la pérdida de nuestra memoria documental, la falta de sustentabilidad, modificaciones a la idea de los nacionalismos documentales, los peligros por el deterioro a causa del cambio climático, sismos y conflictos bélicos, etc. Estos riesgos, por suerte, se han ido conteniendo mediante una serie de acciones específicas realizadas por organizaciones internacionales como la UNESCO y su programa de Memoria del Mundo, o bien por iniciativas anteriores como la Convención de Berna (1886), dedicada a regular los derechos de autor y contener la piratería (Protección de las Obras Literarias y Artísticas), o muchos años después (2003) por expresiones como la carta de la UNESCO sobre la preservación digital, entre muchas otras.

Ahora bien, si volvemos a las consecuencias más inmediatas de los cambios que ha provocado la producción digital a la luz de la pandemia, como el consumo acelerado y masivo de información —potencializado en redes—, las aparentes ventajas iniciales de la multiplicidad de formatos y versiones, el bajo costo, la facilidad de transmisión y acceso, y la rapidez de producción conllevan, paradójicamente, otros riesgos en la web como la existencia de fuentes de información poco veraces, los textos mutilados, alterados o mal catalogados, o bien los abusos de una voraz estrategia de digitalización y comercialización, por ejemplo, el caso de una empresa como Google Books que buscó monopolizar el comercio del libro, de manera particular aquella relacionada con la digitalización de “libros huérfanos”.

Éstos y muchos otros temas se debaten en este libro. Se parte de las problemáticas que obligaron a los especialistas a reflexionar sobre cuestiones como la necesidad de reconocer nuevas prácticas y buscar otras formas de

trascender esas limitantes a través de un estudio de la historia del libro más compleja y también desde una forma de leer, si no distinta, sí menos vertiginosa y más lenta, para dar oportunidad a la reflexión y a la crítica y, presumiblemente, para hacerla más placentera en una situación temporal excepcional. No en vano la división del libro en tres partes —Pensar la Pandemia, Publicar en la Pandemia y Dialogar durante la Pandemia— revela una atinada disposición de perspectivas y experiencias desde las cuales los compiladores identifican problemáticas específicas que enfrenta la vida académica y libresca en esa sociedad del conocimiento pandémica y contemporánea.

Pensar la Pandemia supone, sobre todo, evaluar las distintas problemáticas que derivaron de ella a la luz de la historia del libro y la lectura. No podemos negar que, a partir de la pandemia, la demanda de comunicación social se incrementó notablemente en las bibliotecas y en los centros de educación, los cuales respondieron a través de la producción y sofisticación de lecturas digitales: ofrecieron materiales en línea y a distancia, además de nuevos servicios que permitieron el respaldo y el mantenimiento de una actividad importante de los servicios de información, investigación y educación en general. No es tampoco un accidente que este libro sea el resultado de esa misma posibilidad de potenciar formas de difusión y reflexión virtual a través del difícil panorama de una pandemia, ya que utiliza los mismos recursos de comunicación e información de Internet y sus redes. Por ello, en el caso de la propia Biblioteca Nacional de México, con un grupo de investigadores se organizó el programa “Una cita con la Biblioteca”, que de manera excepcional y virtuosa pudo convocar a los mejores especialistas de buena parte del mundo para que nos mostraran su experiencia ante el confinamiento.

Si el libro digital es ahora el instrumento más versátil, más rápido, menos costoso y más accesible para satisfacer las necesidades de información de manera más inmediata, es cierto también que, como plantean los compiladores de este volumen, la nueva situación presenta problemas importantes con respecto a los índices de desigualdad social en términos tecnológicos. Ciertamente, en muchos países, varios segmentos de la población carecen de las condiciones económicas, la infraestructura y la educación digital para poder acceder a la información y los productos culturales, y esto es un hecho que revela la profunda desigualdad que persiste en las sociedades contemporáneas. Por ello, los mecanismos y sistemas de difusión y acceso son ahora las herramientas que las bibliotecas deben ponderar, sin descuidar el ámbito presencial y de con-

sulta tradicional.

Carlo Ginzburg, se pregunta: “¿De qué manera Internet cambió los hábitos y las técnicas de lectura? ¿Cómo influyen e influirán dichos cambios en el funcionamiento de las bibliotecas?”. Estas preguntas parecen oportunas para guiar al lector de estas páginas. El mismo Ginzburg plantea de manera epistemológica la complejidad del acto de la lectura, y para ello apela a otras motivaciones que intervienen en el lector, una memoria inconsciente, que actúa en nuestro cerebro de manera inverosímil en milésimas de segundo. Precisamente muchas de estas técnicas de asociación se han acelerado con la ayuda de Internet a un grado superlativo, transformando nuestros hábitos de lectura y acelerando las formas de adquirir la información. En ese sentido, Ginzburg propone volver a las prácticas de una lectura lenta, más filológica, que apueste más por la atención detenida y pausada de los fenómenos que competen a temas como la historia del libro.

James Raven ve el problema en función de medir los alcances y el auge que han tenido los recientes estudios de la historia del libro, porque gracias a ello podemos redefinir nuestra noción de lo que entendemos por “libro”, a partir de un estudio más complejo y globalizado. Su propuesta plantea una lectura más amplia y abierta de ese objeto impreso, que no puede soslayar “otras historias del libro” fortalecidas en los últimos 40 años, para verdaderamente tener una noción más cabal que consiga analizarlo en toda su dimensión, es decir, estudiar el fenómeno comparativamente, entre historias del libro no sólo nacionales y globales sino también entre las actuales y las del mundo antiguo. En ese sentido, concibe el libro como un objeto sin fronteras, con un camino que apenas abrimos, en cuanto al estudio de la lectura y su recepción en un mundo digital. Raven, con ello, rompe con una visión eurocéntrica del libro para dar paso a lo que representa asumirlo como un texto que sea al mismo tiempo comprensible y portátil, más complejo. De igual modo, la historia del libro es clave ahora porque es capaz de revelarnos fenómenos sociales en la transmisión de las ideas, a través de una historia más globalizada de dicha materia.

Roger Chartier, por su parte, vuelve a plantear algunos puntos centrales desde sus intereses más recientes, dedicados al tema de la traducción o “la hospitalidad lingüística”, es decir, nos habla de otro tipo de movilidad y circulación de los textos, a través de su traducción y materialidad. Esta última hace referencia al formato, sea folletín, periódico, miscelánea u otras formas.

Los anteriores son algunos de los elementos que trastocan nuestra interpretación del texto, su repercusión y sus formas de lectura. La circulación de la traducción como una nueva área de observación permite distintas maneras de historiar la literatura y otros análisis de la historia social. Por otra parte, el tema de Internet y el mundo digital es una realidad que más bien nos reitera lo antes mencionado acerca de la desigualdad, por el hecho de que el acceso a los materiales supone el poseer una infraestructura tecnológica y educación digital mínima, lo cual no sucede en países poco desarrollados. Chartier también señala la necesidad de buscar otras formas de plantear la circulación del libro bajo la brújula del estudio global de dicho objeto, un planteamiento que coincide con Raven al cuestionar la visión eurocéntrica del libro. Para Chartier el mundo de la digitalización ha repercutido en la lectura por el simple hecho de que ésta inmaterializa el libro y éste deja de estar asociado a un objeto, a un texto encuadernado y materialmente único. Las consecuencias son muchas y quizá por ello se acrecientan la necesidad y la importancia de las bibliotecas como sistemas de referencia puntual y material. La pandemia ha acelerado estos procesos, por tanto, los ha vuelto más evidentes como problemas preexistentes.

En un segundo apartado, *Publicar en la Pandemia*, tres de los maestros se detienen a presentar sus más recientes libros y, a partir de problemáticas distintas, pero centrales, revisan los alcances de la competitividad editorial en el siglo XVIII en Francia o las formas de comercializar el libro a la luz de la historia de las librerías, sin descartar el impacto y la experiencia que significó publicar durante la pandemia. Robert Darnton revisa la proliferación de los editores pirata en el siglo XVIII y descubre varios problemas preexistentes en la actualidad, como la necesidad de reducir dicho fenómeno a través de estabilizar los textos y proteger los derechos de autor, entre otros asuntos. Por su parte, Jean-Yves Mollier, que se centra en las librerías y librerías, justifica de manera puntual la imprescindible existencia de estos agentes para fortalecer los catálogos en línea y detonar el interés por la lectura. Este mismo autor francés, como otros especialistas, propone una revisión de la noción del libro, ante la diversidad de formatos y variantes. En ese sentido, arriesga una definición más problemática: “un libro es lo que el lector considera que lo es”, pero también realiza un elogio al librero, en cuanto agente clave para mantener la vitalidad de la lectura. El problematizar sobre lo que entendemos por libro es lo que nos lleva a proyectar su circulación y comer-

cialización. En cambio, François Hartog advierte otras mediciones a través de su recién publicado *Chronos: Occidente y su batalla contra el tiempo*, un libro sobre el tiempo que le permitió establecer otros parámetros dentro de la historia de la cultura impresa, a partir de nociones como el progreso y el futuro.

En la última sección del libro, *Dialogar durante la Pandemia*, podemos identificar una estructura distinta a la del resto del libro. Se caracteriza más por una lluvia de preguntas del público, los lectores y de los organizadores que dan oportunidad a los expertos de ir subrayando y puntualizando algunos de los temas más importantes con relación al impacto de la pandemia sobre la lectura y el trabajo en la vida académica.

Pedro Guibovich, desde temas como la censura y la Inquisición en los siglos XVII y XVIII a la luz de los jesuitas, retoma el tema de la necesidad de reconstruir la historia del libro en Latinoamérica, para verdaderamente medir los alcances de la censura. Por otra parte, Pedro Rueda reflexiona sobre el papel que desempeñan las instituciones librescas, como las bibliotecas, y está de acuerdo con el papel importante que ejercen de intermediarios entre el libro y el lector en un contexto digital. Anne Pasquignon, finalmente, al reflexionar sobre el mundo de la digitalización, hace propuestas muy pragmáticas, como bibliotecaria de uno de los repositorios nacionales más importantes del mundo: mide el impacto del mundo digital mediante la oferta que desarrolla la Biblioteca Nacional de Francia (BnF) en los servicios bibliotecarios, una oferta que ya registra un crecimiento más significativo en función de la demanda de los investigadores y que ya no sólo incluye el material francés, sino también el del extranjero. El criterio adoptado por la BnF es lo que precisa una vía clara para la difusión del patrimonio documental en un sentido más amplio y frente a la proliferación de copias digitales procedentes de otros sitios de Internet. En ese sentido, las colecciones nacionales y extranjeras tienen un mismo valor patrimonial, por ello resulta importante estar conscientes de que hay un desplazamiento de la noción del nacionalismo patrimonial documental.

Todos estos maestros especialistas coinciden en las paradojas que trajo consigo la pandemia al mundo del libro, muchas de ellas positivas, otras más problemáticas, pero, en general, es un hecho que la pandemia abrió un paréntesis para debatir sobre los destinos del libro y de la cultura escrita, al mismo tiempo que ofreció más tiempo para leer: un tiempo de lectura que, ante todo,

restituyó el placer de ésta. Asimismo, la pandemia trajo el descubrimiento de múltiples fuentes digitales y la posibilidad de abrir nuevos caminos, como el del estudio de las experiencias de lectura.

En otro ámbito, la pandemia también representó un reto para todos, en tanto nos conmina a crear nuevos mecanismos que garanticen la posibilidad de conexión entre el libro y el lector, para así asegurar el acceso a fuentes confiables por parte de la sociedad. Este circuito es posible siempre y cuando se desarrolle, en primer lugar, una igualdad de condiciones tecnológicas y se recupere la función del librero y el bibliotecario como intermediarios para establecer la curiosidad por los libros. Las bibliotecas y librerías son parte de ese círculo prodigioso, porque son recintos que potencializan la vida de la cultura impresa. Entre las soluciones a las preocupaciones aquí expuestas, se trata también de saber armonizar los temas que garantizan la propiedad intelectual con los derechos de acceso a la información (textos y documentos), para estabilizar más el proceso de la cultura del libro (disminuir la piratería y consolidar instituciones patrimoniales, como las bibliotecas, museos y archivos), con el fin de garantizar la vitalidad de la memoria documental.

Por último, es un hecho que, en la actualidad, la fascinación por la historia del libro —la biografía de los libros— como un área disciplinaria decisiva en el estudio de la cultura de los pueblos, ya sea en tiempos de pandemia o en otros periodos, ha cobrado una dimensión clave para explicarnos fenómenos y problemáticas de nuestra realidad cultural documental. Como sabemos, se trata de una disciplina muy antigua que con el nombre de bibliografía o bibliología ha servido desde tiempos antiguos para entender fenómenos como la preservación del patrimonio documental y la transmisión de la cultura escrita. En ese sentido, la propia historia del libro ha tenido una evolución particular que Robert Darnton definió como “la historia social y cultural de la comunicación impresa” y que se ha ido desplazando a causa de otros temas centrales que van de la historia de la edición a la historia de la impresión, de la contribución de los estudios literarios en temas como los de autoría, edición y recepción a la historia comparativa de varias tradiciones, entre otros.

Por ello, no en vano en este mismo libro se apela a una historia de la conciencia patrimonial documental. Bajo una interrogante que procede de tiempos antiguos y que se consolida en el siglo xx, ¿qué es el libro?, repara en fenómenos culturales fundamentales y emergentes con una sociedad global en jaque que, a su modo, ha estado cobijada por ese instrumento único de la

humanidad que conserva su memoria.

Introducción

La promesa digital

Manuel Suárez Rivera

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES BIBLIOGRÁFICAS

Pablo Avilés Flores

PROGRAMA DE HISTORIA DEL PATRIMONIO DOCUMENTAL MEXICANO

El año 2020 representó un momento extremadamente complicado para el mundo. La pandemia de covid cambió la vida de millones de personas y obligó a los más afortunados a un confinamiento en sus hogares; para los menos afortunados, a la supervivencia diaria se agregó una nueva amenaza. Apareció una nueva normalidad en dos velocidades. El virus permanecerá y con él la incertidumbre. Pero mientras escribimos estas líneas se han hecho enormes progresos, a velocidad récord, en el combate contra este enemigo invisible.

Para la academia, el confinamiento obligó a replantear el quehacer cotidiano y las futuras perspectivas en los estudios del libro y de la edición. Una de las primeras consecuencias fue la suspensión de los viajes y estancias de investigación, labor fundamental en las bibliotecas y archivos del mundo. A diferencia de otras pandemias en la historia de la humanidad, ahora contamos con una herramienta importante: Internet, que nos brinda la posibilidad de tener reuniones virtuales. En todas las universidades y escuelas, las reuniones virtuales se presentaron como la única alternativa para continuar con la labor educativa.

La pandemia evidenció las carencias en el campo académico y educativo, así como la necesidad de resolverlas. Esta crisis mostró el camino que falta por recorrer en el uso de tecnologías y, en cierto modo, también es una oportunidad para ponerse al día. Se trata de una crisis particular en muchos sentidos: tanto por el alcance, la rapidez y la tétrica eficacia de esta nueva enfermedad, como por el momento histórico en el que nos encontramos.

Parecería que la humanidad tiene los medios necesarios para dar una respuesta eficaz. En un futuro próximo, o quizá ya desde ahora, veremos si la respuesta fue suficientemente rápida o atrozmente lenta.

Ante esta situación de crisis, sólo queda esperar y reflexionar. Durante una conferencia en la Biblioteca Nacional de México, Vicente Quirarte recordaba que nos queda la *resignación*, es decir, firmar de nuevo el pacto, tácito o expreso, para continuar con nuestras vidas. Resignar, *re-signar*, firmar de nuevo, inscribir nuestra existencia en la continuidad de una cultura compartida.

Como vehículos y refugios de la cultura, la actividad en instituciones culturales y educativas consiste, antes que nada, en compartir. Es imposible crear cultura sin reparto o redistribución. Y ello aplica tanto a nivel social como entre colegas. Las instituciones culturales, como las universidades, las bibliotecas y los centros de investigación, tienen la responsabilidad y el deber de ponerse del lado de los usuarios, incluso de militar por una cultura compartida, fecunda, capaz de ir más allá de las barreras tecnológicas y económicas; que pugne por un marco jurídico que favorezca al lector, al investigador y al usuario en general; que preserve y transmita el patrimonio, el conocimiento, lo bello, la historia y los medios de producción del saber hacer y, más importante aún, del saber vivir.

Desde hace mucho tiempo el fenómeno digital se impuso como un cambio bienvenido y necesario. La pandemia hizo más urgentes las posibles respuestas a la necesidad de continuar con la difusión e intercambio entre expertos y usuarios de bibliotecas a la distancia.

Lo digital es, a la vez, una tecnología de alta precisión, pero también una serie de actividades que, por su alcance y variedad, ha inundado todos los aspectos de la vida cotidiana. Lo digital ha generado una de tantas paradojas de nuestro tiempo: la abundancia de fuentes está acompañada por una desigualdad en el acceso a la red, provocada por factores sociales y económicos, que se agudiza de forma dramática en países como el nuestro. Lo digital, en fin, perturba y transforma tanto al individuo como a la sociedad, crea problemas ecológicos, plantea nuevas dificultades jurídicas, económicas, revela realidades políticas, históricas, sociales y, desde hace ya casi tres años, parecería la respuesta adecuada e inmediata a los retos sanitarios más urgentes.

Una nueva manera de leer

Las bibliotecas, la creación literaria y la innovación digital tienen en común su carácter híbrido: las tres giran en torno a una escritura letrada, es decir, tanto las bibliotecas como la literatura y el código digital cuentan con autores expertos o reconocidos, nunca son empresas puramente individuales, sino necesariamente colectivas o participativas. No tienen sentido si no es a través de una modificación sin precedentes del contexto en el que se llevan a cabo o se escriben. Modificación del contexto quiere decir “otra manera de leer”. Lo digital ha provocado que el texto y el mensaje se disocien de su antigua forma y se adapten a una serie de unos y ceros que son enviados desde cualquier computadora o servidor a la velocidad de la luz y recibidos en cualquier momento en cualquier computadora o servidor desde el cual se les invoque.

Pero si la aparición de lo digital ha acelerado la mutación de los productos científicos y literarios, la pandemia aceleró estos cambios, al evidenciar el camino que falta por recorrer. Las instituciones culturales y educativas destinadas a la preservación y transmisión de la memoria colectiva tienen como objetivo primordial permitir el acceso más abierto posible a sus colecciones. En lugar de estructuras o monumentos, estas instituciones deben establecer accesos que, sin poner en peligro objetos históricos, permitan consultarlos y echar a andar prácticas digitales ciudadanas, entre las que se incluyen las nuevas formas de leer que ha generado lo digital. El acceso a ese contenido es la condición de toda libertad de pensamiento y de toda democracia, tanto a nivel público como entre especialistas.

Cierto, es necesario un primer nivel de alfabetización: el dominio de las implicaciones éticas y políticas del acceso, incluso la neutralidad del uso de lo digital. Pero más importante aún es la forma y el acceso a través de los ambientes digitales institucionales y la generación del conocimiento gracias a los acuerdos entre las partes concernidas: autoridades, técnicos, investigadores, público usuario, etc. En otras palabras, el ambiente digital no se limita a la escritura de un código fuente que permita su uso por parte de expertos en computación, sino que está estrechamente condicionado por un conjunto de normas institucionales, la correspondencia entre especialistas y los usos que de todo ello haga la sociedad.

Una cita con la Biblioteca Nacional

Durante los primeros meses del 2021 en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas (IIB), a través del Programa de Historia del Patrimonio Documental Mexicano (PHPDM), decidimos organizar un ciclo de charlas para valorar los avances alcanzados hasta antes de la crisis sanitaria, escudriñar el futuro de la investigación sobre la historia del libro y observar los cambios inmediatos y permanentes en las prácticas de lectura y de investigación. Titulamos ese ciclo de conferencias “Una cita con la Biblioteca Nacional. Actualidad y porvenir de la historia del libro y la edición tras la pandemia”.

Respondieron a la invitación varios de los estudiosos de la cultura impresa más influyentes. Sus campos y lugares de estudio permitieron cubrir varias regiones del mundo y, con ello, obtuvimos un amplio panorama del confinamiento en el medio académico, particularmente en los estudios del libro. Ironía de la historia, un evento de esta magnitud hubiera sido imposible de manera presencial debido, entre otras cosas, a los costos de traslado desde diferentes lugares del mundo.

Una vez por semana, entre el 2 de febrero y el 13 de abril 2021, pudimos escuchar a Robert Darnton, Carlo Ginzburg, Pedro Guibovich, Pedro Rueda, James Raven, Jean-Yves Mollier, Roger Chartier, François Hartog y Anne Pasquignon en un ciclo de conferencias que titulamos “Una cita con la Biblioteca Nacional de México”, haciendo referencia a las citas textuales que los usuarios suelen llevarse entre sus notas cuando visitan la biblioteca y también al aspecto social de los encuentros personales, que tanta falta hicieron en la cuarentena. Este libro es resultado del esfuerzo realizado durante 2021 y será completado con un segundo volumen que conjuntará las charlas de 2022.

Aspiramos a que ambos volúmenes sean un testimonio de la manera en la que se vivió y enfrentó la pandemia desde los estudios del libro y la edición. Deseamos que las charlas hayan llevado algún tipo de alivio a las dudas que todos teníamos al momento de la pandemia. Y, sobre todo, pretendemos que la versión impresa de dichas conferencias se erija como un vestigio de ese terrible momento, para las generaciones futuras. De ahí nuestro interés en reflejar la mayor cantidad de perspectivas nacionales y plasmar cómo algunos de los autores más influyentes en nuestro campo señalaron el camino a seguir.

Cada uno de los invitados tuvo la libertad de aprovechar el espacio como mejor le pareciera, reflejando sus circunstancias particulares. Esta diversi-

dad fue enriquecedora. Con el fin de darle coherencia, las intervenciones están organizadas de forma temática en tres secciones: Pensar la Pandemia, Publicar en la Pandemia y Dialogar durante la Pandemia. Los nombres de las secciones hacen referencia a la continuación del trabajo de los académicos y a la necesidad que se impone de entender y reflexionar acerca de los cambios que provocó.

Pensar la Pandemia reúne las intervenciones de Carlo Ginzburg, James Raven y Roger Chartier. Los profesores Ginzburg y Chartier presentaron un texto preparado especialmente para la ocasión y el profesor Chartier preparó algunas respuestas a una serie de preguntas, las que constituyen una verdadera conferencia. La segunda sección, Publicar en la Pandemia, es un testimonio de las obras que vieron la luz durante esta crisis. En ella, los autores no sólo exponen el contenido, génesis y pertinencia de su obra, sino la manera en que la pandemia afectó la publicación de sus trabajos. Fue el caso de Robert Darnton, Jean-Yves Mollier y François Hartog. Finalmente, en la sección titulada Dialogar durante la Pandemia se encuentran los autores que optaron por responder directamente a las preguntas que dieron origen al ciclo, tal como lo hicieron Pedro Guibovich, Pedro Rueda y Anne Pasquignon, rindiendo testimonio de los esfuerzos por continuar el trabajo de los diferentes especialistas del mundo del libro.

El volumen comienza con un espléndido ensayo de Carlo Ginzburg titulado “Repensar la lectura. La biblioteca en la era de Internet”, donde reflexiona sobre los cambios en nuestros hábitos de lectura gracias a Internet. En un mundo de la velocidad, donde la inmediatez de los datos digitales nos ha acostumbrado a leer de forma más veloz, el profesor Ginzburg plantea un regreso a la “lectura lenta”, que puede y debe combinarse con la velocidad de Internet. Incluso las prácticas en la búsqueda de información han cambiado: el profesor relata algunas formas en las que él mismo ha jugado con los catálogos digitales, en este caso, con el catálogo Orion de la biblioteca de la UCLA. Ginzburg advierte claramente que, a pesar de las ventajas de la era de la información, nada puede sustituir el acceso a los soportes materiales, aunque es cierto que ahora puede difundirse ese patrimonio a un público más amplio.

El profesor James Raven ofrece un ensayo estupendo titulado “¿Qué es un libro?”. Se trata de un esfuerzo por mostrar una visión global, no eurocéntrica, del libro. Una de sus tesis centrales es que la función principal del

libro consiste en “la comunicación, la creación y difusión de significados provenientes de una forma gráfica y legible, así como portátil y replicable”. Para demostrarlo, en el texto habla de diferentes tipos de libros, desde los *banben* de China, los códices y las pieles de animales de la América precolombina, hasta los bloques y rollos *thangkha* del Tíbet y Mongolia. Un tema de gran interés concierne a las distintas traducciones del nombre de la disciplina conocida como “historia del libro”, que han originado problemas metodológicos. Sin embargo, los intentos comparativos y la interdisciplinariedad (bibliografía, codicología, epigrafía e historia del arte, entre otras) son algunas de las características más importantes de estos estudios. El ensayo del profesor Raven representa una gran aportación a la reflexión sobre la definición del libro desde una perspectiva global.

El profesor Roger Chartier compartió los trabajos que realizaba en ese momento y cómo pudo sobrellevar el confinamiento. Dentro de sus preocupaciones temáticas destacó la traducción como un fenómeno histórico que denominó “hospitalidad lingüística”, pues lo relaciona con la “acogida del otro”. El colonialismo juega un papel central, en términos de lengua dominante. Destacó algunos ejemplos incluidos en un libro que estaba concluyendo y que permiten entender esta tensión; hoy, dicho libro es una realidad.¹ En lo que se refiere a las perspectivas más promisorias, Chartier coincidió con otros especialistas al destacar la urgencia de realizar “historias conectadas”, una historia global del libro que haga justicia al libro en sí mismo. También detalló el tema del giro material, los soportes materiales y cómo inciden en las prácticas lectoras. Finalmente, abordó la manera en la que han cambiado las prácticas lectoras no sólo a partir de la pandemia, sino desde que el formato digital se popularizó.

La segunda parte de esta obra, *Publicar en la Pandemia*, contiene la presentación de tres libros nuevos. Esta sección tiene dos objetivos: por una parte, busca difundir las obras concluidas de importantes investigadores y, por otra, rendir testimonio de la producción académica durante la pandemia. Si a ello agregamos el diálogo que se estableció con el público y que también reproducimos, nos daremos cuenta de que esta sección no se limita a presentar libros, sino que es auténticamente una fotografía de las preocupacio-

¹ *Éditer et traduire. Mobilité et matérialité des textes (xvie-xviii^e siècle)*, Hautes Études (Paris: École de Hautes Études en Sciences Sociales / Gallimard / Le Seuil, 2021).

nes de los conferencistas y del público.

El primer texto de esta sección es de Robert Darnton. El profesor presentó su último libro, *Pirating and Publishing. The Book Trade in the Age of Enlightenment*,² publicado un día antes de efectuarse esta conferencia, el 2 de febrero de 2021. El profesor Darnton señaló que comenzó a escribirlo en 1965 y en él ofrece un panorama detallado de la edición en Francia durante la segunda mitad del siglo XVIII. Uno de los objetivos del libro es “entender el proceso de comunicación” y ahonda en las condiciones mercantiles y geográficas de los editores que se dedicaban a la piratería. Así, la existencia de un gremio de libreros en París obligó a otros editores a establecer un corredor cultural en torno a la frontera este de Francia, que el profesor denominó el “creciente fértil”, y fue ahí donde se produjo la inmensa mayoría de los libros franceses piratas del siglo XVIII. En un tono ameno, el profesor explicó los diferentes tipos de piratería con los que se encontró: algunas fueron hechas por hombres de negocios, todos unos caballeros, mientras que otros rayaban en lo delincencial. Las curiosas anécdotas contadas por el profesor permiten entender los “trucos del mercado” y considerar que, en lo que se refiere al mundo de la edición, la piratería no era un fenómeno menor.

El segundo libro presentado en esta sección es el del profesor Jean-Yves Mollier: *Histoire des libraires et de la librairie, de tous les commerces de textes et d'images, d'idées et de savoirs, de découvertes et d'imaginaires, depuis l'Antiquité jusqu'à nos jours*.³ El texto comienza con una gran reflexión en torno a la polisemia del término “librero” y su importancia a lo largo de la historia como mediador entre los lectores y el texto. Al igual que James Raven, el profesor Mollier se esfuerza por comprender al libro a partir de una perspectiva global y en distintos contextos históricos. Desde la Antigüedad y hasta zonas geográficas tan lejanas como China, procuró dotar a su obra de una visión que, si bien no abarcara los cinco continentes, sí destaca que el librero es un término único que “corresponde a realidades extremadamente diferentes”. El libro se divide en tres partes: “De la Antigüedad al fin del

² *Pirating and Publishing. The Book Trade in the Age of Enlightenment* (Nueva York: Oxford University Press, 2021).

³ *Histoire des libraires et de la librairie, de tous les commerces de textes et d'images, d'idées et de savoirs, de découvertes et d'imaginaires, depuis l'Antiquité jusqu'à nos jours* (París; Arlés): Imprimerie Nationale / Actes Sud, 2021).

Antiguo Régimen”, “La librería moderna” y “La librería hoy”, por lo que el horizonte cronológico es sumamente amplio. En la última parte de su charla, el profesor Mollier habló de las condiciones actuales del comercio del libro y el papel que juegan las grandes cadenas digitales, como Amazon. Concluyó que la visita física a una librería o biblioteca jamás podrá ser sustituida por las ventajas digitales y que ese paradigma mercantil da prioridad a la venta de los libros de moda en detrimento de los libros clásicos o necesarios.

El profesor Mollier también intentó responder a la pregunta ¿qué es un libro? y llegó a conclusiones distintas a las de James Raven. Mollier propuso que “un libro es lo que el lector considera que lo es”, es decir, traslada al lector la capacidad de decisión para definir un libro, algo sumamente innovador que hace justicia histórica al lector. Durante el tiempo de preguntas y respuestas tuvimos la oportunidad presenciar un intercambio entre los profesores Mollier y Raven. Éste fue quizá uno de los momentos más peculiares del ciclo, en el que pudimos asistir al diálogo entre dos especialistas de distintas escuelas historiográficas, la francesa y la inglesa.

Por último, François Hartog presentó su libro más reciente: *Chronos. L’Occident aux prises avec le temps*.⁴ El tema desarrollado en este libro, escrito antes de la pandemia, parece profético. Hartog se remontó a la Antigüedad tardía, en los inicios del cristianismo, para reflexionar sobre las relaciones entre Occidente y el concepto de tiempo. De ahí surge un estudio en torno a tres conceptos clave utilizados por los griegos para describir el carácter inasible del tiempo: *chronos* o el tiempo ordinario, *kairos* o la ruptura crucial en el tiempo y *krisis* o juicio. Con el cristianismo, estas tres categorías pasaron a formar parte del tiempo y la *krisis* abriría el momento del juicio final. Y el momento de la pandemia puede y debe reflexionarse desde estas categorías, por las expectativas, miedos y esperanzas que representa.

La presencia del gran historiador francés enriqueció la discusión con su punto de vista como autor. La publicación en Francia de *Chronos* tuvo que retrasarse, lo cual le dio la oportunidad de agregar un apéndice en el que reflexiona sobre ese retraso, la extraña coincidencia entre el tema que estudió y la crisis en curso, así como la terrible realidad de ver el tiempo como una fuente de dolor físico y mental para todos, tanto para los que podían per-

⁴ *Chronos. L’Occident aux prises avec le temps*, NRF (París: Gallimard, 2020).

manecer confinados como para los que debían continuar saliendo a la calle, a pesar de la incertidumbre de los contagios.

La tercera sección Diálogo durante la Pandemia cierra este volumen. Se trata de intervenciones en las que los invitados expusieron sus temas y opiniones a partir de una serie de preguntas: ¿Cómo ha afectado la pandemia su labor y cómo han sorteado los problemas que ésta ha traído? ¿Cuáles son los enfoques más prometedores para los siguientes años en la historia del libro y la edición?

El profesor Pedro Guibovich ofreció su experiencia desde Lima, Perú. Como en todo el mundo, el impacto de la pandemia fue generalizado y esto obligó al profesor a rediseñar sus actividades, otorgándole más tiempo para leer y descubrir recursos valiosos en línea. Cabe destacar que esto último fue otra constante en todas las charlas, la necesidad de seguir investigando desde casa nos acercó de manera más intensa a las bibliotecas y archivos digitales. En su plática, el profesor Guibovich nos compartió la primicia sobre un libro que también está por publicarse en el que los jesuitas son protagonistas de sus investigaciones, pero en relación con el Santo Oficio. Al igual que las charlas de esta sección, la de Pedro Guibovich se vio beneficiada por un intenso diálogo con la audiencia, quienes plantearon preguntas que permitieron al profesor ahondar sobre los temas de la censura y la circulación de libros en la época colonial peruana.

Por su parte, Pedro Rueda habló sobre la práctica docente bajo el confinamiento, la evaluación académica y las nuevas tecnologías en torno a la investigación de la historia del libro. En su opinión, algunas de las perspectivas más prometedoras en los próximos años en cuanto a la historia de la lectura son los estudios de procedencia, los mecanismos de intercambio y el consumo de libros en el Antiguo Régimen. Su intervención fue muy rica sobre la historia del comercio de libros. La charla concluyó con una invitación por parte de Pedro Rueda a acercarnos nuevamente a los archivos y a las bibliotecas; “Si uno va a un museo, no lo dejan trabajar con un Goya, pero puedo ir a una biblioteca e investigar con un libro del siglo XVII. Eso es una oportunidad que no debemos desaprovechar”.

El libro concluye con la charla de Anne Pasquignon. Como responsable de los asuntos técnicos y científicos de la Biblioteca Nacional de Francia (BnF), Anne Pasquignon dio un punto de vista que hacía falta en todo el ciclo de conferencias: el de las instituciones. Relató con lujo de detalle las

diferentes estrategias tomadas por la dirección de la BnF con el fin de garantizar, a distancia, los servicios a los usuarios. De la experiencia obtenida, algunos de los servicios puestos en marcha permanecerán: consultas en línea o por teléfono, reuniones con expertos, apertura de los metadatos de los catálogos y colecciones digitales. Puede decirse que, más allá de las dificultades impuestas por el covid, la BnF supo aprovechar la oportunidad para innovar e integrar cada vez más a los usuarios en el uso y difusión de sus colecciones.

A pesar de las diferencias en la forma de abordar el tema, todos los autores coincidieron en la preocupación por los efectos de la pandemia en la academia y reflexionaron, con gran agudeza, sobre diferentes líneas de investigación en el futuro inmediato de los estudios del libro y la edición.

Tomamos prestado el título de este volumen del profesor Roger Chartier, quien pronunció una de las frases que quizá resonaron más en todo el evento: “ni siquiera las lecturas son inmunes a la pandemia”. Todos los invitados estuvieron de acuerdo en que la visión nacionalista y eurocentrista del libro está dando paso a una historia global del libro, en donde la imprenta de Gutenberg y el impreso europeo ya no deben ser las únicas referencias. La perspectiva más promisoría extiende los estudios más allá de las fronteras nacionales y subraya los puntos en común entre historiografías de diferentes latitudes y metodologías. Pero, sobre todo, confirman la necesidad de volver a revisar la base de nuestra disciplina y responder ampliamente a la pregunta más básica y al mismo tiempo más complicada: ¿Qué es un libro?

PENSAR LA PANDEMIA

Repensar la lectura.

La biblioteca en la era de Internet

Carlo Ginzburg
UNIVERSITÀ DI BOLOGNA

Desde sus primeros trabajos, Carlo Ginzburg revolucionó el campo de la historia. Como uno de los máximos representantes de la microhistoria, en sus innumerables libros ha reflexionado sobre la historia del arte, de la cultura, de las ideas y, por supuesto, de la lectura. Su metodología pone especial énfasis en los testimonios, ofreciendo un análisis con diferentes puntos de vista sobre un mismo evento. Quizá por ello su obra resulta, al mismo tiempo, tan familiar y tan reveladora para todo aquel que se acerca a ella.

En todo el mundo las bibliotecas atraviesan un momento difícil. Por un lado, tienen que enfrentarse con la pandemia, por otro, deben enfrentarse con Internet. Dos fenómenos muy distintos que, sin embargo, convergen en alejar a los lectores de los libros impresos y de los edificios públicos en los cuales se conservan los libros impresos. Esperemos que la pandemia termine pronto, pero Internet se ha convertido en un elemento que no puede eliminarse de nuestra relación con el mundo y lo será cada vez más para las próximas generaciones.

Y aquí surgen algunas preguntas, quizá no necesariamente obvias. ¿De qué manera Internet cambió los hábitos y las técnicas de lectura? ¿Cómo influyen e influirán dichos cambios en el funcionamiento de las bibliotecas? He hablado de técnicas de lectura: desde hace mucho tiempo estoy convencido de que la lectura es una actividad, compartida por la mayoría del género humano, extremadamente compleja y en la actualidad teorizada de manera insuficiente. Sabemos muy poco, por ejemplo, de la manera en que

la criptomemoria, es decir, la memoria inconsciente, actúa mediante asociaciones incontroladas en el momento en que nos acercamos a un texto.

Hablo por experiencia directa, una experiencia ligada a mi labor como estudioso de la historia. Pero creo que una experiencia análoga es compartida, en distintos niveles, por todos los que se acercan a un texto. Tal vez muchos no lo admitan, ya que se trata de relaciones inconscientes que actúan en nosotros sin que nos demos cuenta. Pueden ser relaciones ligadas a elementos del mismo texto, o bien ligadas a otros textos, quizá leídos años antes y almacenados en nuestra memoria. O bien relaciones extratextuales, que nos proyectan fuera del texto, en una realidad que hemos vivido o imaginado.

Todo eso ocurre en un instante, en una fracción de segundo y ha sido profundamente modificado por Internet. Un comando muy simple nos permite rastrear todas las veces en que una determinada palabra o frase aparece en un texto; un ejercicio que en el pasado exigía a los investigadores un cuidadoso y a veces interminable fichaje. De manera similar, un comando muy simple nos permite dar un salto fuera del texto que estamos leyendo para averiguar una cita, una fecha, una información cualquiera, o incluso pasar a otra cosa en una fracción de segundo. El elemento más impresionante de Internet es precisamente la velocidad.

Citaré un texto famoso que nos llega de un mundo muy distante del nuestro. Se trata del prefacio que Friedrich Nietzsche escribió para su libro *Aurora. Reflexiones sobre los prejuicios morales*, cinco años antes de publicarlo en 1886.¹ Escuchemos a Nietzsche:

Un libro como éste no tiene prisa. Además, tanto mi libro como yo somos amigos de la lentitud. No en vano he sido filólogo y tal vez lo siga siendo. Lo cual significa ser maestro de la lectura lenta que acaba escribiendo también con lentitud. [...] La filología, de hecho, es un arte honorable que exige a quienes la admiran mantenerse al margen, tomarse el tiempo, volverse silenciosos y pausados; un arte de orfebrería, una pericia propia de un orfebre de la palabra, un arte que exige un trabajo sutil y delicado, en el que no se consigue nada si no se actúa con lentitud. Precisamente por esto, resulta hoy más necesaria que nunca.

¹ Publicado originalmente como *Morgenröthe. Gedanken über die moralischen Vorurtheile. Neue Ausgmt einführenden Vorrede* (Leipzig: Fritsch, 1887).

Estas líneas, escritas casi hace un siglo y medio, aparentemente se dirigen a una comunidad circunscrita de estudiosos: los filólogos. En realidad, Nietzsche, que había sido filólogo antes que filósofo, tenía una noción muy amplia de la filología. El prefacio de *Aurora* termina con estas palabras: “Dicho arte [la filología] enseña a leer bien, es decir, despacio, profundizando, movidos por intenciones profundas, con los sentidos bien abiertos, con dedos y ojos delicados. Pacientes amigos míos, este libro no aspira a otra cosa más que a tener lectores y filólogos perfectos. ¡Aprendan, pues, a leerme bien!”

Creo que estas palabras de Nietzsche, autor de las célebres *Consideraciones intempestivas*,² como las tituló polémicamente, son profundamente actuales. La lectura lenta deseada por Nietzsche puede y debe combinarse con la velocidad de Internet. Y esto nos vuelve a llevar, mediante una trayectoria inesperada, a la biblioteca. Internet permite el acceso a una enorme biblioteca virtual en perenne expansión, construida gracias a innumerables bibliotecas reales diseminadas por el mundo. Y, sin embargo, esta biblioteca virtual nunca podrá sustituir una gran biblioteca como la Biblioteca Nacional de México, a causa de una serie de razones a las cuales volveré en un momento. Por tanto, considero que las bibliotecas se seguirán usando a pesar de Internet.

Pero considero también, y este punto es menos obvio, que las bibliotecas podrán y deberán seguir usándose gracias a Internet. La razón es la siguiente: normalmente Internet es usado por todos —me incluyo— para responder a cualquier clase de pregunta: revisiones bibliográficas, solicitudes de información, compras, etc. En estos casos, se usa una parte infinitesimal de la capacidad de Internet. Pero existe otro uso, menos obvio. Los investigadores pueden aprender a servirse de Internet para buscar no tanto respuestas, sino preguntas. Preguntas inesperadas, que pueden generar otras preguntas, también inesperadas, según una secuencia impredecible.

Aquí retomo nuevamente el tema de un ensayo que escribí hace mucho tiempo en italiano y que mi amigo Carlos Aguirre Rojas incluyó en una colección de ensayos titulada *Tentativas*, publicada por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo³ y reeditada en varios países de América Latina. El ensayo se titulaba “Conversar con Orion”. Orion hace

² *Unzeitgemässe Betrachtungen*, contiene cuatro ensayos publicados en Leipzig entre 1873 y 1876.

³ Carlo Ginzburg, *Tentativas*, intr. de Carlos Aguirre Rojas, trad. de Ventura Aguirre Durán (Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2003). A menos que se indique lo contrario, todas las notas son de los editores.

referencia al nombre del *software* del catálogo electrónico de la biblioteca de UCLA, universidad donde enseñaba en aquel entonces y donde enseñé por muchos años. Con aquel catálogo solía hacer un juego, no sabría definirlo de otra forma: empezaba buscando una palabra al azar; con la respuesta de Orion, constituida por un conjunto, también casual, de títulos de libros casi siempre desconocidos para mí, escogía uno, del cual sacaba una palabra o un nombre con el que interrogaba a Orion, y así seguía, en una serie incesante de preguntas y respuestas.

En mi ensayo intenté reflexionar acerca del sentido de estas conversaciones con Orion, un juego que había practicado en el pasado, usando una tecnología distinta. El objetivo, como ya he dicho, era buscar sorprenderme con preguntas inesperadas. Claramente, frente a la primera respuesta, siempre se dispara una interacción entre las informaciones nacidas del azar y las elecciones sucesivas, nacidas de la formación cultural, de la ideología y, ¿por qué no?, de los prejuicios de los investigadores, por ejemplo, quién les habla. Luego el azar vuelve a presentarse, igual que vuelve a presentarse la necesidad de la elección. Y en un momento dado sucede, como me sucedió a mí, que frente a un determinado título se perfila una hipótesis de investigación. Es el momento de dejar de lado los títulos y dirigirnos hacia los libros o los manuscritos y las instituciones que los conservan: las bibliotecas, los archivos.

Cuando publiqué “Conversar con Orion” estaba convencido por completo de las potencialidades de esta estrategia. Al final del ensayo mencioné un pasaje famoso del *Tratado de la pintura*,⁴ en el cual Leonardo aconseja a un pintor mirar las manchas en las paredes o la ceniza del fuego para encontrar “invenciones admirabilísimas de composiciones de batallas, de animales o de hombres”. En otras palabras, comparé a los investigadores con un pintor que se inspira en el azar. Como afirmé años después, siempre pensando en los investigadores, sólo encontrar lo que se busca, sin más, no es suficiente. Hoy me doy cuenta de que esta frase era una reacción polémica, inconsciente, a la frase que siempre me ha fastidiado de Picasso: “Je ne cherche pas, je trouve” (“No busco, encuentro”).

Pero ¿hasta qué punto la idea que he desarrollado hasta ahora, dirigida a

⁴ *Trattato della pittura*, publicado de manera póstuma en París, en 1651.

los investigadores, puede extenderse al público más amplio e indiferenciado de los usuarios de una biblioteca? Vuelvo entonces a la relación entre el azar y quien lo ha producido deliberadamente. La calidad de la reacción al azar, la intervención de quien está frente a la pantalla, presupone una enseñanza que sólo puede ser transmitida por individuos de carne y hueso y no por Internet. El lugar ideal en donde esta enseñanza puede desplegar sus posibilidades es la biblioteca, posiblemente mediante una colaboración con escuelas de distintos niveles y con las universidades. Dicho de otra forma, se trata de formar lectores, jóvenes y menos jóvenes, recurriendo a una característica de la especie humana, la curiosidad, para practicar, a través de ejemplos concretos, el juego del cual les hablé. Como ocurre en los juegos, el resultado es incierto. Quizá no se encuentre nada interesante. Es parte de la diversión y también es una lección. Combinando la velocidad de Internet y la lentitud de la cual hablaba Nietzsche, se puede enseñar a leer bien, es decir, a leer lentamente.

Cuando propongo la biblioteca como el lugar ideal para enseñar a leer, en sentido pleno del término, pienso en un ejemplo puntual que me impresionó profundamente. En un salón de la preciosa biblioteca de la Universidad de Pennsylvania, en Filadelfia, se conservan los libros y los manuscritos reunidos por Henry Charles Lea, autor de una historia fundamental de la Inquisición española publicada en 1906 y 1907,⁵ editada en español,⁶ y un volumen también fundamental sobre la Inquisición en las *Spanish Dependencies*: Sicilia, Nápoles, Milán, Canarias, México, Perú, Nueva Granada, publicado en Nueva York en 1908.⁷ En medio de la sala de lectura, bajo un busto de bronce de Henry Charles Lea, hay una gran mesa ovalada. Allí participé, hace años, en un seminario sobre la novela inglesa del siglo XVIII, dirigido por uno de los bibliotecarios. Los participantes, en su mayoría estudiantes, estaban sentados alrededor de la mesa y podían consultar, bajo la mirada atenta de los bibliotecarios, los volúmenes esparcidos en la mesa. En algunos casos se trataba de preciosas primeras ediciones. El salón del seminario era, en resumen, el teatro de una lectura lenta que había sido precedi-

⁵ Henry Charles Lea, *A History of the Inquisition of Spain*, 4 vols. (Nueva York; Londres: Macmillan, 1906-1907).

⁶ Traducida por Ángel Alcalá Galve (Madrid: Fundación Universitaria Española, 1983).

⁷ *The Inquisition in the Spanish Dependencies: Sicily, Naples, Sardinia, Milan, The Canaries, Mexico, Peru, New Granada* (Nueva York; Londres: Macmillan, 1908).

da, como es inevitable hoy en día, por el uso tan rápido de Internet para consultar artículos de revistas, otros catálogos, otras primeras ediciones

El seminario en el cual participé en Filadelfia hizo que recordara, por contraste, otro seminario que había coordinado, muchos años antes, a principios de los años 70, con mi amigo Adriano Prosperi. Los dos enseñábamos historia en dos distintas facultades de la Universidad de Bolonia. La pequeña sala donde se desarrollaba nuestro seminario estaba muy lejos del suntuoso salón dedicado a Henry Charles Lea. No teníamos a nuestra disposición ni los tesoros de las bibliotecas boloñesas, situados en otros edificios, ni Internet. Las computadoras todavía no eran de dominio público. Y ni hablar de las primeras ediciones. El tema de nuestro seminario era un opúsculo religioso titulado *Trattato Utilissimo del Beneficio di Giesù Cristo Crocifisso, verso i christiani*, anónimo impreso en Venecia, en 1543.⁸ De esta obra, objeto de una caza tenaz por la Inquisición romana por su contenido herético, se conocía un solo ejemplar, hallado azarosamente en Cambridge, a mitad del siglo XIX. Hace dos años, un bibliotecario de Bolonia logró encontrar otro ejemplar vía Internet en la Biblioteca de Wolfenbüttel en Alemania.

Entonces disponíamos de una edición moderna del *Beneficio*, que leímos y discutimos con los estudiantes. Al final del seminario, Adriano Prosperi y yo escribimos un ensayo destinado a una colección de estudios históricos sobre la historia religiosa del siglo XVI. Pero poco después, planeamos algo más insólito: contar el seminario como efectivamente había tenido lugar, describiendo las idas y venidas de la investigación, las discusiones con los estudiantes, las hipótesis descartadas, los errores que intentamos corregir. El resultado fue un libro a cuatro manos, titulado *Giochi di pazienza. Un seminario sul Beneficio di Cristo*, publicado en 1975.⁹ Si no me equivoco, se publicó sólo una reseña, en una prestigiosa revista de historia: una crítica despiadada. El libro no fue olvidado por los especialistas, todo lo contrario: fue redescubierto casi 50 años después de haber sido publicado gracias a Dulce María Zúñiga, quien después de haberlo traducido con la competencia y la generosidad que le es propia, se hizo cargo de su publicación en la editorial de la Universidad de Guadalajara. Así, casi 50 años después, *Gioc-*

⁸ *Trattato Utilissimo del Beneficio di Giesù Cristo Crocifisso, verso i christiani* (Venecia: Apud Bernardinum de Bindonis, 1543).

⁹ Carlo Ginzburg y Adriano Prosperi, *Giochi di pazienza. Un seminario sul "Beneficio di Cristo"* (Turín: Einaudi, 1975).

chi di pazienza resurgió con dos nuevos posfacios, uno por Adriano Prosperi y otro por quien les habla, como *Juegos de paciencia. Un seminario sobre el Beneficio de Cristo*.¹⁰

Me he detenido a hablar sobre este libro porque aquel seminario en Bolonia y la descripción de cómo se desarrolló fueron para mí y para Adriano Prosperi, diría hoy, ejercicios públicos de lectura lenta. Enseñar a los estudiantes a leer entre líneas un texto que se propuso escapar, sin éxito, a la atención del inquisidor. Leer y releer con los estudiantes al mismo ritmo, buscando asir el sentido de lo que había sido dicho y de lo que había sido sugerido implícitamente. Buscar insertar ese texto en el contexto que nació; o sea: como decíamos entonces, reconstruir el bosque del que formaba parte aquel árbol. Y con ese objetivo nos poníamos, Adriano Prosperi y quien les habla, a revolver el catálogo de fichas de las bibliotecas de Bolonia, buscando nombres y posibles integrantes de órdenes religiosas: Marco, Francesco, Benedetto, etcétera.

Una conversación ante litteram con Orion y Google

Leer, decía al inicio de esta intervención, es una actividad compleja y no suficientemente teorizada. Sólo para empezar, hay muchos modos de leer según la velocidad. La expresión “leer en diagonal” tiene una equivalente en francés, *lecture diagonale*, pero no en italiano. En cualquier caso, la velocidad de la lectura, en horizontal o en diagonal, depende de la fisionomía de la página, comenzando por el tipo de caracteres usado y sus dimensiones. Aquí me estoy acercando a un tema que no he tocado aún, a saber, la materialidad del libro. Es necesario repensar este elemento, en una era de *e-books* y de reproducciones accesibles en la pantalla de la computadora. En 1979 escribí un ensayo titulado “Spie. Radice di un paradigma indiziario”,¹¹ que fue traducido a varias lenguas. En español apareció en México en un volumen publicado por Siglo XXI Editores.¹² Entre los muchos temas

¹⁰ *Juegos de paciencia. Un seminario sobre el “Beneficio de Cristo”* (Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2019).

¹¹ Publicado primero en la colección de ensayos dirigida por Aldo Gargani, *Crisi della ragione. Nuovi modelli nel rapporto tra sapere e attività umane* (Turín: Einaudi, 1979) y reimpresso en Carlo Ginzburg, *Miti, emblemi, spie. Morfologia e storia* (Turín: Einaudi, 1986).

abordados en ese ensayo, tomaré solo uno: las relaciones diversas entre texto e imágenes que existen en nuestra cultura. Con el término “nuestra” aludo a la cultura europea y sus ramificaciones. En el ensayo contraponía el tema del que estoy hablando a la cultura china. Nosotros damos por descontado que un número pueda transcribirse sin perder ninguna de sus características, independientemente del color del papel, de la caligrafía, de la tipografía usada.

Esta afirmación vale no sólo para los números, sino para cualquier texto. Lo que implica, argumentaba en mi ensayo, un texto invisible, que puede ser transcrito como tal, independientemente del soporte material y el instrumento usado. En el caso de las imágenes, más precisamente de una determinada clase de imágenes, esta reproductibilidad absoluta no existe para nuestra cultura. Entre un cuadro de Rafael y su copia, incluso una copia antigua, existe una diferencia infranqueable, no sólo desde el punto de vista comercial. En este ámbito, la noción de texto invisible no funciona.

Sólo tras haber publicado mi ensayo me di cuenta de que esta dicotomía ya había sido formulada por dos estudiosos importantísimos: el filósofo e historiador de la filosofía medieval Étienne Gilson y el filósofo Nelson Goodman. Ambos, sin embargo, habían planteado la distinción en un plano absoluto, ontológico. Yo, en cambio, había subrayado su carácter histórico, observando que la importancia de la caligrafía en la cultura china asimila el texto, no reproducible, a una imagen. Al respecto, quisiera señalar que Walter Benjamin, en su famoso ensayo “La obra de arte en la época de su reproductibilidad”,¹³ analizó la imagen, *Kunstwerk*, no el texto.

Por tanto, argumenté que detrás de la noción de texto invisible se vislumbra una larguísima trayectoria histórica:

Se empezó por considerar no pertinentes al texto todos los elementos vinculados con la oralidad y la gestualidad; después, se siguió igual criterio con los elementos relacionados con el aspecto material de la escritura. El resultado de esta doble operación fue la paulatina desmaterialización del texto, progresivamente depurado de

¹² Aldo Giorgio Gargani *et al.*, *Crisis de la razón. Nuevos modelos en la relación entre saber y actividades humanas* (México: Siglo XXI Editores, 1983). También en Carlo Ginzburg, *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, trad. de Carlos Catroppi (Barcelona: Gedisa, 1999).

¹³ Publicado originalmente en la revista *Zeitschrift für Sozialforschung*, núm. 1 (1936): 40-68. Walter Benjamin consideraba que esta primera edición de su texto había sido profundamente alterada por los editores de la revista. La versión de 1939, publicada de manera póstuma por Teodoro Adorno en 1955, es considerada la que mejor se apega al manuscrito original.

toda referencia a lo sensible: si bien la existencia de algún tipo de relación sensible es indispensable para que el texto sobreviva, el texto en sí no se identifica con su base de sustentación.¹⁴

Escribía estas frases en 1979; pocos años después, la difusión de las computadoras volvió obsoleta la frase “si bien la existencia de algún tipo de relación sensible es indispensable para que el texto sobreviva”, pero este ulterior paso adelante en la progresiva desmaterialización del texto también asedió las imágenes.

Para las generaciones más jóvenes, la diferencia entre un cuadro original de Rafael, de Orozco, y su reproducción se ha atenuado fuertemente. La unidad de esas imágenes se ha vuelto cada vez más frágil. Paradójicamente, esa unidad está protegida por el mercado del arte, aquel mercado que logra vender, por una suma inmensa, un pseudo Leonardo como si se tratara de un cuadro de la mano de Leonardo. Pero también los libros manuscritos se hicieron cada vez más frágiles. Por eso, es importante subrayar —y aquí corrijo, en parte, lo que escribí hace mucho tiempo— que la noción de texto invisible no puede eliminar los elementos irreproducibles inscritos en la materialidad de los soportes textuales. Eso es particularmente evidente en el caso de los manuscritos. El coral del siglo XVI, tal vez de origen sevillano, que ocupaba el centro de la exposición El Solitario Libro de Coro de la Biblioteca Nacional de México, que visité vía Internet aprovechando la presentación de una estudiosa de primer nivel como es Silvia Salgado Ruelas,¹⁵ es evidentemente irreproducible. Pero dicha consideración vale también para los libros impresos.

Repensar la lectura... Este continente, en gran parte todavía inexplorado, nos ayuda a reflexionar sobre las modalidades en que las bibliotecas pueden transmitir a un público cada vez más amplio su riquísimo, insustituible patrimonio.

Gracias.

Preguntas y respuestas

Muchas gracias por sus palabras. La transición de la materialidad del libro a Internet plantea nuevos retos para los estudiantes en general y los interesados en la historia del

¹⁴ Ginzburg, *Mitos, emblemas, indicios*, 148.

¹⁵ Silvia Salgado Ruelas, curadora, El Solitario Libro de Coro, exposición en la Biblioteca Nacional de México, octubre-noviembre de 2016.

libro en particular. Actualmente, uno de los problemas que tenemos en países como México es la desigualdad en el acceso a Internet. Nos gustaría conocer su opinión acerca de la democratización de Internet y el acceso a los recursos digitales.

Estoy completamente de acuerdo con usted: el acceso a Internet, en cualquier lugar, implica desigualdades sociales. Pero hay algo más que también señalé en mi presentación: la habilidad para usar Internet de una manera no convencional implica educación, por tanto, implica contexto social, por tanto implica desigualdades sociales. Así que creo que la única manera en la que podemos intentar corregir un poco esas desigualdades es a través de las escuelas y de las bibliotecas. La cooperación entre escuelas y bibliotecas me parece un instrumento potencialmente muy efectivo.

¿Cómo guiar la lectura sin matar la curiosidad?

Digamos que doy por sentado que todos los seres humanos son curiosos, al menos potencialmente. También pueden aburrirse, pero creo que, potencialmente, nuestra curiosidad puede despertarse por muchas circunstancias, entre las que se incluye, por ejemplo, el jueguito que intenté describir. Creo que ésta es la implicación detrás de la pregunta: se trata de textos muy aburridos por gente muy aburrida, pero podemos luchar contra esto.

Cuando usted habló de este juego con el sistema Orion, me acordé de su ensayo que se titula “La latitudine, gli schiavi, la Bibbia”. Pienso que esto es un ejemplo muy claro de los resultados que puede producir este juego. Ahora, menciono esto porque creo que es un buen ejemplo de este juego y de los resultados originales que puede producir.

Muchas gracias. Hace muchos años estaba en la UCLA escribiendo un ensayo sobre un fragmento del gran libro de Erich Auerbach, *Mimesis*,¹⁶ y hay un pasaje en donde él comenta sobre otro famoso fragmento de las *Lettres philosophiques* de Voltaire,¹⁷ a propósito de la bolsa de valores de Londres. Entonces la idea era que mi ensayo fuera una serie de cajas chinas,

¹⁶ *Mimesis. The Representation of Reality in Western Literature* (Princeton: Princeton University Press, 1953). Originalmente publicado en 1946, con el título *Mimesis. Dargestellte Wirklichkeit in der abendländischen Literatur* (Tubinga: A. Francke Verlag, 1946).

¹⁷ Publicadas en inglés en 1733 y el año siguiente en francés, en español son conocidas como *Cartas inglesas* o *Cartas sobre la nación de Inglaterra*, o incluso como *Cartas filosóficas sobre los ingleses*.

porque yo intentaba poner a Auerbach en perspectiva. Es decir, él describe su propio método como “perspectivismo” y yo intentaba poner a Voltaire en perspectiva, Auerbach en perspectiva, etcétera.

Luego se me ocurrió que sería interesante jugar mi juego con Orion, empezando con un pasaje de Voltaire, el primer párrafo del trabajo póstumo e inacabado de Voltaire, el *Traité de métaphysique*.¹⁸ Ahora, debo decir en retrospectiva que esta idea era un poco absurda, porque yo trataba de deconstruir la audiencia a la que se dirigía Voltaire; tenemos muchas evidencias al respecto. Pero, como sea, empecé con ese párrafo y luego me dije: “bien, en las primeras líneas hay un párrafo sobre un ser del espacio exterior”. Hay un pasaje con algunas connotaciones racistas, porque un ser del espacio exterior llega a África del Sur y ve hombres negros, es decir, *le pays des Cafres*, de hecho, dice *Cafreterie*. Le pregunté a Orion por el término *Cafreterie*. No hubo respuesta. Entonces pensé, intentemos con *cafre*: había 11 resultados y miré el más antiguo. Éste era ya una elección, quiero decir, algo relacionado con mi curiosidad. Empecé a ver en los títulos más antiguos y, por suerte, el más antiguo era un libro publicado por un tal Jean-Pierre Pury, completamente desconocido para mí, publicado en Ámsterdam, en francés, en 1719, como un proyecto de colonización que incluye el país de los cafres en África del Sur.

Por suerte, una fotocopia de ese libro se encontraba en los estantes de la biblioteca de investigación de la UCLA. Empecé a ver esas fotocopias y estaba profundamente intrigado. Esto provocó una investigación, que me tomó dos años, me parece. Pues bien, éste es el ensayo que menciona Carlos Aguirre, cuyo título significa “Latitudes, esclavos y la Biblia”, que se tradujo a muchas lenguas, y de hecho fue publicado primero en Estambul, es decir, el lugar donde Auerbach enseñaba durante la guerra, cuando fue expulsado de Alemania por ser judío. Entonces fue una especie de homenaje a Auerbach y también a Estambul.

¿Cómo se puede enseñar lectura lenta en Internet? Internet tiene mucho que ver con la velocidad; ¿no es una contradicción, pensando en los soportes? ¿Cómo se puede volver a esta lectura buena de la que usted habló?

Yo usaría una presentación de Powerpoint: digamos, comentaría las citas y lo compartiría con mi audiencia. Así, puedo empezar por leer, luego co-

¹⁸ *Traité de métaphysique*, es decir, *Tratado de metafísica*, redactado en 1734 y publicado de manera póstuma en 1784.

mentar, releer, incluso sólo algunas líneas, pasajes cortos. Creo que esto es posible, técnicamente.

En su opinión, ¿podemos hablar de una reconfiguración de la mente del lector a partir de la unión entre imágenes y textos en Internet y otros contextos derivados del medio digital?

Bueno, pienso que el diálogo entre imágenes y texto ciertamente es posible. Digamos, en una biblioteca con imágenes y textos reales o reproducciones de libros, pero esto también es posible en Internet. Lo que yo quería sugerir era la reconfiguración de las reglas que siguen las imágenes y la fragilidad creciente del carácter único de ciertas imágenes. Lo considero como un “lado oscuro” de la disponibilidad de las imágenes, que en principio es una cosa buena. Pero hay un precio muy alto que pagar.

Siguiendo sus perspectivas y propuestas de investigación histórica, ¿cuáles serían los indicios de las evidencias de Internet? ¿Cómo enseñar la educación histórica en la formación de esos recursos?

Creo que hay que practicar. No hay otra manera. Entonces, quiero decir, pienso que todos, empezando desde niños, pueden usar Internet si está disponible para todos. Luego, el uso sofisticado de Internet implica, como dije, una mediación que sólo puede ser proveída por seres humanos. Es imposible enseñarse a sí mismo en Internet, al menos de manera sofisticada. Necesitamos una mediación humana y ésta es la razón por la que dije que la cooperación entre las escuelas, las universidades y bibliotecas me parece potencialmente fructífera.

¿Qué es un libro?

James Raven
UNIVERSITY OF CAMBRIDGE

Además de poseer un humor contagioso, James Raven posee una de las mentes más curiosas entre los historiadores del libro. Esa curiosidad lo ha llevado a replantear algunas de las preguntas que dan origen a los estudios sobre la cultura escrita y la historia del libro. También se ha interesado por la historia económica y de las comunicaciones, la destrucción de bibliotecas y la organización del conocimiento en lugares físicos.

Permítanme comenzar con una definición inicial:¹ los libros, en todas sus formas, transportan textos cuya lectura, por lo general, transmite significado intelectual e ideológico. Los libros transmiten conocimiento mediante una forma física, o el mensaje por el medio, y comparten algunas de las características de otros bienes materiales: tactilidad, diseño y ornamentación, que transmiten significado incluso antes de que un libro sea leído. Los vínculos proporcionados por los signos, la escritura y la impresión no pueden suplir los intercambios interactivos posibles entre personas que están separadas por la distancia, pero en muchos sentidos los libros ofrecen el mismo acercamiento que las cartas y otras comunicaciones recibidas.

Pero también tenemos que revisar la historia de la “historia del libro”. Para algunos escritores y expositores, tal vez por desgracia, las expresiones en inglés *book history* y *history of the book* parecen intercambiables. Para otros, el término no tan convincente de “estudios del libro” (*book studies*) ofrece

¹ Este texto se deriva de mis dos libros: *What is the History of the Book?*, 2018, y *The Oxford Illustrated History of the Book*, 2020. [Nota del profesor J. Raven]

un escape útil de los límites problemáticos de la “historia del libro”. Si los angloparlantes han sido descuidados o inconsistentes en la terminología, comparten dicha debilidad con los colegas alemanes que utilizan *Geschichte des Buchwesens*, de manera indistinta y al parecer lo sustituyen al azar con *Buchgeschichte*, mientras que *Buchwissenschaft* está reservado para los “estudios del libro” en general. En muchos países, y en particular en Francia e Italia, no se hace distinción y el estudio histórico del libro es conocido simplemente como *histoire du livre* y *storia del libro*. En español, “historia del libro”, también en singular, a menudo añade “y de la lectura”, al igual que los equivalentes franceses e italianos. El portugués *história dos livros* es la “historia de los libros”. De manera más apropiada y en diferentes idiomas, los términos *Book history* y *History of the book* coexisten con otros descriptores en el análisis bibliográfico, gráfico e histórico, entre los que se incluyen la historia de la edición y la publicación, la imprenta y la historia de la imprenta y, más ampliamente, la historia de las bibliotecas y la historia de la lectura.

Algunas de estas distinciones siguen modelos esquemáticos y representaciones de las partes constitutivas de la historia de un libro o el ciclo de producción y difusión, pero muchas también tienen una larga tradición propia que a menudo se ve representada por revistas, sociedades y centros dedicados a su estudio. Evidentemente, designaciones tan amplias suelen ser categorías superpuestas y a menudo requieren que los interesados se basen en disciplinas muy lejanas de su enfoque de estudio.

Ahora bien, quisiera hacer una comparación de alcance global. Cabe preguntarnos aún más sobre la terminología de la historia del libro en China, donde en los últimos años ha aumentado el interés por la historia de los libros “occidentales”, junto con nuevos intentos de estudios comparativos y nuevos tipos de investigación sobre la propia historia de China en la producción de libros y sus consecuencias sociales.² Algunos estudiosos anteriores de la historia del libro chino, como Thomas Carter y Zhang Xiumin, utilizaron varias investigaciones sobre la imprenta europea. De manera inversa, Lucien Febvre y Henri-Jean Martin evidencian cierta comprensión de la historia

² Una guía excepcional es Joseph P. McDermott, *A Social History of the Chinese Book: Books and Literati Culture in Late Imperial China* (Hong Kong: Hong Kong University Press, 2006), véanse en particular sus notas bibliográficas en las páginas 263-278. [Nota del profesor J. Raven]

del libro chino. Sin embargo, hay nuevos métodos e investigaciones que se benefician de las profundas tradiciones del aprendizaje literario chino. El término *shuji* en chino tradicional y coreano se ha adoptado como una traducción del “libro” de historias europeas y americanas, y tiene suficiente inclusividad para describir, por ejemplo, papeles sin encuadernar con caracteres escritos o impresos. Más específicamente, al menos desde el año 1000 d. C. y la dinastía Song, la palabra *banben* (版本) se ha utilizado para distinguir ediciones diferentes, pero generalmente impresas, de un texto esencialmente sin cambios. Etimológicamente el término se asocia con una forma preciada de aprendizaje bibliográfico, sobre todo por los contactos privilegiados necesarios para acceder y acumular conocimiento esotérico de libros raros —y por su valor de reventa—. El lenguaje utilizado para describir los libros y su apreciación en Asia oriental destaca una percepción de los libros que sólo está parcialmente en consonancia con la historia del libro occidental. Es muy obvio un sentido de diferencia en el equilibrio entre lo material y lo ideológico y un énfasis en el valor sacro y espiritual en un mundo intelectual moderno, en gran parte indiferente a cuestiones religiosas y existenciales.

Ahora bien, en Occidente lo que hoy se reconoce en general como un esfuerzo académico interdisciplinario llamado “la historia del libro” comenzó su vida moderna en la década de 1980. Sin embargo, es importante destacar que sus raíces intelectuales se remontan a muchos siglos atrás. Como se practica hoy, la historia del libro aspira a estudiar las consecuencias históricas de la producción, difusión y recepción de textos, en todas sus formas materiales, en todas las sociedades y en todas las edades. Por otra parte, estos no son nuevos temas de investigación, a pesar de que los eruditos de diferentes disciplinas han utilizado cada vez más la designación de “la historia del libro” para esclarecer preguntas más difíciles sobre el significado y la función anteriores de los libros, reclamar nuevas perspectivas y promover, en particular, una interdisciplinariedad que extiende y revisa métodos y conclusiones más antiguos.

En muchos sentidos, esta última iniciativa ha sido el aspecto más productivo de la empresa, ya que ha reunido en conversaciones y estudio colaborativo a una gran diversidad de participantes: historiadores culturales y sociales, estudiosos y críticos literarios, aquellos interesados en la teoría y práctica de la edición textual, bibliógrafos, codicólogos, paleógrafos, epigrafistas, filó-

logos, bibliotecarios de libros raros y colecciones especiales, conservadores de libros, lingüistas y traductores, historiadores de la ciencia, de las ideas y del arte, antropólogos, arqueólogos y especialistas en medios de comunicación y estudios de comunicación gráfica. Por sus diferentes métodos, estos intérpretes de libros estudian los textos como productos de una agencia humana colaborativa que actúa sobre formas materiales. En conjunto con el lenguaje, yo diría, esos textos materiales y la información que sus signos codifican son las herramientas más poderosas que existen para escribir una historia de los significados.

Es importante apreciar la amplitud de la historia del libro —de ahí el libro *Historia ilustrada del libro* que edité—. Es una historia que se remonta a cinco mil años atrás, no simplemente una historia del código de papel impreso, o de hecho del libro impreso, sino la historia de cómo diversos pueblos en diferentes partes del mundo, de diferentes maneras, por diferentes razones y con consecuencias muy diferentes se han esforzado por almacenar, circular y recuperar conocimiento e información. El equilibrio entre estos objetivos, junto con otras consideraciones prácticas, locales e ideológicas, afectó la elección de materiales y su conformación para registrar, transportar, leer y conservar desde al menos el siglo XXXIII a. C., la época supuesta del objeto sobreviviente más antiguo que, según afirman algunos eruditos, cumple con la definición de un libro.

Tales artefactos y libros antiguos —de hueso, concha, arcilla y más tarde papiro, hoja de árbol y bambú y otros materiales, incluyendo las cuerdas de quipu— ciertamente no deben ser considerados “primitivos”, sino entendidos de manera que informen y fortalezcan nuestra comprensión del papel de las formas gráficas de comunicación. El estudio de las formas de libros centenarios, y de aquellos que nos parecen exóticos y misteriosos, se suma a nuestros esfuerzos de decodificación de gran alcance geográfico y cronológico. Los libros sobrevivientes ponen en duda muchas suposiciones que hacemos sobre la eficiencia, la eficacia y los contextos históricos específicos de los libros producidos durante los últimos siglos, en particular de sus muchos movimientos desde sus sitios originales hacia donde fueron adquiridos, se leyeron o se conservaron. Tomemos, por ejemplo, la investigación en curso sobre las pieles de animales del pueblo lakota de las llanuras de América del Norte. Conocidos como los recuentos de invierno, estos anales comunitarios dibujados en pieles de búfalos, ciervos y vacas presentan los eventos más

antiguos al centro, y avanzan en espiral, en sentido antihorario, hasta los más recientes. Al igual que los libros mesoamericanos, la mayoría de los recuentos de invierno ahora están separados de sus comunidades originales y contienen referencias a eventos de muchos siglos de antigüedad. Cerca de un centenar de recuentos de invierno sobreviven en museos nacionales y locales, con cronologías y temas muy variados.

Una eliminación similar de los sitios originales afecta la interpretación en forma de libro de cuentas y cuerdas anudadas de diferentes partes de América. Las cuentas *wampum*, conchas usadas en cuerdas en cinturones, fungían como algo más que unidades de intercambio monetario entre muchos pueblos indígenas de América del Norte. El *wampum*, según miembros de comunidades nativas americanas, servía para registrar y comunicar historias, eventos históricos y tratados, y fungía como regalo ceremonial. Germaine Warkentin, en una investigación pionera en la historia temprana del libro, ha utilizado sus investigaciones sobre el *wampum* para preguntarse lo que realmente significa “escribir” y “leer”. Ella sugiere que el problema más significativo es distinguir entre las culturas que demuestran una cultura del libro [*bookishness*] y las que no. Lo que aquí se entiende por “cultura del libro” se concibe de manera muy amplia, con tensiones y superposiciones entre lo basado en imágenes (semasiográfico) y lo basado en el lenguaje (fonográfico) que abarca los sistemas logográfico, silábico y alfabético de significación aborigen.³ No obstante, la investigación sobre el *wampum* mueve la historia del libro hacia experiencias y comportamientos culturales mucho más amplios y profundos, y redirecciona preguntas sobre qué son los libros, su génesis, proliferación, función, quién hace qué con ellos, cuándo, cómo y con qué efecto, para tomar prestadas las preguntas fundamentales de Harold Lasswell sobre la historia de los medios.

Y así también, como intentan ilustrar mis dos libros, la actividad en la historia del libro es mundial, con nuevos proyectos de escritura e investigación dedicados a la historia del libro en África, América del Sur, China, India y Asia del sur y central, además de regiones asociadas desde hace mucho tiempo con estudios históricos, bibliográficos y de libros, como aquí en México. Estas nuevas agendas colocan a la historia del libro en un lugar preponde-

³ Germaine Warkentin, “In search of ‘The Word of the Other’: Aboriginal Sign Systems and the History of the Book in Canada”, *Book History* 2 (1999): 1-27. [Nota del profesor J. Raven]

rante en el desarrollo de la historia misma, al ofrecer contribuciones decisivas para el desarrollo de intereses en la historia de las clases, la etnicidad, el género, las emociones y las revisiones de la historia de las ideas, la revolución, la política local y nacional, la fe y las creencias y la diplomacia, entre otros campos. La investigación contributiva sobre la materialidad del libro, acompañada de una asombrosa gama de fuentes extratextuales, revela nuevas historias de censura, derechos de autor, economía y geografía de la edición, las redes de distribución, los usos de las bibliotecas y los diversos análisis de fuentes que se ofrecen en las historias de lectura y recepción. Desde los aspectos legales y comerciales hasta los rituales de producción de libros, circulación e influencia, la historia del libro se cruza con y avanza en las historias de revolución e ideas, de creencias y prácticas religiosas, la historia social del conocimiento y las historias de sociabilidad y del comportamiento personal íntimo.

Sobre la base de una herencia diversa, a principios de la década de 1990, numerosos cursos de historia del libro en universidades, centros para la historia del libro y proyectos editoriales de la historia del libro en varios volúmenes avanzaron en Gran Bretaña, Francia y muchos otros países europeos, Estados Unidos y Australasia; la mayoría de los pioneros estudiaron Europa y América del Norte en la era de la imprenta. No obstante, el precursor en este tema, Robert Darnton, en su influyente ensayo de 1982 “¿Qué es la historia del libro?” propuso que incluso esta disciplina “podría denominarse como la historia social y cultural de la comunicación impresa”.⁴ Dentro de una década o más, medievalistas y paleógrafos, basándose en investigaciones anteriores, también dirigieron proyectos de colaboración en la edición y la historia del libro en general, a menudo concebidos a nivel nacional.

Lo impreso aún domina la historia del libro, pero lo impreso —palabra e imagen— dista de ser el único medio de comunicación gráfica utilizado para transmitir mensajes. Los textos pueden estar estampados, inscritos, escritos, dibujados, estarcidos, impresos con bloques o tipos, grabados, es-

⁴ Robert Darnton, “What is the History of Books?”, *Daedalus*, 111 (verano de 1982): 65-83 (p. 65). [Nota del profesor J. Raven]

tereotipados, litografiados o reproducidos fotográfica o digitalmente. Como ejemplo —y uno sorprendentemente poco afín al énfasis de muchas historias del libro de finales del siglo xx—, los historiadores de la gran mayoría de los siglos de producción de libros en regiones que ahora comprenden India, Pakistán, Nepal, Bangladesh y Sri Lanka son historiadores de la transmisión de textos manuscritos. Las producciones de amanuenses fueron los únicos textos escritos hasta mediados del siglo xvi; siguieron siendo los textos preferidos en el sur de Asia hasta principios del siglo xix, casi tres siglos después de que los misioneros católicos llevaran la primera imprenta de tipos móviles al oeste de la India. Es sorprendente recordar que sobreviven muchos más textos antiguos en sánscrito que textos de edad equivalente en latín y griego.

Y, de forma más amplia, debo añadir que aunque historiadores culturales y bibliógrafos de gran distinción, como Roger Chartier, Robert Darnton y D. F. McKenzie, escribieron estudios pioneros en aspectos de la historia del libro en las décadas de 1980 y 1990, los académicos literarios ejercieron posteriormente un impacto significativo en su desarrollo. A finales del siglo xx, los objetivos y técnicas de la crítica literaria divergieron. A medida que avanzaban nuevos enfoques teóricos en los departamentos de literatura de Europa y América, algunos refugiados aliaron sus intereses históricos en la “historia del libro”. Más recientemente, sin embargo, una gama mucho más amplia de enfoques en la academia literaria y crítica textual también ha contribuido al estudio histórico de la autoría, la edición y la recepción.

Pero, una vez más, quiero enfatizar que en los últimos años la historia del libro ha sido más deliberadamente comparativa, al abordar perspectivas no europeas, extranorteamericanas y poscoloniales. Las nuevas historias ofrecen comparaciones globales de maneras que todavía son muy nuevas, pero también imposibles sin los cimientos firmes de la investigación bibliográfica y archivística local y nacional especializada acumulada. Destacan cuestiones novedosas sobre la producción, circulación y recepción de libros tanto transoceánica como intercontinental, y sobre la creación localizada y la transmisión de conocimientos de tan amplia difusión.

En particular, las comparaciones no occidentales ponen a prueba nuestra comprensión de las distinciones y coincidencias, por ejemplo, entre la edición comercial y no comercial e institucional y privada, del papel de la impresión en general con tipos móviles, xilografía y otras, y de las eficiencias relativas de las diferentes prácticas de producción, distribución, e incluso de

las prácticas de lectura. El estudio de las prácticas xilográficas de Asia oriental, por ejemplo, complica a las historias más triunfalistas de la imprenta europea al sugerir que la fundición, composición, corrección y redistribución minuciosa del tipo no siempre es el método de impresión más eficiente, desde el punto de vista económico.

En conjunto, las historias del libro en diferentes partes del mundo contribuyen a una gama notable de nuevos estudios, desde la historia de la recopilación de noticias y el periodismo internacional hasta la historia global de obras específicas y la circulación de la tecnología y del conocimiento. La investigación sobre la historia del libro problematiza y matiza narrativas más amplias sobre la práctica, la conducta y la representación, entre las que se incluyen diversas historias sobre subversión, revolución, reforma y conquista. La investigación acerca de la producción, circulación y recepción del libro ha llamado la atención en exploraciones recientes de la historia del ritual, el lenguaje, el humor y las emociones. Una comprensión del poder transformador del libro, especialmente de lo impreso y de la escritura de textos indígenas, ha contribuido en gran medida a los debates sobre la invención de las tradiciones, la imaginación de las comunidades, los encuentros coloniales y los estudios subalternos.

Quisiera continuar con una advertencia: la controversia y la crítica han acompañado la historia del libro, pasada y presente, lo que ha propiciado debates acerca de metodologías y suposiciones. La historia es objeto del énfasis, tanto inconsciente como deliberado, en ciertos valores predominantes, y las voces críticas han acusado a algunos estudios influyentes sobre la historia del libro de ser anacrónicos y teleológicos. A aquellos que escriben la historia de la producción y recepción del libro se les aconseja alejarse de narrativas progresistas precipitadas. Algunos relatos, se argumenta, asumen bruscamente una marcha hacia la modernidad y la disolución de diferencias locales y críticas, en una totalidad globalizada; otros critican lo opuesto. En su último libro, *Divine Art, Infernal Machine*, Elizabeth Eisenstein advirtió sobre la actual “ambivalencia considerable acerca de las tecnologías occidentales de todo tipo. El triunfalismo [con la única excepción de Internet] está pasado de moda junto con las ideas de progreso y otras concepciones de una mejora inevitable en el desarrollo histórico”⁵

Más tajantemente aún, para algunos observadores e incluso para algunos participantes, no toda esta actividad ha sido realmente “historia” y, para otros, es importante que no lo sea. La historia se ocupa de la recuperación de las experiencias humanas del pasado. Algunos de los estudios que contribuyen a la “historia del libro” son responsables de transgredir la estricta área de los estudios históricos, de la misma manera en la que muchas contribuciones de la “historia del arte” o incluso de la “historia de las ideas” se concentran en cuestiones estéticas, materiales o filosóficas, en lugar de enfrentar explícitamente conductas y actitudes del pasado. En los estudios dedicados principalmente a la teoría crítica, estudios editoriales y hasta investigaciones anticuarias sobre las minucias de la producción escrita e impresa, claramente hubo maneras en las que la historia del libro no era o casi no era historia. La profundidad del interés histórico parecía relativamente superficial en muchos análisis bibliográficos de la construcción de libros y las características exactas de su impresión, composición, papel y tinta. Muchos estudios codicológicos —el análisis de los manuscritos junto con la paleografía, el estudio de la escritura a mano— usaron nuevas tecnologías para revelar desarrollos estilísticos y literarios, pero con una contextualización histórica limitada.

Entonces, tratemos de redefinir el libro. ¿Qué es entonces, y en resumen, un “libro” cuando su forma ha variado desde los largos rollos del mundo antiguo hasta los códices en acordeón de América Central y los manuscritos en hojas de palma del sur de Asia? En la antigua América del Sur y en el África antigua, en particular, nuestra comprensión sobre la forma de los libros debe combatir una condescendencia histórica que ha ignorado y marginalizado los logros intelectuales, políticos y tecnológicos de comunidades sucesivas. Los historiadores del libro consideran característicamente que los “libros”, escritos y reproducidos de muchas formas diferentes y que comprenden muchas formas literarias diferentes, desde la prosa hasta la poesía, pasando por obras de teatro, diccionarios y listados, incluyen, como mínimo, los panfletos y las publicaciones periódicas.

No es el caso, ciertamente, a pesar de infinidad de definiciones en sitios de Internet populares, según las cuales los libros se limitan a hojas escritas,

⁵ Elizabeth Eisenstein, *Divine Art, Infernal Machine: The Reception of Printing in the West from First Impressions to the Sense of an Ending* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2011), xi. [Nota del profesor J. Raven]

impresas, ilustradas o en blanco, hechas con tinta, papel, pergamino u otros materiales, “sujetadas para articularse de un lado”. Pero, ¿qué tan atrevidos podemos ser al atribuir a los objetos materiales las características que los convierten en libros, desde la arcilla hasta las tabletas digitales? Dado que el pergamino de piel animal (como la vitela, hecha de piel de becerro), la seda y las fibras vegetales (como el papiro, el cáñamo y el papel antiguo) son componentes integrales del libro, deberíamos aceptar también la corteza y hojas de árboles, cueros animales sin tratar, arcillas minerales y terracotas. Algunos artefactos fascinan. Familiares para ustedes —más que para mí— serían los quipus, los registros de cuerdas con nudos de los incas, que aparentemente pueden ser fechados hacia el siglo X d. C. Son más recientes que los elaborados sistemas de registro y las vasijas mayas y olmecas, pero ofrecen un desafío mayor para las designaciones del libro y sus diversas materialidades, dado que también comprenden medios portátiles, duraderos, replicables y legibles (es decir, legibles y comunicables) para registrar y difundir información. Al considerar la función y el propósito de los libros, ¿la naturaleza o ausencia de la “publicación” es determinada? Y a medida que las formas impresas y lo impreso, en conjunto con la escritura y la ilustración, aumentaron su complejidad, ¿cuán inclusiva se vuelve nuestra definición de “libro”? ¿Debemos incluir mapas y partituras, panoramas desplegados, ilustraciones e impresiones reunidas? Los periódicos, publicaciones periódicas y gacetas, en toda su profusión universal y física, desde hace mucho se han establecido como piezas fundamentales para el estudio de la historia del libro, pero ¿las producciones impresas en una sola hoja deberían incluirse como “libros”, incluso cuando muchas son simples piezas de trabajo como carteles, boletos o acuerdos comerciales y legales? ¿Son admisibles los textos bordados en los dechados, a menudo ejercicios importantes en las aulas, o las palabras burdamente impresas en sacos u otros recipientes?

Mi respuesta para casi todos aquellos que se dediquen a la historia del libro es: sí. Y la razón es que, ya sea que el enfoque de la investigación sean las minucias de la edición textual o el contexto cultural o político de formas materiales antiguas y desconocidas de “libros”, la preocupación central es la comunicación, la creación y difusión de significados provenientes de una forma gráfica y legible, así como portátil y replicable. Ya sea que estén hechos de arcilla, piel o fibra natural, o cobren forma a través de una pantalla digital, una unidad central de procesamiento, una memoria de acceso aleatorio o

una tarjeta gráfica, los libros funcionan como objetos portátiles. Los libros pueden viajar distancias muy cortas o largas y servir, en diversos grados, como transmisores resilientes de conocimiento, información y entretenimiento. Tal definición, con su dependencia de la portabilidad, podría excluir los carteles fijados en las paredes y las inscripciones en entidades inamovibles, y sin embargo existe una conexión innegable entre tales textos y los libros, especialmente cuando un libro puede ser creado a partir de múltiples cuadernillos pequeños u objetos que no son libros. Los contenidos y “textos” de los libros siguen siendo reproducibles y pueden compartirse, almacenarse y conservarse incluso si los editores y lectores posteriores encuentran que su significado es oscuro o aun insondable.

Estas comparaciones cuestionan nuestra certeza sobre la definición de un “texto” en relación con su forma material y su transporte, y sobre los parámetros de sus elementos de diseño. ¿Lo más importante es el material que alberga el sistema ideográfico o deberíamos prestar más atención a las cuestiones de la portabilidad o del potencial de conservación y relectura? La lectura, evidentemente fundamental para las transacciones culturales materializadas por la historia del libro, ofrece una historia por derecho propio que entraña numerosos desafíos epistemológicos, metodológicos, interpretativos y archivísticos. La historia de la lectura es notoriamente problemática. El acto mismo de leer rehúye al registro: pocos escriben lo que hacen. Algunos lectores hacen notas marginales o garabatos, algunos recuerdan su lectura con otros o en un diario de lectura, pero la evidencia de la práctica de lectura, del efecto preciso del texto sobre su destinatario individual, es en esencia limitada. La historia de los tipos de lectura y de la alfabetización implica la consideración de motivaciones, experiencias, habilidades, aptitudes, lugares y consecuencias; sin embargo, la historia de las prácticas de lectura en la recepción de textos también puede diferir de la historia de la relación con los libros, donde el objeto material podría haber sido recopilado, exhibido o utilizado de otra manera por razones simbólicas, especulativas, estéticas, espirituales, emocionales, sexuales, patológicas u otras. En determinadas circunstancias y en lugares muy diferentes, la propiedad de los libros no implica necesariamente la lectura convencional.

Una contribución peculiar de la historia del libro, por tanto, es la reevaluación de lo que hace un texto, y dicha contribución coincide de manera útil con la interrogación material de lo que define un libro. El significado

que transmite el texto se ve afectado de manera crucial por la forma material del libro y, de hecho, como D. F. McKenzie argumentó al explorar una “sociología de los textos”, la forma realmente causa un efecto [*effect*] en el significado.⁶ La lectura errónea común de esto como “afectar” [*affect*] también es relevante para la apreciación de los cambios en las formas textuales y las condiciones bajo las cuales estos se leen y se perciben. Los lectores de libros impresos saben que otros lectores leerán el “mismo” libro y, sin embargo, habrá una semejanza muy diferente a los libros manuscritos y su lectura. Las valoraciones cambiantes de nuestro propio tiempo también ofrecen una idea de cómo la relación entre la forma del libro y los signos transmitidos por y dentro de él han cambiado y se describen de manera diferente en distintas épocas. La referencia actual y popular a un “texto”, por ejemplo, ahora recibe un nuevo significado gracias al envío de un “mensaje de texto” —es decir, mediante el verbo *to text*—, al igual que el procesamiento de texto mundial y los mensajes de texto han traído consigo el rejuvenecimiento, pero también la reconfiguración de la palabra “tipografía” [*font*], palabra que hace tan solo 30 años necesitaba explicación para los no iniciados en la tipografía.

Para la mayoría de los que practican la historia del libro, la propia mutabilidad y la contingencia cultural de la forma textual son el desafío y el placer de su estudio. Los estudios comparativos están avanzando a nuestro alrededor en la historia más reciente del libro, desde el análisis de la fonética maya hasta el examen de diferentes formas de sutras budistas, que van desde los libros de hojas de palma cingaleses hasta la xilografía y los rollos *thangkha* del Tíbet y Mongolia. La nueva investigación en la historia del libro es aventurera y polémica e incluye, entre cientos de proyectos específicos, la investigación de la relación entre las técnicas de xilografía en Turquía y Rusia, y la impresión de costales y otros “textos” comerciales y muy poco convencionales por medio de bloques de madera tallados, en Europa central y occidental. También incluye los cánticos y los rituales que acompañan los grabados en madera japoneses *hosoe* (細絵), destinados a ahuyentar las plagas y el desastre, y las impresiones posteriores *namazu-e* (納馬祖) con motivos de bagres, realizadas después del terremoto de Edo de 1855, como protección contra los terremotos.

⁶ D. F. McKenzie, *Bibliography and the Sociology of Texts* (Londres: British Library, 1985). [Nota del profesor J. Raven]

La historia del libro, por tanto, reclama un carácter distinto de los estudios editoriales textuales y de la bibliografía tradicional analítica, descriptiva e incluso histórica, y, sin embargo, éstas también son disciplinas fundamentales y siguen siendo componentes académicos cruciales. El análisis bibliográfico práctico, por ejemplo, que combina la comprensión técnica con el rigor disciplinario, es indispensable para comprender no sólo las materialidades, sino también las complejidades contextuales de los objetos de estudio. No obstante, los nuevos desarrollos, con todos los peligros de las suposiciones falsas y los atajos académicos que conllevan, ofrecen búsquedas intelectuales frescas y ambiciosas que hacen de la historia del libro un campo estimulante y provocador. ¿Cómo y por qué, por ejemplo, fue que ciertas comunidades, instituciones e individuos apoyaron a escribas, impresores y editores profesionales, a veces desproporcionadamente en relación con los niveles de alfabetización de sus sociedades? ¿Qué papeles políticos, religiosos y sociales se asignaron a los libros, y cómo se relacionaron éstos con la apreciación de los libros no sólo como comunicadores sino como contenedores y transmisores de la memoria? ¿Quiénes controlaban los libros como canales por los que la memoria cambia, se deforma y se censura, y de qué manera? ¿Dónde, cómo y por qué los individuos, las comunidades, las instituciones y las naciones invertían en colecciones de libros? ¿Qué distingue, de hecho, a los coleccionistas de los propietarios cuando los propietarios suelen ser, pero no siempre, coleccionistas, y donde los coleccionistas son siempre propietarios? Las respuestas combinan idealismo y pragmatismo, ya que los libros en todas sus variedades fueron valorados por su registro del conocimiento, la cultura, la espiritualidad y las rúbricas y procedimientos aprobados por la vida profesional, social y política, así como las opiniones subversivas y revolucionarias que buscaban socavarlos.

Por tanto, los manuscritos portátiles, legibles y duraderos, los libros impresos y de otros tipos, en particular las publicaciones periódicas y los periódicos, ampliaron y extendieron el alcance del intercambio. Dicho intercambio se alteró según los cambios de lealtad religiosa, la guerra, las invasiones, el colonialismo, la migración, el exilio, el comercio, el nacionalismo, la revolución y la independencia política.

En un primer nivel, al recuperar y ofrecer una interpretación de una variedad de textos disponibles, ayudamos a rescatar la historia del pensamiento popular y la práctica discursiva del canon de los grandes textos estudiados

aisladamente; revisamos las diferencias entre el significado y la intención del autor, magnificamos las ausencias e iluminamos lo inesperado. La historia del libro continúa rompiendo las polaridades percibidas entre lo popular y la élite, explora construcciones mentales y socava categorías de falsa oposición, como “alfabetizado” y “analfabeto”.

Si concluimos, entonces, que no puede ni debe haber un solo tipo de historia del libro, sino muchos tipos, por tanto no puede haber “historia del libro” o “la historia del libro” de la manera global proyectada por sus defensores modernos más fervientes.

La colaboración entre disciplinas ha sido beneficiosa, pero esto no significa que dé como resultado una idea monolítica de lo que podría ser la historia del libro. Hay a quienes nos parece que la historia del libro aún se preocupa muy poco por las historias sociales comparativas de las ideas. Los signos gráficos, el texto y la letra impresa determinaron la forma en que el pensamiento se produjo y consumió materialmente, de la misma manera que en la era digital Internet brinda la oportunidad pero también los límites para nuevas formas de redes sociales y de formación y recepción textual. Las palabras e ideas transmitidas por los textos publicados son el resultado *significativo* de la producción, circulación y lectura del texto material. La historia del libro ha estado dominada por la discusión del impacto y las características de lo impreso y de formas modernas particulares como las publicaciones periódicas, pero igualmente importantes son los libros antiguos en todas sus formas desconocidas, los libros en sociedades no literarias o sociedades con alfabetizaciones diferentes y el significado continuo y cambiante de los manuscritos y la correspondencia escrita.

De manera más notoria, el “giro global” en la historia del libro propone historias del conocimiento que se inspiraron en los desafíos de la Europa moderna temprana y de la Ilustración: los cambios en la organización del conocimiento, la circulación y el impacto de las ideas, la historia intelectual y social de las bibliotecas y la transmisión global de las culturas europeas. Las formas en que la acumulación de conocimiento compensa la pérdida son paralelas al equilibrio entre los avances y las limitaciones estudiadas por las historias del libro. En un número creciente de estudios de caso de diferentes partes del mundo, el interés son las culturas orales desplazadas, subsumidas y corrompidas y las previamente escritas, pero también de culturas creativamente compuestas en las que las lenguas y tradiciones impuestas e

inventadas tienen sus propias contribuciones positivas. En última instancia, es una agenda que habla de nuestro mundo actual digital, globalizado y, sin embargo, intelectual e ideológicamente fragmentado, a menudo incomprendible para todos.

Preguntas y respuestas

Muchas gracias por la conferencia. ¿Podría ahondar en la situación del libro antes de la ocupación británica en Oceanía?

Claro, es muy interesante, y bueno, no soy experto y quiero decir algo que es muy importante y debo decir que en este libro, *The Oxford Illustrated History of the Book*, hay contribuciones de un buen número de académicos expertos de diferentes partes del mundo. Si hablamos concretamente de Australasia, uno de los aspectos más interesantes es lo pequeño de las comunidades de las que estamos hablando, bibliotecas pequeñas, colecciones pequeñas que surgen en ubicaciones específicas y, de hecho, un aspecto interesante de esto —algunos querrán discutir sobre bibliografía y centros bibliográficos— es el grado de interés que ha habido en Australasia sobre estudios bibliográficos durante los siglos XIX y XX, no sólo con exponentes muy famosos e influyentes en la bibliografía, sino también con la creación de centros bibliográficos relevantes allá.

Espero que eso responda un poco la pregunta, quizá la entendí mal y era más sobre los encuentros coloniales. Eso es muy interesante, porque es un ejemplo maravilloso en Australia de un encuentro entre diferentes formas materiales del libro. El códex occidental se encuentra con otro tipo de libro, que tradicionalmente no ha sido observado: el libro indígena. Esto une tres cuestiones: el aspecto material, el encuentro de diferentes tecnologías (es decir, impresión, escritura, impresión u otras formas de uso del material) y el contenido ideológico dentro del libro. Quizá la pregunta se centraba más en Oceanía en términos de estos encuentros y eso es una forma completamente distinta de verlo.

¿Podría decirnos algo sobre los primeros libros en México y en América?

Podría decir mucho, pero me limitaré a dos cosas, y lamento que mi español sea tan limitado y que tenga que hablar en inglés, pero así puedo decir más cosas directamente. Primero, creo que ha habido un interés creciente

en la llegada de la imprenta a Ciudad de México en 1536, en la segunda mitad del siglo XVI, en el desarrollo de la impresión por tipos móviles y en la incorporación de ello en la historia del libro en Norteamérica, en particular. Así que uno de los libros que mostré, que era *The History of Book in North America*, en esta serie de cinco volúmenes que se publicó hace algunos años y en cuyo primer volumen colaboré; hice mucho trabajo en Ciudad de México en esos días y observé estudios muy importantes sobre la llegada de la imprenta a México, con los frailes, las obras religiosas y todo ello, y de las caravanas que llevaban libros por tierra en lugar de por mar, desde México al sur de lo que ahora es Estados Unidos (Nuevo México, partes de Texas, etc.) y estaba muy interesado, porque estábamos investigando los primeros libros impresos de Norteamérica que provenían de México y escribí sobre eso, pero lo realmente interesante (y ésta es una de las cosas que pueden interesar a la gente sobre la construcción de las nuevas historias nacionales del libro) es que cuando escribí esto, fue excluido; no está en la historia del libro en América porque se consideró que hasta 1776 sólo se podían incluir los libros que cruzaban el mar hacia las colonias británicas. Entonces, en ese primer volumen, *History of the Book in North America*, que abarca desde la época colonial hasta 1776, se me permitió hablar sobre la importación de libros a través del mar a las 13 colonias británicas y a Canadá, pero no todo lo que venía de México, y lo publiqué por separado. Ahora, esa es un área; también podría hablar sobre el contraste con el tipo anterior de libros del que estaba hablando en mi discurso, sobre la diferencia entre el libro de pueblos indígenas existente y lo que eso significa, pero esa es una pregunta diferente.

Si puedo agregar algo más que pueda ser de interés, es que aquí hablamos de libros sin fronteras y creo que es muy importante siempre tenerlo presente. En el siglo XIX, cuando se fundaba la bibliografía en Occidente, las sociedades bibliográficas y la construcción de los catálogos abreviados [*short-title catalogues*], la idea de bibliografía enumerativa y descriptiva a menudo tenía que ver con la lengua y con unidades nacionales, y por lo general eso era muy bueno, pero esos proyectos y todo ese trabajo, todo ese maravilloso trabajo de base se concibió desde una perspectiva nacional, lingüística o política, para darle sentido. Creo que eso tiene un paralelo muy interesante con lo que sucedió a finales del siglo XX, por lo que hablaba hace un momento en términos de la historia de la historia del libro, porque esa

historia —la del libro en Norteamérica, en Francia, en Gran Bretaña— también se concibió bajo una perspectiva nacional y eso puede ser un problema, porque podemos olvidar que los libros no tienen fronteras. Para tomar sólo un pequeño ejemplo: *The History of the Book in Scotland*, en particular, es realmente interesante porque si se toma un instante, un momento específico digamos, por ejemplo, 1750, si a uno le interesa el libro en Escocia en 1750, hay que tener en cuenta todos los libros que circulaban por allí, que llegaban de la Europa continental, de Francia, España, los Países Bajos, Italia y, sobre todo, de Londres e Inglaterra. Pero si uno lee —y no es una crítica, es un volumen maravilloso— *The History of the Book in Scotland* encontrará que la mayor parte de la historia es sobre libros nuevos que se publicaron en Escocia, no los libros que venían de fuera, y ese fue el problema del ejemplo sobre México y América del Norte: debemos considerar siempre que los libros no tienen fronteras, hay que pensar en la circulación de libros en su conjunto.

¿Qué piensa de los estudios interdisciplinarios como una forma de mejorar la investigación histórica? ¿Definir el libro exclusivamente como información impresa no sería una definición eurocéntrica?

Exacto, sí, estoy de acuerdo con eso. La interdisciplinariedad es muy importante, de eso hablaba en la conferencia, por supuesto, de la comunicación entre diferentes disciplinas, y enumeré muchos estudiosos diferentes: epigrafistas, codicólogos, bibliógrafos, pero también muchos que provienen de diferentes disciplinas en términos de historia (historia del arte y toda una gama de estudios diferentes), y eso es lo que ha sido tan emocionante en la conversación, en la historia del libro. Podría hablar mucho más sobre eso, pero la interdisciplinariedad sin duda alguna es muy importante, y es emocionante la forma en que se está desarrollando y estamos aportando nuevas habilidades y profesiones.

En relación con la segunda pregunta, por supuesto que sí, y eso es exactamente de lo que estaba hablando, si entendí la pregunta. En retrospectiva, en la historia del libro, la imprenta es sólo una pequeña parte de la historia del libro y, como decía, gran parte de la bibliografía del siglo XIX estaba relacionada con el libro impreso y muy rápidamente se vio acompañada por un interés en la codicología y en estudios de manuscritos y cosas por el estilo, pero lo que he tratado de describir, en gran medida, es esta amplia gama

de diferentes tipos de materiales, diferentes tipos de técnicas y la aplicación de dichas técnicas: se trata de impresión en arcilla, pintura, dibujo y toda una gama de materiales diferentes, por lo que no sólo se trata de la impresión.

Pueden ser de su interés los estudios gramatológicos desarrollados por Erik Velásquez en la UNAM y en España por De la Cadena, ya que demuestran que la semasiografía sobre el estado y categoría de los escritos americanos es más una posición ideológico-política, que historiografía lingüística. ¿En esta versión inclusiva de la historia del libro podría considerar la tecnología de la encuadernación, tomando en cuenta que la encuadernación es la última etapa en la producción de libros antes de ponerlos en la mano de los lectores?

Gracias, son muy buenos comentarios, creo que subrayan que no debemos seguir todas nuestras suposiciones, debemos cuestionar constantemente nuestras suposiciones, eso es muy importante. En cuanto a la encuadernación, bueno, la encuadernación es muy interesante. Saber qué es la encuadernación en diferentes sociedades y hacer estudios comparativos sobre encuadernaciones sería muy interesante. Saber cómo se conserva el libro para ese lector y las diferentes opciones que se pueden tomar; de nuevo, es un área en la que creo que, en términos de la cobertura del libro, la forma en que se recibe el libro varía enormemente en diferentes sociedades y diferentes comunidades, y estoy seguro de que podría hacerse mucho más al respecto; muy interesante.

Como presidente de la Sociedad Bibliográfica, ¿podría explicarnos qué es esta sociedad y si es posible ser miembro desde México?

Sí, ciertamente es posible convertirse en miembro, para ello hay que postularse. Tenemos un sitio web, www.bibsoc.org.uk, donde pueden presentarse. Hay un costo por año, por el cual se recibe la revista *The Library*, que es una revista bibliográfica de alta calidad. Si quieren saber un poco más sobre las sociedades bibliográficas, de hecho hablo un poco de ello en mi libro *What is the History of the Book?*, porque es muy interesante ver cómo se fundaron las sociedades bibliográficas en el siglo XIX. Esto tiene que ver con la definición de lo que era la bibliografía, en cierto modo, la bibliografía analítica descriptiva y la bibliografía histórica; consistía en un grupo de personas que querían encontrar una ciencia de la bibliografía descriptiva para ejemplares ideales y saber qué ediciones eran; también había personas interesadas en la

historia de la producción de libros y esto coincide, nuevamente, con la tendencia de hacer proyectos nacionales. La primera sociedad bibliográfica se fundó en Edimburgo en 1890, nuestra sociedad bibliográfica fue fundada en Londres en 1892 y hay otras sociedades, como la Bibliographical Society of America, de 1904. Publicamos revistas y nos reunimos con regularidad, tenemos conferencias, eventos maravillosos, como nuestra reciente y estu-penda visita virtual de la que ustedes en México fueron anfitriones, que fue un gran éxito. Nuestro objetivo es unirnos en amistad y asociación con bibliógrafos, historiadores del libro, coleccionistas de libros, bibliófilos, librerías, de hecho, todos los que tienen interés en el libro, así que si están interesados en unirse, visiten nuestro sitio web y postúlense.

Si la historia del libro puede aplicarse a cualquier objeto que transmite significado y es interpretado, entonces ¿cuál es la diferencia con los estudios de los medios de comunicación, como el cine? A final de cuentas, está impreso en negativo y después es interpretado.

Sí, pero a diferencia del libro, no puede transportarse. La definición es difícil y controvertida, y mi intención era ser provocativo; en cualquier caso, hablaba de la preocupación central de la creación y difusión de significado importante que fuera gráfico, legible, portátil y replicable. Entonces, podría pensar en términos de estudios de medios de comunicación o en términos de una película; también podría pensar en un individuo, una persona que cuenta una historia, pero la persona es una persona. ¿Puede una persona ser un libro? ¿Puede un filme, una película, ser un libro? ¿Puede un monumento ser un libro? No, yo diría que esas tres cosas no lo son, porque no son textualmente movibles y replicables en sí mismas, es decir, uno tiene que ser capaz de replicarlo, moverlo, leerlo y transmitir un significado también. Pero estoy de acuerdo, estos son límites porosos, son límites discutibles, y aquí hacemos nuestro mejor esfuerzo para definir algo que es un libro y que tiene mucha libertad dentro de sí mismo. De modo que, en otras palabras, ¿cuál es el objeto?, no sólo estamos pensando en un libro de manera convencional, sino que estamos pensando de manera un poco más arriesgada acerca de lo que podría ser un libro; pero es un muy buen desafío, me gusta el desafío.

En el aspecto interdisciplinar que enfatizó, es muy importante promover el diálogo con diferentes puntos de vista que enriquecen los enfoques existentes. ¿Es necesario pensar

en diferentes metodologías para acercarse a estudiar la historia del libro en soportes materiales diferentes?

Sí, por supuesto que lo es, y es por eso que, en particular, con este libro reciente, *The Oxford Illustrated History of the Book*, reuní a diferentes expertos en el campo. Por ejemplo, mi colega Eleanor Robson, que es una gran experta en tabletas cuneiformes, vio que yo comparaba las tabletas babilónicas con las tabletas digitales modernas. Ella aporta una experiencia disciplinaria muy diferente no sólo sobre la lectura y la traducción de la escritura cuneiforme, sino también sobre cómo se creó realmente la escritura cuneiforme y cómo se crearon las bibliotecas de tablillas cuneiformes, porque es arqueóloga y también una distinguida estudiosa de la historia babilónica. En otro capítulo del mismo libro Jeffrey Schnapp, de Harvard, con respecto a la tableta digital, aporta una experiencia disciplinaria muy diferente para comprender el mundo digital. Y, si se me permite agregar algo, hay otro punto que podría ser realmente interesante aquí y es una palabra que quizá ustedes conozcan pero era nueva para mí, no la había escuchado antes en esta era digital: “esqueumorfismo”, que significa la adopción de una forma material que ya no es necesaria para que ese objeto sea entendido. Entonces, por ejemplo, en nuestras tabletas digitales a menudo todavía tenemos páginas, pero, en realidad, si nos desplazamos hacia abajo ya no necesitamos una página. Algunos de nuestros teléfonos móviles tienen una forma que parece un libro, o algo parecido, pero en realidad no necesitamos esa forma física, a eso se le llama esqueumorfismo: algo que adopta algo que ya no es necesario como forma material o física y es sólo porque estamos acostumbrados, es la tradición, nos sentimos más cómodos así. Entonces eso trae un tipo diferente de disciplina para entender la era digital: ¿hasta qué punto el libro digital es realmente en su forma material algo que no es realmente necesario para la comunicación digital?

Tenemos muchos estudiantes en la audiencia. ¿Qué les podría decir a estos jóvenes que están comenzando su carrera para que sigan los estudios de la historia del libro en esta época tan complicada?

Bueno, que cuando seamos libres y podamos salir de nuevo, visiten tantas colecciones de libros y bibliotecas como puedan, miren a su alrededor y hagan preguntas sobre cómo se formó la biblioteca, por qué esos libros están allí y, luego, observen esos libros. Pero si no podemos hacer eso, entonces

tendremos que confiar en este tipo de eventos, como el que ustedes han organizado, que es maravilloso, y tendremos que confiar más en el aula digital y en lo que podamos leer en línea. Sé que la situación es frustrante y lo siento, pero les agradezco por hacer esto, ya que es muy importante presentar ideas sobre libros a los jóvenes y hacer que la gente piense sobre cuál es nuestra ciencia del libro.

Permítanme agregar lo que quizá sea la única ventaja de la situación actual, en la que todos estamos atrapados en nuestras casas. Permítanme cambiar el fondo. Aquí estamos, en casa, y no en la biblioteca de mi universidad.⁷ En este mundo de realidad virtual una de las grandes cosas a las que podemos llegar es vernos digitalmente a través de Zoom y eso es exactamente de lo que estaba hablando en términos de un estudio comparativo de los libros y bibliografía comparada. Por tanto, cuantos más contactos puedan tener los jóvenes en todo el mundo, mejor. Y no todo el mundo tendrá la maravillosa experiencia que tenemos aquí de ofrecer una interpretación simultánea; el idioma nos limita, por desgracia, y el idioma es muy interesante porque tenemos diferentes palabras en la bibliografía y la historia del libro, a veces usamos diferentes términos que pueden ser confusos. La palabra *signature*, por ejemplo, es un problema real. Trabajé en Alemania y cuando yo hablaba de *signature* (ya que lo interpretaron como “firma”) ellos pensaron que hablaba de una firma real en una página, cuando en realidad estaba hablando de las firmas, este elemento en la parte inferior de un libro impreso antiguo, de modo que el idioma puede ser un problema. Así que esta oportunidad que tenemos ahora para fomentar nuestra comunicación internacional a través de medios digitales es una ventaja, no sólo para compartir información, sino también para ampliar nuestra comprensión y nuestra comunicación. Cuanto más podamos hablar entre nosotros, mejor, así que creo que hay una enorme ventaja en esta forma de comunicación digital; espero que continuemos trabajando juntos cuando todos podamos conocernos y tener conferencias adecuadas de nuevo. Muchas gracias por invitarme y por la traducción, ha sido un gran placer y espero que les haya interesado. Mis mejores deseos para el resto de la serie.

⁷ En la videoconferencia, el profesor Raven cambia el fondo virtual de su pantalla, que mostraba la biblioteca de su universidad, para permitirnos ver su casa.

Las lecturas no son inmunes.

Historia de la lectura en tiempos de pandemia

Roger Chartier

ÉCOLE DES HAUTES ÉTUDES EN SCIENCES SOCIALES

Roger Chartier es, sin duda, uno de los historiadores más influyentes de nuestra época. Podríamos tomar prestadas sus propias palabras y describirlo como “un Mercurio, un mensajero de historiografías extranjeras”. El profesor Chartier es director de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) de París, Francia; profesor en Le Collège de France y en la Universidad de Pensilvania. Es especialista en la historia del libro, de la edición y de la lectura. Sus publicaciones han abierto el camino, sentado las bases y revolucionado la historia y la historiografía del libro.

Profesor Chartier, sea usted bienvenido a su casa, la Biblioteca Nacional de México.

Muchas gracias y buenas tardes. Es para mí un gran placer volver, entre comillas, a la Biblioteca Nacional en México, a un país, a una ciudad donde tengo tantos amigos y amigas.

Estará usted de acuerdo con nosotros: la pandemia es el tema que ocupa la mente de todos. En la cuarta de forros de su último libro, *Lectura y pandemia*, publicado este año 2021,¹ usted afirma que “ni siquiera las lecturas son inmunes a la pandemia”. ¿Cómo ha afectado la pandemia su labor cotidiana como académico?

Hay varias maneras de contestar esta pregunta. La primera es decir que todos compartimos la misma suerte en este mundo de confinamiento, de autoconfinamiento, de restricciones para viajar. Es un destino común que se caracteriza por la imposición de una vida casi exclusivamente frente a las

¹ Roger Chartier, *Lectura y pandemia. Conversaciones*, serie Discusiones (Buenos Aires: Katz, 2021).

pantallas. El mundo se ha transformado en un mundo electrónico, un mundo digital para las comunicaciones formales o informales, para las compras, para las actividades académicas, por ejemplo, encuentros, conferencias, coloquios, y también para la lectura.

En efecto, con un destino compartido, cada uno de nosotros ha vivido la pandemia de manera distinta desde su propia profesión. En cuanto a la actividad de investigación que caracteriza el trabajo de un historiador, comparto la observación de Robert Darnton respecto a las inmensas posibilidades de las colecciones digitales, tanto de libros como de archivos, para continuar la investigación durante el cierre de las bibliotecas o de los archivos. Podría decirse que ésta es la mayor diferencia entre la pandemia actual y las pandemias del pasado: la oportunidad, gracias a los recursos digitales, de mantener actividades que, sin ellos, serían imposibles de realizar.

Debemos advertir algo a quienes nos escuchan: nunca deben olvidar que el trabajo con reproducciones digitales es una sustitución, en cierto sentido, de algo que desaparece en la pantalla y que vamos a discutir más ampliamente, a saber, la materialidad de los textos. El libro o el documento desaparece y sólo queda para leer la pantalla, a través de la cual se lee una reproducción digital de un texto.

Ésta es una primera realidad. La segunda es casi una paradoja: la pandemia representa una suspensión de las actividades académicas tradicionales. Por lo menos, en mi caso, en este momento que soy profesor de la Universidad de Pensilvania, este año fue imposible viajar e ir a dar cursos a la universidad. Esto me ha dado un tiempo libre con el que no contaba y que he aprovechado para revisar traducciones, organizar antologías y escribir. Durante este año —porque ya ha transcurrido un año desde que todo empezó en Francia, en marzo de 2020, como en Estados Unidos y en diferentes momentos a lo largo del mundo— he disfrutado de este tiempo libre y he trabajado en nueve libros. Algunos son muy breves, como el libro que citaban al inicio y que es resultado de dos conversaciones: una en México con Daniel Goldin y otra en Argentina, con Alejandro Katz y Nicolás Kwiatkowski.

Otro de mis libros sobre el mismo tema que vamos a discutir hoy fue publicado en Brasil con el título *Um mundo sem livros e sem livrarias?*,² esperando

² *Um mundo sem livros e sem livrarias?* (São Paulo: Letraviva, 2020).

que la respuesta sea no. Es un análisis de las transformaciones de la edición, del comercio del libro y de la práctica de las librerías antes y durante la pandemia. En los próximos meses voy a publicar dos libros que ya están en las últimas correcciones: uno por la Universidad de Valdivia en Chile, que es un diccionario de la cultura escrita, muy personal, con las palabras y temas que he trabajado durante mis años de investigación³ y el otro, publicado por la Universidad de Valencia, es una compilación de ensayos que había escrito en español.⁴

El nuevo libro que escribí durante este tiempo libre de la pandemia tiene como título *Éditer et traduire*. Será publicado en mayo en Francia y es el resultado de mis investigaciones y reflexiones de los últimos años, y de mi interés por las traducciones en general y particularmente para los siglos XVI y XVIII. Gracias a este tiempo en casa fue posible terminar la escritura de los ocho capítulos que conforman el libro.⁵

¿Qué tema está trabajando actualmente? ¿Cómo ha solucionado los problemas que ha traído la pandemia para avanzar en sus investigaciones?

Desde hace algunos años me he interesado en el tema de la traducción entre el siglo XVI y el XVIII. Ya se han concretado algunos ensayos y ahora este libro. Mi interés tiene varias razones. La primera es una contradicción de nuestro mundo, una tensión paradójica. Nuestro mundo se caracteriza por el creciente proceso de globalización, que multiplica las interconexiones, las interdependencias, y que sirve de fondo para entender la pandemia mundial. Sin embargo, este mundo cada día más globalizado y conectado carece de una lengua universal. Debemos vivir con la multiplicidad, los entrecruzamientos de las traducciones que permiten una comunicación entre estas lenguas diferentes.

La segunda razón es que podemos pensar la traducción en los términos propuestos por el filósofo Paul Ricœur, como una hospitalidad lingüística,

³ *El pequeño Chartier ilustrado. Breve diccionario del libro, la lectura y la cultura escrita*, ed. de Pedro Araya y Yanko González, colección Austral Universitaria de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades (Santiago de Chile: Universidad Autónoma de Chile, 2021).

⁴ *Presencias del pasado. Libros, lectores y editores*, Honoris Causa 33 (Valencia: Publicacions Universitat de València, 2021).

⁵ *Éditer et traduire. Mobilité et matérialité des textes (XVIe-XVIIIe siècle)*, Hautes Études (Paris: École des Hautes Études en Sciences Sociales / Gallimard / Le Seuil, 2021).

es decir, acoger al otro en su propia casa, en su propia la lengua. Al mismo tiempo, la traducción puede ser un acto de violencia y de imposición de la lengua de la dominación y una forma de desposeimiento de su propia lengua para los dominados. Me parece que podemos encontrar esta tensión en la situación colonial, particularmente en México, pero también en el resto del mundo colonial español y portugués porque, por un lado, como lo han mostrado excelentes historiadoras e historiadores en México, hay una hospitalidad vinculada al proceso de evangelización que tuvo lugar en la lengua de los pueblos indígenas. Al mismo tiempo, la administración y la justicia se realizaron en las lenguas de la tradición, el latín, y la del imperio, el español o el portugués. Esta tensión entre hospitalidad y violencia me parece otra razón de un interés común de la sociología, la crítica literaria, la antropología o la historia para las traducciones.

La tercera razón se vincula directamente con la biblioteca y nuestros intereses comunes en torno a la historia del libro, de la edición y de la lectura. La traducción es una de las formas de la movilidad de las obras. Es una cuestión que siempre me ha interesado. Por un lado, las obras parecen siempre idénticas a sí mismas: *Don Quijote* es el nombre de una obra que trasciende todas sus formas posibles y siempre se identifica con un texto inmaterial. Pero como lo sabemos por experiencia, en realidad las obras se transforman profundamente al correr de los siglos por varias razones. Si pensamos en las atribuciones, las obras pueden serlo a un nombre propio, no necesariamente al del autor, pues entre los siglos XVI y XVIII no siempre se atribuía al escritor. El nombre puede ser un argumento publicitario, si logra vender los libros, por ejemplo, Shakespeare o Lope de Vega. Otra posibilidad la constituyen los múltiples sentidos del anonimato. En resumen, una misma obra puede ser atribuida de diferentes maneras a lo largo del tiempo.

Otras razones de la movilidad son las variantes del texto en su literalidad. Aquellas obras que pensamos espontáneamente como inmóviles, siempre idénticas a sí mismas, son móviles porque el autor puede escribirlas de nuevo, si lo quisiera. En este caso, las variantes se vinculan con el trabajo del autor sobre sus propias obras, pero pueden vincularse con una introducción del editor o con una decisión vinculada al trabajo de la imprenta. No debemos olvidar que durante los siglos XVI, XVII y XVIII es posible corregir un texto durante el tiraje, introduciendo diferencias en el texto de varios ejemplares de la misma edición. A nosotros puede parecernos absurdo, pero

era la posibilidad de lo que en inglés se llama *stop-press correction*, es decir, corregir durante el proceso de impresión e introducir así variantes textuales entre los ejemplares, cuando las otras formas de intervención introducen diferencias entre las ediciones de la misma obra.

Otra razón de la movilidad de los textos es su materialidad. Por ello, debemos entender las diferentes formas de publicación. Puede ser la forma del libro tal como lo conocemos pero, sobre todo a partir del siglo XIX, también puede ser en forma de folletín, de publicaciones por entregas, de artículos en periódicos o revistas que pueden acabar bajo la forma de un libro; puede ser un libro *unitario*, como dicen los italianos, que consiste en una sola obra, o puede tener la forma de una miscelánea con varias obras del mismo autor o de varios autores.

Todas estas formas son distintas modalidades de publicación del mismo “texto” que producen efectos distintos en el lector. Esta materialidad podemos entenderla a otra escala, que no es solamente la forma de publicación, sino que consiste en las modalidades de inscripción del texto en la página. De ahí el interés por los diferentes formatos, el uso de varios caracteres tipográficos, la puntuación —que es un tema que siempre me ha apasionado— o la relación entre el texto y las ilustraciones, en el caso de ediciones ilustradas.

Por último, en esta movilidad del texto, que remite a la atribución, la materialidad y la literalidad, debemos ubicar las traducciones, que son elementos que modifican la interpretación y la recepción de un texto cuando se le traslada de una lengua a otra. Esto abre el último campo de reflexión sobre la movilidad del texto en torno a las apropiaciones e interpretaciones del texto generadas por la lectura.

En mi estudio sobre la traducción seguí dos estrategias: la primera consistió en concentrarme en una palabra o un fragmento. En uno de los ensayos del libro me intereso en las traducciones en varias lenguas (castellano, francés o inglés) de una misma noción en la Europa del siglo XVI. Pero también en las traducciones al latín, porque a menudo olvidamos que no solamente se traducía a las lenguas vernáculas, sino también al latín y había varias razones para ello, por ejemplo, garantizar la circulación en Europa central o como ejercicio académico. Para ello, elegí la palabra *sprezzatura* en el texto de *Il cortegiano* de Baltasar Castiglione,⁶ *El cortesano*, en la traducción de Juan

⁶ Baltasar Castiglione (Mantua, 1478-Toledo, 1529). *Il cortegiano* fue publicado originalmente

Boscán al español,⁷ y reconstruí el desafío que representó este neologismo para los traductores del siglo XVI. Otro ejemplo es el estudio de las traducciones de “To be, or no to be”, el primer verso del monólogo de Hamlet de Shakespeare, en las traducciones al francés y al español durante el siglo XVII, empezando con Voltaire y terminando con la primera traducción al español de Moratín.⁸

La segunda estrategia consistió en subrayar el contexto de la traducción para observar su intención y la transformación del sentido de la obra traducida. Elegí dos ejemplos. El primero fue la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas, uno de los textos más traducidos desde el siglo XVI.⁹ Existen 62 ediciones entre 1552 y principios del XIX. Sólo dos de estas ediciones son en castellano: una, la primera, en Sevilla, y la otra, una reedición publicada en 1646 durante la sublevación catalana, como si los castellanos pudieran ejercer la misma crueldad o violencia contra los catalanes como lo habían hecho contra los indios. También estudié las traducciones italianas e inglesas, ubicando el texto en su contexto y entendiendo las razones para traducirlo. Es un ejercicio interesante, que traslada la dificultad de la traducción del texto a los preliminares, la portada, el título mismo y la estrategia detrás de la publicación; es eso lo que cambia el sentido de la obra.

El segundo ejemplo me parece paroxístico. Se trata del *Oráculo manual y arte de prudencia* de Baltasar Gracián, publicado en 1647 en Huesca¹⁰ y traducido al francés en 1684 por Amelot de la Houssaye¹¹ con un título completamente diferente: *L'Homme de cour*, es decir, “el cortesano”. En la obra de Gracián, la palabra “corte” nunca aparece, pero en este caso, la traducción le dio una nueva finalidad, es decir, la de describir las conductas necesarias para la vida en la corte. Fue de una importancia decisiva porque todas las otras lenguas tradujeron el texto de Gracián siguiendo la de Ame-

en Venecia, por Aldo Manucio, en 1528.

⁷ Juan Boscán Almogáver (Barcelona, 1487-1542). Su traducción de *El cortesano* fue publicada en Barcelona, por Pedro Monpezat, en 1534.

⁸ Leandro Fernández de Moratín (Madrid, 1760-París, 1828). La traducción apareció en 1798.

⁹ Bartolomé de las Casas (Sevilla, ca. 1474-Madrid, 1566). La *Brevísima relación* fue publicada por primera vez en 1552, en Sevilla, por la imprenta de Sebastián Trujillo.

¹⁰ Baltasar Gracián y Morales (Belmonte de Gracián, 1601-Tarazona, 1658). Publicado en Huesca, en 1647, por Juan Nogués.

¹¹ Nicolas Amelot de la Houssaye (Orléans, 1634-París, 1706). La traducción apareció en 1684, en París, impresa por la viuda Martin y J. Boudot.

lot de la Houssaye. Por tanto, se modificó el estatuto mismo de este texto en toda Europa, salvo evidentemente en España, donde el texto continuó con su título original y sin referencias a la corte.

Trabajar sobre las traducciones es una forma de entrar en la complejidad de la cuestión, fundamental y central, de la pluralidad de los textos de una misma obra. Es un lugar de encuentro entre la filología, la crítica literaria y la bibliografía. Por un lado, permite reflexionar sobre la tensión existente entre los procesos constitutivos de la identidad inmaterial de las obras y, por el otro, están nuestras experiencias como lectores, espectadores, historiadores, bibliotecarios, etc. Es la experiencia de la pluralidad, algunas veces infinita, de los textos de obras desmaterializadas. Una de las expresiones de este fenómeno se encuentra en la definición del *copyright* que protege una obra, cualquiera que sea su forma. Trabajar sobre las traducciones es una manera de entrar en esta tensión.

¿Se puede hablar de modas en el trabajo del traductor?

El estudio de la traducción es una manera de seguir periodizaciones y desigualdades. Se pueden estudiar las temporalidades de la traducción de una obra en particular. Hay un ejemplo famoso de *Don Quijote*: entre 1605 y la mitad del siglo XVII, se traduce en Europa occidental y central: al inglés, francés, una traducción parcial al alemán, italiano y holandés. A finales del XVIII y comienzos del XIX hay una segunda ola que viene de la Europa periférica, pero ilustrada. Aparecen traducciones al ruso, danés, sueco y portugués. Se trata de un segundo momento de globalización de *Don Quijote*. A finales del XIX e inicios del XX, aparecen traducciones en todas las lenguas de los imperios de la época: se traduce en los imperios ruso, austriaco, otomano, pero también en Oriente: se traduce al japonés, hindú, persa, chino, etcétera.

Sería también posible, desde el punto de vista de la temporalidad, averiguar cuáles son los géneros traducidos en una época. Por ejemplo, la traducción de las novelas de caballería en Francia y en Inglaterra durante la segunda mitad del siglo XVI, lo que introduce una relación entre la periodización y la geografía. Esto subraya un hecho fundamental, tanto en el presente como en el pasado, que es la desigualdad entre las lenguas traducidas y las lenguas a las que se traduce. Por ejemplo, mencionaba el estudio sobre las traducciones de Shakespeare durante el siglo XVII, pero *Don Quijote* y las

obras de la literatura española, las novelas picarescas, las novelas pastoriles, el teatro, fueron traducidas muy rápidamente por toda Europa en los siglos XVI y XVII, pocos años después de su publicación. Es más, no solamente se traducían, se les traducían varias veces. Por ejemplo, en Inglaterra hubo siete traducciones de *Don Quijote de la Mancha* antes de finales del siglo XVIII.

Por el contrario, las obras literarias inglesas son desconocidas antes del siglo XVIII. Cuando hablé de las traducciones de Hamlet me refería a las primeras traducciones a mediados del XVIII en Francia y a finales en España. Esto permite establecer una geografía de las desigualdades culturales que la historia de la literatura olvida a menudo. Es posible comparar a Shakespeare con Cervantes desde el punto de vista literario, pero desde el punto de vista histórico no tiene sentido. Shakespeare sabía que alguien llamado Miguel de Cervantes había escrito un libro que podía utilizarse para escribir una comedia. Pero al revés, Cervantes nunca escuchó una sola palabra con relación a Shakespeare ni a la literatura dramática de Inglaterra. La traducción es un excelente observatorio y los sociólogos actuales lo han utilizado para mostrar la desigualdad entre lenguas y obras traducidas y lenguas que traducen sin ser traducidas.

De cierta manera, el traductor también es un autor. En el Antiguo Régimen no era una figura claramente definida como hoy. ¿Cómo evolucionó esta figura?

Para profundizar en la figura del traductor, pienso que el punto de partida debe ser la noción de autor. Entendemos esta noción de forma anacrónica a partir de la invención de la literatura en el siglo XVIII. Es una propuesta un poco provocativa, pero me parece que ese siglo es fundamental en nuestro campo de estudio, porque a partir de ese momento la palabra “literatura” adquirió su sentido moderno.

Ese sentido moderno permite vincular tres elementos: la individualización de la escritura, la estética de la originalidad y la propiedad literaria. La identificación del escritor como autor, lo que según Paul Bénichou era equivalente a la consagración del escritor,¹² significa que el

¹² Paul Bénichou, *Le sacre de l'écrivain, 1750-1780. Essai sur l'avènement d'un pouvoir spirituel laïque dans la France moderne* (París: Joseph Corti, 1973), traducido al español como *La coronación del escritor, 1750-1830. Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna*, trad. de Aurelio Garzón del Camino (México: Fondo de Cultura Económica, 1981).

autor-escritor se transforma en una figura pública que los lectores quieren conocer. Antes estábamos en una economía de la escritura de ficción que un colega de Brasil, João Hansen, llamó un “régimen poético-retórico”.¹³ El régimen normal de producción y circulación de los textos consistía en la colaboración, el anonimato, el uso de un nombre de autor que no correspondía necesariamente con la identidad del escritor. En ese paradigma dominaba la imitación, quizá mezclada con una imaginación inventiva, pero no la originalidad. Por su parte, la propiedad editorial de las obras no correspondía a los autores. Un librero o un impresor-editor podía publicar un texto, sin importar cómo lo había adquirido.

Entonces, repito, puede decirse que hay un cambio fundamental en el siglo XVIII, porque a partir de ese momento la noción de autor se identificó con la del escritor. Cuando Don Quijote visita una imprenta en Barcelona y encuentra “un autor”, en realidad se trata del traductor de un libro italiano. En este ejemplo, traductor y autor se identifican, pero algunas veces es el editor quien aparece como autor. Es el caso de Antoine Vêrard¹⁴ a finales del siglo XV en París. En este caso, es considerado el “autor” del libro, que no es solamente el texto, sino también el objeto material. En España, el “autor de comedias” no era el poeta o el dramaturgo, el autor de comedias era el director de la compañía teatral, porque él tenía todos los elementos en sus manos: además del texto también alquilaba el corral, contrataba a los actores, etc. Algunas veces, como lo vemos en las ilustraciones de las escenas de dedicatoria, el autor también puede ser el glosador o el comentarista, por ejemplo, cuando se trata de los clásicos antiguos o medievales. De esta manera, antes del siglo XVIII la categoría de autor abarca varios actores en la cadena de circulación textual. Esto nos permite pensar en esta ruptura del siglo XVIII, que una visión anacrónica no permite observar.

¿Cómo influye la tensión entre hospitalidad y violencia en el ámbito de las traducciones en el siglo xx?

Yo había situado esta cuestión en el contexto colonial de los siglos XVI. He leído libros impresos en México o en Perú a propósito de la obra de

¹³ João Adolfo Hansen, “Barroco, neobarroco e outras ruínas”, *Estudios Portugueses. Revista de Filología Portuguesa*, núm. 3 (2003): 171-217.

¹⁴ Antoine Vêrard (activo en 1485-1512).

cristianización, que en muchos sentidos es la imposición de una religión, pero que desde el punto de vista de la hospitalidad, se realiza en la lengua de los pueblos. Cuando el ejercicio de la justicia o la práctica administrativa se hace en la lengua del imperio, evidentemente implica una traducción y, muchas veces, la incompreensión de los dominados en relación con lo que impone la lengua de los dominantes. En un libro reciente escrito por Tiphaine Samoyault,¹⁵ titulado *Traducción y violencia*, la autora habla de varios casos durante el siglo XX y demuestra que todas las formas de poder ejercido a través de la imposición de una lengua suponen una traducción: los campos de concentración o el caso del África del Sur son ejemplos trágicos abordados en este libro.

Existen traducciones de obras con notas críticas, a veces muy extensas, que agregan, se suman o refutan al autor. ¿Qué importancia tienen las notas para la lectura y la recepción de una obra?

Esta pregunta es excelente para relacionar la materialidad con la movilidad. En el caso que mencioné sobre la traducción al francés del *Oráculo manual y arte de prudencia* de Baltasar Gracián, no solamente el traductor, Amelot de la Houssaye, lo interpretó como adecuado para las exigencias de la corte, sino que acompañó los aforismos de Gracián con notas consistentes en extractos de otras obras de este autor. También se introdujeron instrumentos para utilizar el libro a partir de tablas y recapitulaciones, que transforman el estatuto del libro. Es un ejemplo que me viene a la mente, pero podemos observar que, prácticamente desde el siglo XIX y a largo del XX, las traducciones casi siempre se acompañan de notas. La razón es que en ocasiones el texto es intraducible. Lo que no puede traducirse o lo que se piensa que no se puede, casi automáticamente aparece con notas vinculadas con esta idea de lo intraducible. Tal vez esto no suceda con las novelas de gran éxito, pero los textos filosóficos, las obras clásicas, o incluso algunos textos narrativos contemporáneos se traducen con notas a pie de página para explicar la dificultad de una palabra, o mantenerla en su lengua original, pero con una nota, para dar no una traducción sino una interpretación.

Es verdad que lo intraducible y las notas van de la mano. En el libro que escribí puse un ejemplo contemporáneo: es una discusión entre el autor

¹⁵ Tiphaine Samoyault, *Traduction et violence*, Fiction & Cie (Paris: Le Seuil, 2020).

angoleño José Eduardo Agualusa¹⁶ y su traductor al inglés. Agualusa es famoso porque publicó un libro titulado *Nação crioula*, que tuvo un gran éxito.¹⁷ Por supuesto, el traductor encontró en el libro la palabra *saudade* y decidió que *saudade* no podía traducirse, por ello, escribió una nota de pie de página para explicar que significa a la vez nostalgia, melancolía, pérdida, distancia, etc. Agualusa pensó que se trataba de un error porque todo debía traducirse y que *saudade* era solamente una categoría gracias a la cual los angoleños, portugueses, brasileños, caboverdianos, etc., quieren ser vistos por los otros. Algunos años después Agualusa y su traductor tuvieron una conversación y el traductor le dijo que sí se había equivocado, que debió traducir *saudade* por *homesickness*, *nostalgia*, *longing*, etc. El traductor ahora pensaba que *saudade* debía desaparecer en la traducción inglesa. Agualusa también había cambiado de opinión y ahora pensaba que, a final de cuentas, *saudade* no podía traducirse porque tiene una raíz etimológica común con *solidão*, “soledad”, y que finalmente esta mezcla entre presencia a través de la memoria o del corazón y ausencia del individuo o de la cosa, crea una palabra que no tiene equivalencia en otras lenguas. Así, a partir de la discusión de las notas se abre este enorme campo de discusión sobre lo que se considera intraducible.

El tema de la traducción es muy relevante en este momento, debido a la pandemia. Nos permite reflexionar sobre las tecnologías que no están en el idioma del usuario. El acceso a Internet no es democrático en todos los países, como en México. En Francia tampoco, pero allá el problema es menos agudo. ¿Cómo enfrentar y usar una tecnología que normalmente no está en el idioma del usuario y cuyo acceso no está generalizado?

Hay varios aspectos en esta observación. Para empezar, la lengua de Internet obedece a una doble realidad: por un lado, hay que reconocer la existencia de una lengua dominante en la red, la del imperio, en este caso el norteamericano, que impone el inglés. En el mundo de la comunicación electrónica era una realidad muy fuerte 20 años atrás, pero ahora, con su extensión a los cinco continentes, Internet se ha apoderado de otras lenguas; en Oriente, por ejemplo, las lenguas locales tienen un peso enorme.

¹⁶ José Eduardo Agualusa Alves da Cunha (Huambo, antes Nueva Lisboa, 1960).

¹⁷ José Eduardo Agualusa, *Nação Crioula. Correspondência secreta de Fradique Mendes* (Lisboa: TV Guia, 1997). La traducción al inglés apareció como *Creole*, trad. de Daniel Hahn (Londres: Arcadia, 2002).

El segundo aspecto es la dificultad de acceso. La pandemia ha exacerbado la desigualdad social dentro de un país y tal vez entre países en el mundo. Vivimos en un mundo digital y, particularmente para la enseñanza, se nota la diferencia de acceso económico o cultural al mundo electrónico, al equipo adecuado, a Internet. Efectivamente, es un tema que se olvida a menudo: la idea que pueden sustituirse las clases presenciales por la enseñanza por computadora es una visión totalmente abstracta porque no solamente se debe tomar en cuenta el acceso desigual a los recursos electrónicos, sino que hay que pensar también en la determinación del lugar de residencia e incluso si están disponibles los aparatos electrónicos. Son condiciones de uso profundamente desiguales.

Éste es un tema detrás de este ciclo de conferencias de la Biblioteca Nacional de México: ubicar el evento de la pandemia en una más larga duración, contextualizar el acceso a las bibliotecas antes y después de ella, pensar su porvenir. En muchos aspectos, la pandemia ha agudizado hasta el paroxismo las transformaciones, mutaciones y desigualdades que preexistían. Lo vemos con la desigualdad de acceso a Internet y con la fragilidad de las librerías; podemos discutirlo en relación con las estrategias editoriales. Ninguno de estos problemas fue creado por la pandemia, pero ésta les da mayor visibilidad debido al impacto que tienen estas fragilidades, crisis o desigualdades anteriores, cuya importancia es decisiva para el mundo en el cual vivimos.

¿Qué podemos esperar para los estudios de la historia del libro y de la edición tras la pandemia? ¿Qué lecciones ha dejado esta circunstancia tan compleja que nos ha tocado vivir? ¿Puede resultar algo bueno para el mundo académico?

Como propuesta de análisis, podemos pensar en tres nociones para organizar y describir el porvenir. La primera es la de “cultura gráfica” de Armando Petrucci, quien falleció hace poco tiempo.¹⁸ Petrucci propuso esta noción para superar las distinciones entre el estudio del manuscrito y el estudio del libro impreso o el estudio de los textos y otras formas de inscripciones gráficas, por ejemplo, las imágenes. Es una manera de designar la totalidad de las producciones y prácticas de la cultura escrita en un momento y en un lugar dado.

¹⁸ Armando Petrucci, paleógrafo y medievalista italiano (Roma, 1932-Pisa, 2018).

Petrucci estudió fundamentalmente la cultura manuscrita, pero no sólo ésta, y sugería abarcar en la misma perspectiva analítica tanto al manuscrito como al impreso, a la escritura epigráfica y a la tipográfica, al igual que a todas las prácticas de lo escrito, desde las más estéticas hasta las más comunes, entre ellas las escrituras de lo cotidiano. Esa reflexión incluía por igual el trabajo de autores como Petrarca, que era un tema fundamental de sus investigaciones, o los documentos notariales, demostrando que se podían detectar los mismos hábitos de producción textual en los borradores de poetas como Petrarca y en la organización de los escritos notariales.

Entonces, creo que en la historia del libro no puede mantenerse la definición que había dado el libro fundacional de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, traducido por el Fondo de Cultura Económica como *La aparición del libro*.¹⁹ El título es desafortunado porque Gutenberg no inventó el libro, ni siquiera había inventado el códex; no había razón de vincular, como lo quería Febvre, imagino más que Martin, el nacimiento del libro con la invención de la imprenta. Una vez superado este límite, me parece que el trabajo de Petrucci y de otros paleógrafos o codicólogos italianos, como Guglielmo Cavallo,²⁰ muestran una historia global de la cultura escrita que abarca todas las producciones y todas las prácticas en la misma época y el mismo lugar. Esto puede conducir a una revisión de la “revolución” de la imprenta no solamente porque obliga a reconsiderar la importancia mantenida de la publicación manuscrita en la edad de la imprenta, sino también porque permite analizar objetos que no son libros, pero que son impresos y que, finalmente, tal vez fueron una razón para la multiplicación de la escritura manuscrita. Pienso en los formularios para el comercio, en las indulgencias impresas por Gutenberg. Esos impresos eran llenados a mano con precios, cantidades, fechas, etc. Entonces, ésta es una primera perspectiva: me parece que debemos reemplazar la idea de una historia del libro por la de una historia de la cultura gráfica.

La segunda noción, que ya hemos mencionado, es la de la materialidad

¹⁹ Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, *L'apparition du livre* (París: Albin Michel, 1958). Traducido por primera vez al español como *La aparición del libro*, trad. de Agustín Millares Carlo, La evolución de la humanidad. Sección segunda. Orígenes del cristianismo y Edad Media 70 (México: Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1962). La edición del Fondo de Cultura Económica junto con la editorial Librería y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, con la traducción de Millares Carlo, es la tercera y fue publicada en 2005.

²⁰ Guglielmo Cavallo, filólogo y paleógrafo italiano (Carovigno, 1938).

de los textos. Hoy en día claramente se ha dado un “giro material” en las ciencias humanas. Podemos observarlo en la historia de la ciencia y la gran importancia que le da a los aparatos e instrumentos. No se consideran únicamente las teorías científicas, sino también las prácticas y los instrumentos involucrados en el trabajo científico: puede ser la bomba de vacío del siglo XVII o el acelerador de partículas en Ginebra. El tema de la materialidad se ha introducido fuertemente en el campo de la historia de la ciencia. Puede decirse lo mismo de la historia del arte y la atención a los dispositivos materiales en las representaciones iconográficas, al marco de los cuadros, al lugar de su exposición, etc., todos los elementos que no son “lo pintado” en sí mismo, pero que son el contexto y que, como para los textos, producen y participan en la producción del sentido.

Como lo decía, en el caso de la historia del libro el estudio de la materialidad es una manera de transformar la percepción de las obras, porque pone atención a los elementos no textuales del libro: el formato, los caracteres tipográficos o la encuadernación. La puntuación, por ejemplo, es una especie de intermediaria entre lo textual y lo puramente material. Me parece que la atención a la materialidad del libro quizá sea una manera de borrar la frontera entre el hacer y el pensar, lo intelectual y lo práctico, porque, al igual que la historia del arte o la historia de las ciencias, hace hincapié en las prácticas: las prácticas del taller tipográfico, de los amanuenses o de los copistas y también las prácticas de las bibliotecas o de las librerías. En México y América del Sur he notado una mayor atención a la preservación y la conservación de los talleres y máquinas tipográficas antiguas.

Ésta es una manera de mostrar la relación estrecha entre lo que se piensa y lo que se hace. Por ello titulé uno de mis últimos libros *La mano del autor y el espíritu del impresor*,²¹ en donde mostraba que en todo momento de una práctica manual está presente el pensamiento. Puede que se trate de la actividad del editor, del tipógrafo o del corrector de pruebas; en la actividad más práctica está presente la inteligencia, y viceversa, en la actividad más intelectual la materialidad siempre tiene un lugar importante. La “mano del escritor” designa ese momento del siglo XVIII en el que, tras la invención de

²¹ *La main de l'auteur et l'esprit de l'imprimeur. XVIIe-XVIIIe siècle*, Histoire 243 (París: Gallimard, 2015), traducido como *La mano del autor y el espíritu del impresor. Siglos XVI-XVIII*, trad. de Víctor Goldstein, Conocimiento (Buenos Aires: Katz, Eudeba, 2016).

la literatura en el sentido moderno, el texto autógrafo es considerado garantía de autenticidad. También indica la manera en la que el escritor se confronta a los soportes de la escritura, ya sea el pergamino, el papel o una pantalla de algún dispositivo electrónico. De esta manera, la materialidad de los textos ofrece una posibilidad de transformar el estudio del libro en la sociedad.

La tercera noción es la de historias conectadas y la necesidad para la historia del libro, la edición y la lectura, de salir de su primera definición, limitada al marco del Estado nación. Desde su surgimiento, la historia del libro y de la edición se ubicó normalmente en el marco del Estado nación. Historia del libro en Francia, en Gran Bretaña, en Estados Unidos, etc. Este marco puede ser decepcionante, porque olvida el comercio del libro y olvida la posibilidad de publicar en una lengua fuera de las fronteras nacionales que se identifican con ella. Es un tema a la Darnton: en el siglo XVIII una gran parte, quizá la mayoría, de los libros en francés fueron impresos fuera de Francia y la mayoría de los libros leídos en Estados Unidos hasta el siglo XX fueron impresos en Inglaterra. La aceptación del marco del Estado nación impone el olvido de la movilidad de los textos. La historia de las traducciones puede servir para construir una historia de los cruces de frontera de un mismo texto. De esta manera, una perspectiva histórica conectada con otros horizontes permite trazar el destino de las obras a través de sus diferentes publicaciones en varias lenguas y formatos.

La idea de superar las fronteras políticas me parece un desafío. Evidentemente, no quiero decir que el Estado nación no desempeñara un papel importante en los temas que estudiamos; todo lo contrario, la censura, la administración del comercio del libro, los reglamentos, son tantas manifestaciones de su importancia. Pero si pensamos en el mundo latinoamericano, el marco de los Estados nación aparecidos en el siglo XIX puede parecer inadecuado para muchas realidades históricas y puede producir anacronismos. Pienso en la multiplicidad de las historias de la vida privada en Uruguay, Argentina, Chile que antes del siglo XIX, cuando la relación entre el Estado y la vida privada es muy fuerte, imponen a los siglos anteriores el marco de un Estado nación que ya no existía.

Pienso que estas son tres vías posibles para los investigadores más jóvenes: la cultura gráfica en su conjunto; la materialidad del libro, porque entrecruza lo mecánico con lo intelectual y las historias conectadas, que corresponden a

las experiencias del mundo contemporáneo y nos advierten contra los riesgos del anacronismo.

En la actualidad, el estudio y reconstrucción de bibliotecas particulares a partir de inventarios genera mucho interés. Estos estudios tienen retos particulares debido al contexto histórico colonial, pues muchas colecciones salieron del país. ¿Qué nos dicen los inventarios sobre las prácticas de lectura en este contexto particular?

La historia de la lectura es difícil de estudiar porque los investigadores se enfrentan a una gran dificultad, que consiste en la escasez de fuentes. Los historiadores contemporáneos pueden estudiar la actividad de los lectores en las bibliotecas utilizando las herramientas de la historia oral, haciendo entrevistas y observaciones de tipo etnológico. Para el resto de los historiadores, una primera posibilidad es estudiar a los lectores que han escrito a propósito de sus lecturas en cartas, diarios íntimos, memorias y todos los textos en los cuales hablen al respecto. El historiador encontrará, evidentemente, un desfase entre el momento en el que el autor de las fuentes siente la necesidad de hablar de sus lecturas y el momento de la lectura misma. Una segunda fuente frecuentemente utilizada en los últimos años es lo que los lectores han escrito en los libros que leyeron. El estudio de las marginalias se ha transformado en un campo importante, pues no se limita a los grandes escritores cuyas marginalias han sido tradicionalmente estudiadas. Ahora se enfoca también en lectores más humildes que han dejado huellas de su lectura en los textos que leyeron. Estos estudios tienen una importancia decisiva para las bibliotecas porque solamente en ellas se pueden encontrar los ejemplares con las huellas manuscritas hechas por algún lector. Es distinto a leer una edición digitalizada en la pantalla de la computadora, de ahí que la materialidad sea absolutamente esencial.

Ambas fuentes tienen límites sociales. En general, los que escriben sobre sus lecturas pertenecen a alguna élite, cualquiera que sea su definición y los que han escrito en los libros pertenecen a un grupo particular y minoritario de lectores. Por ello se deben buscar otras estrategias para acercarse a la lectura de una manera menos directa y, por el contrario, más social y representativa. Una estrategia es, efectivamente, el estudio del contenido de las bibliotecas privadas a través de los inventarios manuscritos generalmente vinculados a la muerte de los coleccionistas o, en el caso de bibliotecas más grandes, a través de los catálogos impresos, cuando se subastan estas biblio-

tecas.

Pero no deben perderse de vista dos aspectos importantes: en primer lugar, poseer un libro no quiere decir que fue leído. Las bibliotecas privadas suelen transmitirse por herencia de padres a hijos y esto no significa necesariamente que los descendientes hayan leído esos libros al momento de formar el inventario. Por el contrario, sabemos que se pueden leer libros que no poseemos. Particularmente durante los siglos XVIII y XIX existía una gran circulación de libros entre lectores que se prestaban textos entre sí, o bien que leían en algunas bibliotecas públicas o gabinetes de lectura. Entonces se debe ser prudente al momento de redactar el inventario y no concluir de inmediato que el perfil de un coleccionista corresponde a la temática de su biblioteca. Una manera de verificar eso consiste en seguir meticulosamente las fechas de edición de los libros y establecer estratos de libros, como si se tratara de un estudio geológico, para ubicar al último poseedor a una determinada distancia cronológica de los libros más antiguos. Si no son libros para un bibliófilo, pueden tal vez indicar una herencia, más que una lectura.

En segundo lugar, debemos estar atentos a la naturaleza de cada documento. En los inventarios redactados por notarios o clérigos se suele señalar el lugar de los libros en la casa. De esta manera se pueden ver las condiciones de conservación de los libros, en qué cuarto, cómo estaban organizados. Ésta es una forma material del uso que los catálogos impresos normalmente no permiten analizar.

En tercer lugar, no debemos perder de vista que un inventario no está hecho para el historiador del siglo XXI. Los inventarios se redactaron porque los libros tienen un valor económico. De ahí el rechazo de los notarios a hacer una lista de libros sin valor económico. Cuando el notario se refiere a libros cuyos títulos no indica, cabe hacer un esfuerzo por imaginar qué tipo de libros podrían ser. Sigue siendo un documento muy valioso pero que merece, exige y requiere una gran prudencia analítica.

En cuanto al contexto colonial, no he trabajado con este tipo de fuentes, pero pienso que el traslado de archivos de una parte del mundo a la metrópolis es otra forma de desposesión, como lo que mencionaba antes. En este caso, si las colecciones son digitalizadas podrían superarse las dificultades materiales, técnicas y económicas, y la necesidad de ir adonde se encuentran los archivos. Imagino esta dificultad inmediata de la consulta física, más allá de la relación de este fenómeno con una dominación colonial que, de una

cierta manera, sobrevive a su desaparición.

¿Cree posible construir una historia transnacional del libro, la edición y la lectura más allá del Estado?

Hay varias estrategias posibles para construir una historia transnacional del libro. Una podría encontrarse en una historia comparativa. Lo interesante de este modelo se encuentra en la crítica a la visión eurocéntrica. Por ejemplo, si se discute el impacto de la imprenta en la cultura, es fundamental comparar la imprenta en China y Corea, donde se inventaron los caracteres móviles, con la invención de Gutenberg. Como saben, no se ha establecido ningún vínculo entre Gutenberg y esta práctica en China y Corea. Pero lo más interesante no es sólo la invención de los caracteres móviles en Oriente, sino que, a pesar de esta invención, la técnica dominante para la imprenta hasta el siglo XIX no fue la tipografía, ya que, con el número de caracteres necesarios para la tipografía en China o Corea, esta técnica se limitó a los grandes monasterios y al Palacio Imperial. La técnica dominante fue el grabado del texto y de las imágenes en madera, que no necesitaba una prensa de imprimir. Entonces, es posible pensar en una amplia cultura impresa sin Gutenberg, sin la prensa de imprimir y sin caracteres móviles.

Otra estrategia es la de estudiar el comercio, la migración y la circulación de libros. Las escalas pueden ser diferentes, por ejemplo, el último libro de Darnton es un análisis de la circulación de libros en francés en la Europa del siglo XVIII.²² Podemos pensar en una escala más amplia, como la relación metrópolis-colonia durante la Colonia o el comercio internacional del libro, del siglo XX al siglo XXI.

Una tercera estrategia consiste en la comparación entre técnicas intelectuales de lectura. Particularmente en los medios letrados, la lectura se organiza a partir de técnicas propias. Aquí encontramos la tensión entre morfología, es decir, objetos similares sin relación, y las migraciones, apropiaciones, adaptaciones. En Europa, durante los siglos XVI y XVII, la técnica de lectura dominante en los medios eruditos era la de los lugares comunes. Se leía una obra para extraer fragmentos que se organizaban en cuadernos

²² Robert Darnton, *Pirating and Publishing. The Book Trade in the Age of Enlightenment* (Nueva York: Oxford University Press, 2021).

siguiendo un orden temático. Los utilizaban los escritores, predicadores o cualquiera que quisiera nutrir su propio discurso. Era lo que se llamaba la *copia verborum ac rerum*, es decir, la “abundancia de palabras y cosas”. Esta técnica de lectura produjo objetos que todavía se conservan: cuadernos de lugares comunes manuscritos y antologías de lugares comunes publicadas por editores de los siglos XVI y XVII, que evitaban a los lectores el trabajo de buscar y ponían inmediatamente a su disposición citas que podían utilizar para diferentes finalidades. En el caso de la China imperial existe un género comparable llamado *leishu*:²³ se trata de extractos de obras para la preparación de los famosos exámenes de la burocracia china. Éste es un paralelismo que permite una aproximación comparativa. Si se piensa en las relaciones entre China y Europa en el siglo XVIII, también pudo existir circulación de obras enciclopédicas. Así, una enciclopedia de la China del siglo XVIII [el *Siku quanshu*] incluía algunas traducciones de textos europeos. Con estos ejemplos puede verse que hay varias posibilidades de estudio.

Podemos echar mano del paradigma inventado por Sanjay Subrahmanyam²⁴ sobre las historias conectadas, seguirlo con prudencia, sin caer en una visión de una historia mundial imposible, para encontrar vías de análisis y poner atención ya sea en las similitudes morfológicas o en la circulación de textos.

A propósito de la digitalización de fuentes y libros, ¿piensa usted que cambió la relación entre materialidad y lectura, así como los hábitos propios de esta actividad?

La respuesta es sí. La digitalización modifica profundamente la materialidad, aún más en tiempos en los que las bibliotecas están cerradas. La modifica porque algunos de los elementos de la materialidad desaparecen: desaparece el formato, un libro muy pequeño puede verse más grande que la Biblia de Gutenberg en la pantalla de la computadora... Insisto en este tema porque existe una desmaterialización en el sentido que el soporte, es decir,

²³ 類書 se suele traducir como “Enciclopedia”, aunque se refiere más precisamente a una compilación de referencias bibliográficas.

²⁴ Véase Sanjay Subrahmanyam, *Explorations in Connected History. From the Tagus to the Ganges* (Delhi: Oxford University Press, 2004); *Explorations in Connected History. Mughals and Franks* (Delhi: Oxford University Press, 2004); “Par-delà l’incommensurabilité : pour une histoire connectée des empires aux temps modernes”, *Revue d’Histoire Moderne et Contemporaine*, núm. 54-4bis (2007): 34-53; *Impérios em concorrência. Histórias conectadas nos séculos XVI e XVII* (Lisboa: Imprensa de Ciências Sociais, 2012); *Aux origines de l’histoire globale. Leçon inaugurale au Collège de France* (París: Fayard, 2014); *Mondi connessi. La storia oltre l’eurocentrismo, sec. XVI-XVIII* (Roma: Carocci, 2014).

la pantalla de la computadora ya no está vinculada con un texto en particular. A partir de este momento los textos desmaterializados aparecen con una materialidad que no les es propia. No quiero decir que se deba leer siempre a Shakespeare en el folio de la edición de 1623, pero se debe estar consciente de esta diferencia fundamental. Esa es la razón por la cual las bibliotecas que conservan el patrimonio impreso y escrito son insustituibles e imprescindibles, y esto no sólo para la investigación histórica, sino también para una lectura que esté atenta a lo pasado.

De manera paradójica, no hay nada más material que el mundo digital y la pregunta sobre la desigualdad de acceso se refiere de inmediato a esta definición económica de la materialidad: los objetos se deben comprar y no son necesariamente baratos. Estos objetos pueden crear muchos problemas cuando no funcionan o cuando hay una interrupción de los servicios, etcétera.

Desde un punto de vista más general, algo que yo rechazo es la supuesta equivalencia entre materialidad y desmaterialización, lo impreso y lo digital. Es un discurso que ha proliferado en nuestras sociedades: ¿por qué ir a una librería si se puede comprar en Amazon? ¿Por qué comprar un ejemplar impreso de un periódico si se puede leerlo en la pantalla? ¿Por qué ir a una biblioteca si se tiene la posibilidad de leer un texto en la computadora? Y, llevando el argumento más allá, ¿para qué mantener escuelas y aulas si se puede enseñar a través del mundo digital? Todo esto está basado en una idea de una equivalencia, como si nada se perdiera en la mutación digital, y, por el contrario, se ganara en muchos aspectos. Es verdad que muchos aspectos mejoran a través del mundo digital, pero eso no debe borrar la conciencia de lo que se pierde, de lo que desaparece, de lo que es solamente posible en el mundo de la cultura impresa.

Me parece que, para rechazar la idea, falsa en mi opinión, de la equivalencia entre materialidad y desmaterialización, se debe pensar en dos lógicas distintas que gobiernan uno y otro mundo. El mundo del impreso es un mundo del lector como viajero o como peregrino, Michel de Certeau lo llamaba “cazador furtivo”.²⁵ Es un mundo en el que la librería con sus espa-

²⁵ Usa el término *braconnage*, en *L'invention du quotidien*, ed. de Luce Giard (París: Gallimard, 1990). Aunque el término en francés es de difícil traducción al español, pues hace referencia

cios, la biblioteca con sus estanterías, la página del diario, el número de la revista, son territorios en los que el lector viaja y, como consecuencia de todo viaje, puede encontrar lo inesperado, lo que no buscaba, la sorpresa.

La lógica del mundo digital es totalmente diferente, es una lógica temática, tópica y, como sabemos, algorítmica. Es una lógica en la cual el orden jerárquico de temas, tópicos, rúbricas, palabras clave, permite encontrar rápidamente lo que se busca, pero la sorpresa del viaje desaparece. De esta manera, si pensamos que son dos lógicas diferentes que responden a necesidades diferentes, debemos rechazar la idea de la equivalencia y, en cambio, hacer un esfuerzo por mantener las instituciones de la cultura impresa después de la pandemia. Muchas librerías, editoriales, bibliotecas, han sufrido mucho. Entonces, tenemos una doble responsabilidad: por un lado, como ciudadano, la de defender políticas públicas que protejan las instituciones de la cultura impresa y, por el otro, como consumidor, la responsabilidad de cada uno de nosotros de evitar la facilidad o la seducción del clic, y así permitir que pueda perpetuarse la coexistencia entre las dos lógicas, los dos mundos.

¿Qué nuevas prácticas de lectura ha percibido desde la llegada de la pandemia?

Lo que hemos visto son una serie de diagnósticos interesantes. Hemos visto que, incluso en un momento en el que las bibliotecas y las librerías cerraron, las ventas de libros electrónicos no habían crecido mucho, a pesar de los esfuerzos de algunas editoriales, por ejemplo, en Brasil. No ha habido un crecimiento espectacular de las ventas de los editores de libros electrónicos, al contrario de lo que podíamos pensar. Salvo en Estados Unidos e Inglaterra, esto coincide con la realidad previa en todos los países del mundo, pues el libro electrónico ocupa menos de 10% del mercado del libro. De esta manera, no se modificó la práctica de los lectores de libros, sino que esperaban el retorno a las librerías y bibliotecas. En todos los países del mundo hemos visto que cuando se han abierto de nuevo las librerías, ha habido una demanda muy fuerte y todos los libreros dicen que nunca habían vendido tantos libros como en el mes después de la reapertura de sus comercios.

a la ilegalidad de la caza o pesca, se le suele traducir como “cazador furtivo”. Véase la traducción titulada *La invención de lo cotidiano*, ed. de Luce Giard, trad. de Alejandro Pescador, 2 vols., El Oficio de la Historia (México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente / Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1996).

Además, la lectura en el mundo digital es menos una lectura de libros y más la lectura de objetos que no son libros, de todas las formas textuales breves: mensajes en las redes sociales, correos electrónicos, tuits. La lectura de estos textos breves, autónomos y segmentados es muy lejana a la que supone la lectura del libro, que es generalmente más lenta y que concibe la relación entre cada fragmento leído y la totalidad de la obra, incluso si la obra no se lee en su totalidad. Esto desaparece en el mundo digital no sólo porque, como lo han mostrado las observaciones sociológicas, la lectura digital es acelerada, impaciente, apresurada, sino también porque establece la autonomía de los fragmentos extraídos de textos cuya totalidad ya no se percibe.

Durante la pandemia se multiplicó este tipo de lectura digital, plasmada en las prácticas de las redes sociales. De ahí la pregunta de saber si este tipo de lectura, que representa lo esencial del mundo digital, se apoderará de todos los textos, incluso de los que se escribieron para otro tipo de lectura. Es un desafío profundo que se encuentra en la enseñanza y en la voluntad de mantener un tipo de lectura distinto a la lectura omnipresente del mundo digital. ¿Los lectores del futuro serán totalmente digitalizados? Por supuesto, esta pregunta remite a la idea de que los lectores tradicionales son fieles al impreso, como lo muestra el mercado de los libros. Pero hay que tomar en cuenta que la mayoría de las lecturas digitales que constituyen nuestra vida cotidiana no son lecturas de libros. Esta realidad ya existía antes de la pandemia, pero se vio amplificada por ella. La última encuesta sobre las prácticas culturales de la población francesa mostró que 15% de los encuestados ya había adoptado exclusivamente las prácticas culturales del mundo digital: videojuegos, videos en línea, redes sociales, lecturas en la computadora.²⁶

Según la misma encuesta, había disminuido el porcentaje global de personas que decían que habían leído por lo menos un libro el año anterior. Si en 1988 73% de los encuestados habían leído al menos un libro el año anterior, para 2018 era sólo 62%, es decir, una disminución de 11%.²⁷ Por su-

²⁶ Según el estudio de los resultados de la encuesta redactado por Philippe Lombardo y Loup Wolff, *Cinquante ans de pratiques culturelles en France*, Culture Études (París: Ministère de la Culture, 2020), 78. Los resultados de la encuesta pueden consultarse en <https://www.culture.gouv.fr/Thematiques/Etudes-et-statistiques/L-enquete-pratiques-culturelles/L-enquete-2018>.

²⁷ Lombardo y Wolff, 6.

puesto, esto refleja las prácticas de los lectores más jóvenes, enteramente digitales, que leen más que nunca pero no son lectores de libros. De aquí la inquietud que se vincula a este diagnóstico: ¿cuál será la consecuencia fundamental de la disminución de la lectura de los libros y de la hegemonía potencial de una nueva práctica de lectura? ¿Cuáles serán sus efectos para el conocimiento y la democracia?

La apuesta debe ser por el conocimiento, porque esta lectura modelada por y para la comunicación digital es una lectura acelerada, fragmentaria pero, sobre todo, es una lectura que no se preocupa por el criterio de veracidad ni de autenticidad de las afirmaciones y de los datos presentados. Un elemento esencial de esta nueva práctica de lectura es que se construye con la confianza en la plataforma donde se encuentra información que no es comparada con otras fuentes. Existe una confianza ciega en la veracidad de lo que se lee en una red social, un grupo de discusión o una comunidad digital, contruidos a partir de la coexistencia de los usuarios y de la confianza recíproca entre ellos. Ésta es la razón fundamental para la proliferación en estos últimos años de las teorías más absurdas, de falsificaciones de la verdad, de la reescritura de la historia. Este tipo de lectura es un instrumento poderoso de la desaparición del criterio de verdad.

Los efectos de las nuevas prácticas de lectura están también relacionados con la democracia si se piensa, a la manera de la Grecia antigua, que el conocimiento racional y la deliberación política están vinculados y que los ciudadanos deben ser capaces de hacer juicios críticos sobre los mecanismos que rigen la sociedad. Esto supone, evidentemente, una reflexión sobre el papel de la escuela, pero también supone una relación distanciada, incrédula y crítica con lo que se lee. Cuando se establece una confianza absoluta en la red, en la cual un lector es al mismo tiempo un escritor, se encuentra en peligro el conocimiento racional necesario para la decisión política. Quienes manipulan las opiniones lo saben muy bien y lo hemos visto en ambos lados del Atlántico. Utilizan de manera masiva los recursos digitales porque saben qué tipo de lectura está vinculada con ellos. No pienso que los soportes digitales sean intrínsecamente peligrosos, pero el peligro nace cuando se manipula a los lectores.

Muchas gracias por sus respuestas y por esta última advertencia. Le reiteramos que la Biblioteca Nacional de México es su casa.

Agradezco su presencia. Fue un placer compartir este mediodía, para ustedes, esta noche, para mí. Siempre es un gran placer ver a los colegas, amigos, intelectuales y estudiantes mexicanos.

PUBLICAR EN LA PANDEMIA

Piratería y difusión de la Ilustración.
Presentación del libro *Pirating and Publishing.
The Book Trade in the Age of Enlightenment*

Robert Darnton
HARVARD UNIVERSITY

La obra de Robert Darnton es una referencia para todos los historiadores del libro y de las ideas. Él pertenece a la categoría de autores que se encuentran tanto en la bibliografía de los estudiantes como en la de los especialistas. Tanto como decir que sus libros, artículos y reflexiones han dado forma y dirección a buena parte de los estudios más serios. Su último libro, un trabajo de largo aliento, no es la excepción.

Estoy encantado de estar en esta conversación con ustedes, me encanta su biblioteca, tengo muchos amigos mexicanos y me honra ser parte de esta ocasión. Por otra parte, debo explicar que, a pesar de que el libro fue publicado apenas ayer en inglés, he trabajado en él desde 1965; es mucho tiempo, y espero que el libro consiga sintetizar mi investigación en diferentes archivos y que abra una nueva visión de la Ilustración, pero también del proceso general de comunicación a través de la palabra impresa.

Me gustaría explicar el propósito del libro, que es entender el proceso de comunicación. En particular, yo estudio a los especialistas que producen y difunden libros. Hoy en día pensamos que es automático: los libros tienen autores, llegan a los lectores y no hay nada problemático al respecto, es sencillo. Pero en los siglos XVII y XVIII no era tan sencillo, era un proceso muy complicado, con toda clase de intermediarios culturales, por ello quiero adentrarme en el trabajo y la mente de estos intermediarios culturales, especialmente los editores, para tener un sentido claro de lo que era la Ilustración y la cultura en el siglo XVIII.

Esto puede sonar pesado y laborioso, pero en realidad es muy divertido, porque en los archivos he encontrado a personas muy interesantes: por un lado, personas rectas, caballeros, hombres de negocios; por otro, timadores enérgicos y, se podría decir, cuasi criminales que operan fuera de la ley. Por tanto, quiero darles vida, traer de vuelta a estos especialistas en el mundo de los libros, y espero que eso les interese a los lectores de hoy.

Entonces, primero debo explicar lo diferentes que eran las condiciones del mundo editorial hace 200 o 300 años. No había libertad de imprenta, había censura, no había derechos de autor (excepto en Inglaterra, desde 1710), no había regalías, de modo que los autores tenían un pago muy bajo y ganaban muy poco dinero por escribir. No había devoluciones de libros, lo que quiere decir que si los libreros no lograban vender los libros, no podían regresarlos, cosa que sí pueden hacer hoy en día. No había responsabilidad limitada, así que si un librero o editor quebraba, iba a prisión. Y, por supuesto, se podría decir que no había dinero, porque en Francia no había ningún tipo de garantía en especie respaldada por el Estado, sólo había letras de cambio. Michel Foucault llegaría incluso a decir que no había autores; yo no estoy completamente de acuerdo, pero él se refería a que no había una “función de autor” y los autores no eran tan importantes porque los editores les ponían muy poca atención y les daban poco dinero, así que el editor estaba en el centro de la escena.

Las condiciones eran absolutamente diferentes y lo que queda claro, después de leer los documentos del Estado y los archivos de los editores, es que la piratería estaba en todos lados. Yo estimo que la mayoría de los libros que estaban disponibles en el mercado del libro durante la última mitad del siglo XVIII provenían de la piratería. La mayoría de los libros, es decir, más de la mitad y casi tres cuartas partes de los libros eran piratas. De hecho, un estimado contemporáneo dice que había 30 millones de libros piratas en el mercado del libro en esa época. Así pues, la piratería es un hecho central en la vida cultural en el siglo XVIII, a pesar de que no ha sido apreciada como la fuerza que de hecho era.

Se trata de un hecho determinante, y cuando uno comienza a explorar sus implicaciones creo que se pueden ver, al menos, cuatro puntos principales. En primer lugar, la piratería produjo lo que yo denomino la “democratización del acceso a la cultura”. Estos piratas no producían libros para la gente adinerada y la elite, producían para el mercado bajo de libros, libros

que eran mucho más baratos que las ediciones originales, a menudo impresos en papel barato y destinados a los inicios del público masivo, así que esto es un hito, en mi opinión, en el desarrollo de la historia europea.

En segundo lugar, los piratas fueron los responsables de la difusión de la Ilustración. Casi todos los libros de la Ilustración se publicaron fuera de la ley, no en París, donde el gremio controlaba el comercio de libros y donde la policía reforzaba el monopolio del gremio, sino en lo que yo denomino el “fértil creciente”, es decir, editoriales localizadas en Ámsterdam, en Bruselas, a lo largo de la región de Renania y en Suiza. Estas áreas que rodeaban Francia producían la inmensa mayoría de los libros de la Ilustración y estaban fuera del alcance de las leyes francesas.

El tercer punto tiene que ver con los *best sellers*. Como saben, hoy en día si un libro se empieza a vender bien, el mismo editor lo reimprime una y otra vez en cientos de miles de ejemplares. Las cosas eran completamente diferentes en el siglo XVIII, ya que en esa época varios editores diferentes producían simultáneamente el mismo libro; había una carrera en el mercado en la que participaban todos los piratas para ver quién podía hacerse rico vendiendo ese libro. Por ello tenemos ediciones múltiples y simultáneas del mismo libro y, por supuesto, esas ediciones a menudo eran diferentes, de manera que no había una edición estándar, había una especie de inestabilidad del texto mismo.

Sólo para dar un ejemplo, Thomas Jefferson era el embajador de Estados Unidos en Francia al inicio de la Revolución. A través de su correspondencia, podemos seguir las compras de libros que Jefferson realizó para James Madison (su amigo cercano, que después se convirtió en presidente de Estados Unidos). Una vez, Jefferson estaba muy orgulloso de haberle comprado a Madison una edición original de la gran *Encyclopédie* de Diderot, pensó que había conseguido una gran oferta. De hecho, según descubrí, no era en absoluto una edición príncipe, sino que se trataba de una edición de retazos, hecha con hojas sobrantes de ediciones anteriores y con nuevas hojas impresas para rellenar los huecos, de modo que Jefferson no entendía esa naturaleza “reciclada” del comercio del libro y fue, por así decirlo, víctima de ella al comprarlo.

Ahora, el cuarto punto se relaciona con lo que los editores y libreros llamaban *livres philosophiques*, que era una categoría especial de libros que no sólo eran piratas, sino que además estaban especialmente prohibidos por

las autoridades francesas, libros que eran peligrosos. Había catálogos separados para estos *livres philosophiques*. Los *livres philosophiques* iban escondidos en los paquetes de libros que los contrabandistas enviaban en carretas a Francia. Entonces, me pregunté: ¿Qué era el *livre philosophique*? Queda muy claro, por la correspondencia entre los editores. Incluían filosofía, sí, la filosofía atea más extrema del barón de Holbach, por ejemplo, pero también pornografía, sedición, ataques a la Iglesia, todo esto mezclado y empaquetado en las cajas de libros que iban a Francia y el resto de Europa. Un buen ejemplo del *livre philosophique* es un libro titulado *Thérèse philosophe*; si lo leen hoy, encontrarán verdadera pornografía, cosas realmente fuertes, pero junto con eso, discusiones explícitas sobre filosofía materialista, algunas de ellas plagiadas de tratados filosóficos. Encontré que prácticamente el segundo *best seller* de todos los libros que circulaban era *Anecdotes sur Madame la Comtesse du Barry*. Era un libro espectacularmente salaz y travieso, casi sexual, pero era un tratado político al mismo tiempo. De modo que la dieta literaria de los franceses era muy picante, leían todo tipo de cosas prohibidas que estaban agrupadas, ya fueran pornográficas, sediciosas o irreligiosas, y esto era un segmento altamente organizado e importante del comercio del libro.

Agregaría que lo que uno puede ver, a grandes rasgos, en todas estas actividades es el surgimiento del editor como una especialidad, un actor en el campo cultural. La palabra *publisher* rara vez se usó en el siglo XVIII en Inglaterra; en francés, la palabra *éditeur* es un neologismo del siglo XIX; de hecho, he encontrado la palabra *éditeur* usada alrededor de 1770, pero no con frecuencia. Creo que es importante entender esta nueva función, no de vendedor de libros, no de impresor, sino de un actor cultural que se especializaba en preparar ediciones, financiarlas y hacerlas llegar al público. Ahora, este rol, esta nueva figura, el editor, realmente existía en dos formas: una consistía en los miembros del gremio de libreros de París, quienes tenían privilegios, tenían apoyo del Estado y poseían monopolios de la mayoría de la literatura, de modo que producían ediciones de alta calidad, que eran muy caras, y esto les funcionaba extremadamente bien; eran, en cierto sentido, rentistas: tenían sus libros y sólo vivían de ellos. El otro tipo de editor, a saber, los piratas, era completamente diferente: ellos no tenían ninguna posesión en libros, pero especulaban al reproducir la propiedad de otras personas, por lo que les importaba mucho encontrar exactamente cuál era la demanda literaria y entender lo que el público quería, para ganar la mayor

cantidad de dinero posible con ello. He estudiado a muchos de estos editores en el “fértil creciente”, fuera de Francia, y lo que me impactó es que, antes que nada, eran hombres de negocios, a veces personajes muy respetables en sus propias ciudades, pero eran llamados “corsarios”, “piratas” y “bucaneros” por los franceses. De hecho, como he dicho, ellos hacían negocios con más investigación, incluso investigación de mercado, que los privilegiados parisinos. Entonces, lo que vemos es no sólo el surgimiento del editor, sino de dos tipos de editores: un tipo conservador, privilegiado, poderoso y concentrado en París, para un público reducido, y otro tipo que era empresarial, tomaba riesgos e intentaba satisfacer un mercado mucho más amplio.

De esta manera, en mi libro he intentado demostrar cómo actuaban en realidad los editores piratas, qué hacían y cómo pensaban. Un primer punto es que ellos producían ediciones pequeñas, normalmente cerca de los mil ejemplares. ¿Por qué? Bueno, pues era una inversión grande, el costo del papel era enormemente alto y si no se vendían todos los ejemplares, se perdía el dinero invertido en ese papel impreso, que quedaba almacenado en una bodega, así que las ediciones eran pequeñas. No obstante, es crucial entender que cuando un editor producía, por decir, mil ejemplares, ese editor podía intercambiar unos 100, 200 o quizá 500 ejemplares con otro editor, intercambiaban libros; esto era crucial para su comercio. Por ejemplo, yo publico un libro y cambio contigo, Manuel, 250 ejemplares, te los mando y entonces me dejas escoger los libros que yo quiera de tu inventario; esto me conviene, porque minimiza el riesgo de no vender todos mis libros y, al mismo tiempo, enriquece la variedad de mi fondo de libros; así, cada editor es automáticamente un librero distribuidor mayorista, al mismo tiempo. Ahora, este intercambio comercial, que era central en la piratería e incluso para la edición legal, era muy complicado porque, imaginen, uno tenía que pensar cuál de los libros del otro era más probable que se vendiera, debía tener un muy buen sentido de demanda literaria, y parte de la destreza del editor en el siglo XVIII era seleccionar libros del fondo de otros editores. Pasaban más tiempo arreglando los intercambios que negociando con autores, cuando publicaban sus manuscritos. Éste es un tipo de comercio muy interesante, porque tú querías llegar al mercado primero, pero tu aliado, con quien intercambiabas, también quería llegar al mercado con algunos de tus libros, y había toda una serie de dificultades que podían surgir. Lo que algunos hacían era esconder la existencia de libros que tenían, para quedarse

con los mejores, o podrían retardar el envío de su parte del intercambio, para llegar primero al mercado, o no pagaban sus cuentas porque había una queja de que el intercambio estaba lleno de ejemplares defectuosos, etc. En otras palabras, el intercambio comercial implicaba mucho engaño y duplicidad; un editor tenía que compensar eso formando alianzas. Entonces, muchas de las historias que intento contar tratan sobre la historia de la construcción de redes y alianzas, por un lado, y de las trampas y engaños a los rivales, por el otro. Me parece que esto es lo que le dio tanto sabor y lo hizo tan divertido de estudiar.

Ahora me gustaría explicar un poco sobre lo que yo llamo los “trucos del oficio” porque en este mundo, que está fuera de la ley francesa, todo se vale; es como un salvaje Oeste en el que la gente trata de ganar dinero con libros. Entonces, por ejemplo, fingían..., el bluf es absolutamente crucial para el funcionamiento del editor. A menudo los editores anunciaban que iban a editar un libro que no querían publicar, sólo para ver si la respuesta era lo suficientemente fuerte para decidir continuar con su publicación, o anunciaban un libro para asustar a otro editor que pudiera considerar publicar determinado libro; era una especie de estrategia defensiva, o incluso anunciaban un libro que no querían publicar porque sabían que otro lo iba a publicar y querían chantajearlo, forzarlo a que les vendiera ejemplares con descuento. Había un mundo entero de lo que hoy podríamos denominar información falsa, información que proliferaba por todos lados y 75% de ella era falsa.

Estos editores vivían en un mundo muy complejo, en el que había información falsa de todo tipo. Esto ocurría, de hecho, en los anuncios de los propios libros, el editor a menudo decía: “este libro ha sido corregido y aumentado por el autor”, pero no estaba aumentado en lo más mínimo, de hecho solían cortarse pasajes y eliminar cosas porque no se preocupaban mucho por el texto; todos hacían trampa. Otro ejemplo es la falsa portadilla; si tenías un libro que había estado en las bodegas durante mucho tiempo sin venderse, simplemente le cambiabas el nombre e imprimías una nueva portadilla; esto pasaba todo el tiempo. A menudo he encontrado cartas de libreros que se quejan, que dicen: “esto es lo mismo, sólo quieres engañarme”. Un editor que tenía existencias de tres libros diferentes que no pudo vender, escribió una carta a un editor en Neuchâtel —al que yo estudio en particular— para decirle: “tengo todos estos libros sin vender, ¿podrías por favor

imprimir nuevas portadillas para cada uno? Inventa el título, no me importa cómo les pongas, solo mándamelas”. Un tercer ejemplo tiene que ver con los autores, quienes algunas veces mandaban el mismo manuscrito con diferente título. Había un escritor que se especializaba en historia y en ciencia política llamado Guzmán, que vendió el mismo libro a tres diferentes editores después de cambiarle el nombre y cobrar por adelantado, pero nunca les mandó los manuscritos.

Me parece fascinante seguir estos artificios. Otro ejemplo es el de las compañías falsas, los editores falsos. Una vez llegó a la Sociedad Tipográfica de Neuchâtel una carta de una compañía editorial llamada “Bergès”, de Toulouse. Como era un gran pedido, el editor en Suiza se vio tentado a mandar los libros, porque representaba muchísimo dinero; sin embargo, nunca había oído hablar de Bergès en Toulouse, así que envió algunas cartas a comerciantes en Toulouse para preguntar por el tal Bergès. Resultó que no existía; un empleado en una librería había inventado esta compañía y había enviado la orden de libros, esperando que, cuando llegaran, él pudiera venderlos y después desaparecer. Encontré que incluso había piratería falsa, por increíble que parezca: algunos editores se pirateaban a sí mismos. Esto suena descabellado, pero tenía sentido porque, por ejemplo, si alguien como Beaumarchais estaba publicando la primera edición completa del trabajo de Voltaire, tenía ocupadas sus prensas —era una gran especulación por parte de Beaumarchais que publicó ediciones en folio, en cuarto, pero eso ocupaba sus prensas y su capital y no le dejaba espacio para hacer la edición barata en octavo—, así que hizo un trato con personas externas para que pudieran piratearlo: les daba el ejemplar para que pudieran producir la edición barata, como si lo estuvieran pirateando a él, pero en complicidad con él; era una cuestión de connivencia. Incluso encontré que Voltaire cooperaba con piratas a espaldas de su editor principal, que era Gabriel Cramer, en Ginebra. ¿Por qué? Voltaire no trataba de ganar dinero con la venta de sus libros, pues ya era rico; quería incidir en la difusión de sus libros. La piratería falsa existía, y puedo darles otros ejemplos.

Debo explicar que las famosas ediciones de Beaumarchais de Voltaire impresas en Kehl, Alemania, finalmente no incluyeron esta edición pirata falsa. Encontré muchas cartas de Beaumarchais en las que aceptaba hacerlo, pero se retractó en el último momento. En otras palabras, en la industria había una especie de duplicidad en todos lados; ésta involucraba, por ejemplo,

espionaje industrial, porque un pirata intentaba descubrir qué era lo que otro pirata imprimía en secreto. A menudo sobornaban a los trabajadores que imprimían los libros, para que les dieran folios recientemente impresos y así poder piratear a la otra persona. Un buen ejemplo de duplicidad se dio en Lyon; en Francia, pero lo suficientemente cerca de Suiza para convertirse en un gran centro de piratería dentro del reino. Había un editor muy tramposo, polémico, inteligente e inmoral llamado Regnault, quien en 1772 percibió que había una gran demanda de las obras completas de Rousseau, así que comenzó una edición secreta, pirata, a pesar de que no era un libro permitido. Entonces otro editor lionés llamado Barret se enteró y le dijo: “Si no me das 50% de interés en la especulación de la obra de Rousseau, te denunciaré con la policía”, de modo que Regnault accedió, le dio 50% y continuó imprimiendo la edición. Pero después, Regnault descubrió que había un tercer editor lionés llamado Benoît Duplain que estaba preparando en secreto otra edición completamente pirata de Rousseau. Barret regresó con Regnault y le dijo: “¿Sabes?, el libro se ha vendido muy bien en ordenes por adelantado, quiero comprártelas todas, así que te doy una suma extra de dinero si me das 100%, en lugar de 50%, de tu edición”. Por supuesto, Regnault aceptó con gusto, porque sabía que la tercera edición estaba por salir en secreto: se embolsó el dinero, dejó el trabajo y libró tranquilamente la sobreoferta que habría entre los otros dos editores. Los piratas se menoscababan todo el tiempo.

Preguntas y respuestas

¿Qué tan frecuente era la presencia de las mujeres en el mundo editorial?

Gracias. ¡Qué buena pregunta! Intentaré responderla tan bien como pueda. Entre los editores parisinos había que ser hombre para ser maestro y pertenecer al gremio pero, cuando morían, su viuda podía asumir el rol de maestro y, de hecho, ejercerlo. Si observamos las listas de editores que emitió el gremio, que aparecen en el almanaque real, destaca una sección especial para viudas, y en gran número: normalmente de 36 impresores, quizá 6 o 10 eran viudas. He intentado seguir las actividades de estas viudas editoras. Algunas eran implacables, como la viuda Desaint, por ejemplo, que hacía cumplir su privilegio con el apoyo de la policía de París y el Estado; implementó redadas de libros, especialmente en Lyon; una vez fue allá con una

docena de policías y soldados, rodearon la librería y entraron a revisar todos los documentos y libros de las tiendas, buscando ejemplares piratas. Hizo esto tres veces, así que era muy dura; de hecho, no encontró libros piratas porque los libreros lioneses recibían alertas de antemano y los escondían. Sí que había mujeres editoras, no sólo en París, sino también en las provincias. Una de mis favoritas estaba en Besançon, donde su esposo murió, su nombre era Madame Charmet y tomó el control del negocio. Tras comparar sus cartas con las de su esposo, pude concluir que ella era mucho más inteligente, tenía un gran conocimiento de la demanda literaria, era cuidadosa en sus órdenes y, de hecho, ganó más dinero. De este modo, había muchas mujeres perspicaces e inteligentes que participaban en el mercado del libro a pesar de que, en principio, estaba completamente dominado por hombres.

¿Incluyó algunas editoriales belgas en su libro?

Sí, eran maravillosas y muy interesantes. Lieja era un centro muy importante para la edición belga. Había un editor ahí llamado Plomteux —en realidad había muchos—, sus cartas estaban llenas de información, en ellas se percibe a un verdadero profesional y un hombre entendido que tenía grandes habilidades para organizar grupos de contrabando y, de hecho, me parece que era más bien un personaje respetable y admirable; no usaba los trucos más sucios del oficio porque era muy bueno en el oficio, no necesitaba engañar como lo hacían muchos otros. Por supuesto, los austriaco-holandeses, que llamamos belgas, estaban muy cerca de los Países Bajos: me refiero a Ámsterdam y La Haya, que eran también centros ricos. Me parece que en el transcurso del siglo XVIII había un grupo lejano en lo que hoy llamamos Bélgica y Holanda, hacia Suiza. Los editores suizos se volvieron más dinámicos y exitosos hacia 1760 y 1770, pero los belgas y holandeses aún eran totalmente esenciales. Todos se conocían, viajaban para visitarse, incluso he visto las cuentas de gastos de las cenas que compartían. Por tanto, era un mundo muy sofisticado en el que los profesionales competían, pero también cooperaban.

¿Cómo podemos identificar un libro pirata de esa época?

Ésta es una muy buena pregunta, que ha ocupado a los bibliógrafos durante largo tiempo. Hay una escuela que sostiene que se puede diferenciar una edición pirata si se observan los ornamentos tipográficos, es decir, no

sólo los tipos, sino las pequeñas ilustraciones que muestran una fuente, una estatua o una pequeña casa que solían decorar los libros. El argumento es que se solían usar unos bloques de madera tallada y, ya que el repertorio de estos ornamentos tipográficos era limitado, los piratas de libros en Lieja o Bruselas tendían a usar los mismos, que serían diferentes de los originales que se usaban en París. También había ciertas técnicas de signaturas que unían a los cuadernillos, que tenían ligeros cambios de un país a otro, ya fuera que se usaran números arábigos como signatura o números romanos, y podría dar muchos más ejemplos.

Sin embargo, yo soy escéptico, creo que a menudo es extremadamente difícil identificar una edición pirata y relacionarla con una editorial en particular. Es posible, claro, contrastarla con la edición original, que usualmente se imprimía en un mucho mejor papel, con privilegio real, e incluso se puede encontrar el privilegio original en los manuscritos dentro del archivo del gremio de libreros, que está en la Biblioteca Nacional de Francia. Es un gran tema que ha ocupado a los bibliógrafos y que ahora ha dado grandes resultados; por ejemplo, en el caso del estudio de la *Histoire philosophique* del abate Raynal, un gran *best seller* y uno de los trabajos más importantes de la Ilustración tardía, los bibliógrafos han logrado identificar docenas de ediciones, han hecho realmente un gran estudio.

Algunos editores operaban activamente en Ginebra en diferentes lenguas, como el español, por ejemplo, los hermanos de Tournes. Ellos solían cambiar el lugar original de impresión: Ginebra por Bruselas o Amberes, para evitar la Inquisición española, incluyendo los nombres de estas ciudades católicas en la portada. De esta manera, los libros encontraban su camino hacia el mundo hispano.

Gracias, es muy interesante. Ginebra tenía contactos con España especialmente, y de España hacia el Nuevo Mundo, así que había una circulación muy importante, pero no sabía de estas publicaciones de Ginebra en español, para mí es nuevo, así que muchas gracias por esta información. ¿Cómo era la relación entre editores y autores?

Otra pregunta excelente, gracias. Hay un capítulo extenso en mi libro sobre la relación con los autores. Por supuesto, los editores piratas no les pagaban a los autores, así era, en parte, como ganaban dinero. Los editores originales normalmente compraban el manuscrito, no pagaban regalías, pero les daban una cantidad de dinero a los autores, normalmente no mucho, pero

para autores bien conocidos sí era una suma decente. Ahora bien, los piratas no tenían que hacer eso, el papel era más barato, la mano de obra era más barata y entonces había una ganancia.

Pero algunas veces los editores piratas se veían tentados a tratar directamente con los autores. Encontré que dos de los editores de la Sociedad Tipográfica de Neuchâtel viajaron a París en tres diferentes ocasiones y conocieron a todos los autores más conocidos, cenaron varias veces con Pierre-Augustin Caron de Beaumarchais, Jean François Marmontel, André Morellet, Gabriel Bonnot de Mably, etc., conocieron a todos. En algún punto, un autor particular llamado Court de Gébelin les preguntó a estos editores: “¿pueden producir un libro para un autor francés más barato que los impresores parisinos?”, entonces, uno tomó un pedazo de papel y escribió aproximadamente el costo de un libro que él había escrito y publicado en París. Su invitado, un editor suizo, regresó, estudió un libro similar que el que se había publicado y dijo: “sí, podemos producir sus libros a mucho menor costo, aun con el transporte de regreso a París”. Hubo mucha correspondencia con autores franceses muy importantes, D’Alambert, Marmontel, Morellet y otros; intentaron llevarlo a cabo, pero algo siempre salía mal y al final no publicaron ninguna edición nueva con los autores franceses, pero su correspondencia es tan profusa que se puede tener una noción clara de lo que los autores franceses buscaban en un editor. También publicaron ediciones originales de autores menos conocidos que querían publicar sus libros con la promesa de pagar los costos ellos mismos, pero a menudo no pagaban y los editores perdían mucho dinero, lo que los enfrascaba en relaciones extensas con todo tipo de editores. Podemos aprender mucho de la condición de la autoría con toda esta correspondencia.

¿Cuáles son los símiles entre la piratería actual y la de esa época?

Bueno, yo vivo mayormente en el siglo XVIII y me siento incómodo en el presente. De cualquier forma, puedo decir que, por supuesto, la piratería ha ocurrido en otros siglos, en otros tiempos. Incluso en el siglo XVIII había una gran industria en Viena de la piratería en alemán, a diferencia del oeste de Alemania. En el mercado del idioma inglés, los irlandeses y escoceses pirateaban a los ingleses todo el tiempo. En el siglo XIX los editores de Estados Unidos pirateaban a los autores ingleses constantemente: Dickens fue en un viaje a Estados Unidos y se quejaba con el público sobre cómo le ro-

baban, porque no había derechos de autor internacionales y los editores estadounidenses lo pirateaban.

¿Qué hay del presente? Bueno, mi propia obra ha sido plagiada en otros países: escribí un artículo para la *New York Review of Books* que apareció en India bajo el nombre de otra persona, palabra por palabra. No sé mucho sobre el alcance de la piratería en China, por ejemplo. Solía decirse hace algunos años que en China pirateaban todo y no pagaban nada, pero actualmente los chinos son muy correctos, tengo muchos libros publicados en chino y siempre compran los derechos, no es mucho dinero, pero son muy correctos y creo que son excelentes editores. Pensaría que en el mundo de habla hispana ustedes están bien situados para estudiar esto, porque el español es una lengua muy importante que se extiende a todos lados..., y no sé sobre la piratería de libros en español actualmente, pero apuesto a que ustedes pueden descubrirlo y me encantaría saber sus opiniones sobre ello.

¿Qué papel tuvo el archivo de la Sociedad Tipográfica de Neuchâtel en su propuesta del circuito de comunicación? ¿Esta enorme diversidad de posibilidades contenida en sus más de 50 mil cartas le permitió advertir el fenómeno en su conjunto? ¿Qué parte del circuito propuesto le gusta más?

Como lo expliqué hace un momento, fui por primera vez al archivo de Neuchâtel, en Suiza, en 1965; fui a buscar información de un hombre llamado Jacques-Pierre Brissot, quien se convirtió en el líder de los girondinos en la Revolución francesa. Entonces yo era un joven futuro historiador de la Revolución francesa que escribía una biografía. En Neuchâtel encontré 119 cartas de Brissot, que publicó sus libros en Neuchâtel antes de la Revolución; eran cartas increíbles, suficientes para hacerte repensar completamente su biografía. Así pues, escribí su biografía: 500 páginas que nunca publiqué y quedaron en un cajón de mi escritorio, porque finalmente decidí que la historia del libro era más importante que la biografía de Brissot. Dejé ese borrador en un cajón y decidí que estudiaría los libros. En esa época, 1965, la frase *histoire du livre* no existía, no pensábamos en esto como un campo de estudio, así que yo hacía historia del libro sin saberlo, sólo por lo fascinante que me pareció el archivo.

Ahora, me preguntan qué aspecto del circuito de comunicación me interesa más: depende de lo que esté escribiendo. En este último libro me concentré en los editores, que son lo que más me interesa, pero en un libro

anterior pasé mucho tiempo con el contrabando y me fascinó la forma en que se trasladaban libros en mochilas a través del macizo del Jura, en las montañas de Suiza, hacia Francia; la forma en que eran enviados, por ejemplo, a Rusia a través de la tundra congelada, por la zona congelada del Báltico, normalmente en septiembre; me dejé llevar por la historia del transporte como un aspecto de esto.

Por supuesto, los autores por sí mismos me interesan y he realizado un amplio estudio, de hecho, de la posición social de los autores. Otro punto que aparece en este libro, que creo era completamente desconocido, es el rol de los agentes parisinos de los editores. Los editores fuera de París necesitaban tener un agente pagado que les diera información sobre tendencias literarias, de lo que se acababa de publicar, acerca de políticas gubernamentales que afectarían el comercio del libro, sobre todos los aspectos de la literatura. Dedicué un capítulo de este libro a rastrear el rol del agente literario, en particular un hombre llamado Quandet de Lachenal, que escribió cartas maravillosas: son graciosas, pícaras, describen cómo se mete en problemas y finalmente la policía lo arresta y lo exilia fuera de París, donde muere. En breve: encuentro cada aspecto del circuito de comunicación interesante y digno de ser estudiado por sí solo, pero, claro, se necesitan los documentos, no se puede hacer si no se tiene una gran cantidad de documentos, y afortunadamente yo encontré suficientes manuscritos para continuar haciéndolo todos estos años.

¿Qué puede decir a los estudiantes que se encuentran en la audiencia sobre la investigación de la historia del libro? ¿Por qué seguir esta disciplina en estos tiempos, con una pandemia en curso?

Son tiempos muy complicados, tanto en Estados Unidos como en México. Acompaño de todo corazón a los mexicanos; yo también me he aislado en un pueblo al sur de Boston. La pandemia, combinada con otros problemas sociales, ha creado un terrible pasado reciente. Al fin nos deshicimos de un pésimo presidente y empezamos a tener esperanza de que todo mejore, pero la triste realidad es que estamos aislados en una forma nunca antes vista. No puedo entrar a la gran biblioteca de Harvard, está cerrada, se considera peligroso respirar el aire en la biblioteca, pero me encantan las bibliotecas, como su biblioteca en México y como la mía. Son tiempos difíciles.

Por otro lado, creo que se pueden hacer cosas extraordinarias en línea. Ahora estoy escribiendo otro libro y estoy maravillado con la cantidad de información que puedo obtener en línea. Todos los días leo copias digitalizadas de panfletos en la BnF y aunque no puedo sentir el papel —me encanta la sensación del papel—, puedo ver la tipografía original y aprender mucho sobre la apariencia que tenía el libro, por lo menos. Así que no estamos completamente aislados de nuestras fuentes, en primer lugar. En segundo lugar, creo que es crucial que los estudiantes hagan algo que amen, que sigan sus instintos, que sigan su sentido del olfato; si tienes olfato por un tema, invéstalo. Me parece que en las etapas tempranas de investigación, el uso de la imaginación, el sentido de lo que un tema potencial puede ser es fundamental, y tu propio disfrute importa mucho. Así pues, si estuviera en su lugar, me preguntaría qué encuentro realmente fascinante y cómo puedo investigarlo.

El tercer punto es la documentación, por supuesto. Para hacer historia en forma hay que sumergirse en los archivos y en los documentos impresos. Eso no es fácil, tienes que localizar archivos y una vez que los localizas, creo que necesitas zambullirte en ellos y absorberlos. Hay una maravillosa anécdota de Flaubert, alguien le dijo: “Monsieur Flaubert, no he visto que publique un libro desde hace mucho tiempo”, y Flaubert dijo: “No, me estoy marinando”. Bueno, yo creo que si ustedes se pueden marinar en las fuentes, encontrarán que es delicioso y que será lo mejor que pueden hacer. Entonces, no tengo buenos consejos prácticos, pero sí creo que la historia del libro es el tema más emocionante en el cruce de las humanidades y las ciencias sociales, es un tema que ha despegado recientemente y hay todo tipo de revistas, congresos y cursos especiales; simplemente, hay mucha actividad emocionante sobre la historia del libro en todos lados, por lo que creo que es un gran campo en el que pueden entrar.

Muchas gracias, profesor. ¿Tiene algún último comentario?

Quiero simplemente reiterarles mi agradecimiento y mi sentido de solidaridad con los investigadores, bibliotecarios y amantes de los libros en México. Estamos conectados digitalmente, pero creo que también sentimentalmente, así que quisiera agradecerles y expresarles mi sincera solidaridad.

La librería no está lista para desaparecer. Presentación del libro *Histoire des libraires et de la librairie*

Jean-Yves Mollier

UNIVERSITÉ DE VERSAILLES SAINT-QUENTIN-EN-YVELINES

Jean-Yves Mollier es un historiador del libro que intriga y fascina. Observador agudo y hombre de su tiempo, el profesor Mollier se interroga sobre los cambios en la historia del libro como aquel observador que logra capturar un paisaje completo. Implicado activamente en la actualidad francesa, su ojo de historiador le permite tener una perspectiva social envidiable. Jean-Yves Mollier es profesor en la Universidad de Versailles Saint-Quentin-en-Yvelines; también fue director del Centro de Historia Cultural de las Sociedades Contemporáneas y vicepresidente de la Asociación para el Desarrollo de la Historia Cultural, así como de la Sociedad de Estudios Románticos y Decimonónicos.

Gracias a los organizadores y a las autoridades mexicanas que me invitaron para hablar hoy con ustedes. Es un gran placer y honor. Un gran placer porque he estado dos veces en México: la primera en 2004, la segunda en 2017, ambas por invitación de colegas universitarios, y siempre he encontrado interlocutores con los que he tenido mucho gusto de conversar y dialogar.

La primera vez que vine a México fue por invitación de Laura Suárez de la Torre, del Instituto Mora, en 2004. En aquella ocasión visité las pirámides de Teotihuacán y tuvimos una gran suerte porque fuimos testigos de una manifestación de los pobladores, arriba de la pirámide, protestando contra la instalación de un Walmart. Fue extraordinario tener a la vez el México antiguo y el moderno en el mismo campo. Para mí fue una imagen formidable. Debo agregar que gracias a Laura Suárez ya me han traducido en México en

el Instituto Mora, y después también en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM.¹

Elegí hablarles y presentar mi último libro, *Histoire des libraires et de la librairie*² no para hacerme publicidad, sino para que me acompañen a visitar mi taller de investigador, para ver el trabajo en proceso de realización. ¿Por qué escribí una historia no de la librería, sino una historia de los libreros y las librerías desde la Antigüedad hasta nuestros días?

En 2015 escribí y publiqué una primera síntesis que se centró estrictamente en el mundo de la edición de finales del siglo XVIII al siglo XXI.³ Aquí vemos la primera diferencia: para escribir esta *Histoire des libraires et de la librairie* aposté por remontarme hasta la Antigüedad más lejana. Además, no me conformé con la Antigüedad occidental o afro-occidental, sino que me interesé también por otros continentes, entre los que se incluye Asia. Esto significa que, independientemente de mi propia investigación sobre los siglos XVIII al XXI, en primer lugar, tuve que leer mucho a mis colegas especialistas en la historia del libro, de la escritura, de la librería y de la edición alrededor del mundo.

Esto me llevó, en un primer momento, a reflexionar sobre el término de “librero”. En efecto, es un término extremadamente polisémico y que abarca múltiples realidades, de las cuales me he dado cuenta al leer a mis colegas y obras relativas a Mesopotamia, China, África, América del Norte, del Sur y Australia. Me esforcé por ver cómo podían trabajar estos intermediarios entre la obra escrita por los autores y el público, los lectores.

¹ Jean-Yves Mollier, *La lectura en Francia durante el siglo XIX, 1789-1914*, ed. Laura Suárez de la Torre, trad. de Yekaterina García Márkina (México: Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 2009); “De la república de las letras del siglo XVII a los intelectuales de finales del siglo XIX: el papel del libro y la lectura en la formación y la cultura de las élites letradas”, en *De eruditione americana. Prácticas de lectura y escritura en los ámbitos académicos novohispanos*, edición de Manuel Suárez Rivera (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2019).

² El título completo podría traducirse como “Historia de los libreros y de la librería, de todos los comercios de textos e imágenes, de ideas y de saberes, de descubrimientos y de imaginarios, desde la Antigüedad hasta nuestros días”: *Histoire des libraires et de la librairie, de tous les commerces de textes et d’images, d’idées et de savoirs, de découvertes et d’imaginaires, depuis l’Antiquité jusqu’à nos jours* (París; Arlés: Imprimerie Nationale / Actes Sud, 2021).

³ *Une autre histoire de l’édition française* (París: La Fabrique, 2015) y Jean-Yves Mollier y Eliana de Freitas Dutra, eds., *L’imprimé dans la construction de la vie politique : Brésil, Europe et Amériques XVIIIe-XXe siècle*, Des Amériques (Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2015).

Para poner algunos ejemplos simples, gracias a los estudios en humanidades sabemos que hacia el siglo VI o V a. C., en Atenas existían locales similares a tiendas en las que Platón, Aristóteles u otros pensadores podían reunirse para hablar de sus obras y conversar. Eran locales que pueden compararse fácilmente con las librerías intelectuales de hoy.

El segundo ejemplo podemos tomarlo del mundo romano. Contamos incluso con ilustraciones que nos muestran las *tabernae librariae*, es decir, locales en cuyos muros exteriores cubiertos de cal blanca podían verse anuncios de libros pintados en rojo, de manera similar a la publicidad de hoy que presenta el último libro de algún gran autor. Estos ejemplos nos son familiares simplemente porque en nuestros países las humanidades grecolatinas son la base de nuestra enseñanza.

Pero ¿qué pasaba en Sumeria, donde se han encontrado cientos de miles o quizá millones de tabletas de arcilla? ¿Qué pasaba en la India y en Indonesia, donde se encuentran libros llamados *olas*,⁴ hechos con hojas de palma unidas con una cuerda? No lo sabemos. En el caso de China tenemos suerte, ya que contamos con textos e ilustraciones que muestran a los libreros en sus librerías e incluso ferias del libro que corresponden a la actual Feria Internacional del Libro de Guadalajara, a la London Book Fair o al Salón del Libro de París.

No intenté cubrir los cinco continentes en todas las épocas, eso hubiera sido una empresa imposible. Pero al interesarme por la situación del libro y de la librería en todo el continente europeo, me di cuenta rápidamente de que lo que llamamos con un solo término, “librero”, en realidad corresponde a realidades extremadamente diferentes.

En Roma, hace dos mil años, el librero, en latín *librarius*, la mayoría de las veces es un esclavo liberado, un liberto. ¿Cuál era su trabajo? En realidad, era copiar manuscritos para que su patrón, un *bibliopola*, si retomamos los términos de la época, pudiera venderlos. Esos libros escritos y copiados en Roma, Pompeya, Herculano o cualquier otra ciudad, circulaban por el Imperio romano. Por tanto, hay otros libreros que, en realidad, son vendedores ambulantes que viajan a pie o a caballo, en burro o en una carreta, con otros libreros, que son quienes transportan los textos.

⁴ Manuscritos hechos de hojas secas de palma de Ceilán, nativa de la India y Sri Lanka. La palabra proviene del tamul *óléi*, es decir, “hoja”.

Si observamos otras civilizaciones, otras culturas y otros mundos, por ejemplo, el mundo judío o el mundo musulmán, advertimos un respeto muy grande por el texto. El librero será en primer lugar un verificador que certificará que el texto de la Torá o del Corán corresponda precisamente al original y que no contenga alteraciones. Descubrimos así una tercera o cuarta función del librero.

Como los textos circulan, evidentemente deben ser traducidos. Aquí podemos tomar el ejemplo de Bizancio —Constantinopla o Estambul, según los imperios y las épocas—, que era un extraordinario cruce de caminos. Ahí, el papel de traductor era muy importante: se trata de un “Caronte” entre lenguas; es aquel que pasa los textos de la orilla del árabe o del griego a la orilla del latín o, más tarde, de alguna de las lenguas vernáculas europeas. Por tanto, el término “librero” es ambiguo porque abarca realidades extremadamente complejas y diferentes de una cultura a otra y de una época a otra. Esto quizá explique que si la profesión existe desde hace tanto tiempo es porque supo renovarse y supo que no debía congelarse en un entorno cultural o tecnológico.

En este punto de nuestra reflexión podríamos concluir que, en el fondo, un librero es un mediador entre el escritor, o mejor dicho, su obra, y el público, los lectores. Esto me lleva al segundo punto del que me gustaría hablar: ¿qué es un libro? ¿Qué entendemos cuando hablamos de libros?

Para la mayoría de nosotros, un libro es un códice. Ésta es probablemente la definición implícita a la que todos estamos acostumbrados: un códice con un cierto número de páginas. Pero, ya que evocamos los imperios griego y romano, sabemos bien que antes del *codex* estaba el *volumen* [en latín], es decir, el rollo de papiro del antiguo Egipto y de algunos pueblos de la cuenca del Mediterráneo y más tarde, rollos de pergamino.

Y todavía antes del *volumen*, de los rollos de pergamino o de papiro, podemos evocar las tablillas de arcilla, material que, cuando se seca, se conserva muy bien. Hoy tenemos millones de ejemplares en el mundo provenientes esencialmente del actual Irak, es decir de Mesopotamia, de los imperios del mundo antiguo a los que denominamos Asiria, Babilonia, Sumeria, Nínive, etc. Ya había evocado los *olas* de la India y de Indonesia, esas hojas de palma longitudinales, unidas por una cuerda. También son libros en los que leyeron y escribieron mujeres y hombres del pasado. Podemos ver, entonces, que ha habido decenas de soportes para la escritura, por tanto, ha habido decenas

de formas de los libros, incluso si, por simplificar, históricamente sólo consideramos los rollos, los códices y actualmente también las pantallas.

Si nos detenemos un instante en el códice, en el fondo, la forma más fácil para nosotros, pues desde hace dos mil años los tenemos en las bibliotecas alrededor del mundo, ¿cuál sería la definición del libro? Hace tiempo, la UNESCO propuso definir al libro como un códice de al menos 49 páginas. Ésta era una definición sobre la cual los expertos parecían estar de acuerdo. Pero si nos quedamos con esta definición, eso quiere decir que la mayoría de los cómics no son libros, ya que muchos se venden en forma de fascículos de menos de 49 páginas. ¿Qué hacer con la literatura de cordel que apareció en España y Portugal a partir del siglo XVI, que fue llevada a América Latina y que sigue todavía muy viva en el nordeste de Brasil? Esta literatura todavía puede encontrarse los domingos en el mercado de São Cristóvão en Río de Janeiro, donde se ven los folletos colgados con pinzas en cordeles, como si fueran ropa secándose que no tienen más de 20 páginas, contando la portada y contraportada. No tienen para nada el formato de un libro, pues es un formato muy pequeño.

¿Debemos negarle el nombre de “libreros” a los vendedores que ofrecen a sus clientes los folletos de cordel? ¿No tienen derecho a llamarse libreros? ¿Son indignos de ser llamados así? ¿Se les debe negar esta denominación por no tener un título universitario?

En este punto de mi reflexión, puedo proponer una definición de libro: un libro es lo que el lector considera que lo es. Por tanto, puede tener cualquier formato y cualquier número de páginas, el más grande o el más pequeño. De hecho, el uso y la práctica cultural son lo que hace que el lector transforme algo en libro. Esto que quiere decir que lo que nosotros llamamos “libro” no es necesariamente lo mismo que lo que los vecinos o los habitantes de otros países llamarán “libros”. Debemos admitir, entonces, que existen diferentes definiciones posibles.

Si aceptamos esta definición, por supuesto muy amplia, de lo que es un libro, entonces debemos admitir que algunos libreros están marginalizados por nuestras sociedades; algunos incluso se encuentran fuera de la ley. En la actualidad, en Perú más de la mitad de los libros son ediciones pirata y no libros de imprentas legales.

En el contexto del mundo árabe-musulmán tal como existe hoy en día, se conoce una forma de librería comúnmente llamada “librería de banqueta”.

Estas librerías de banqueta se instalan en el suelo cerca de las mezquitas, los mercados o las estaciones de tren. Son vendedores al menudeo que ofrecen libros pequeños de dos tipos de literatura: literatura islámica, si sólo es religiosa, o islamista si se trata de propaganda a favor de una ideología. Puede que se trate de vendedores ocasionales, ya que la mayoría de las veces tienen otro oficio, pero el viernes en la tarde, a la hora de la oración, intentarán vender su mercancía. En el momento preciso en el que yo los observo, para mí, son libreros en plena actividad.

En el contexto del África subsahariana existe lo que se han llamado “librerías de farol”. Un vendedor, ambulante desde luego, se instala al pie de un farol para aprovechar la luz gratuita, que lo ilumina durante la noche. En esta librería de farol se venden libros fotocopiados: libros escolares, novelas y alguno que otro libro impreso. Este librero intentará sobrevivir por todos los medios, para vender todo lo que pueda. A él también, al momento de realizar su trabajo, lo considero un librero.

Con estos ejemplos introducimos una realidad sobre la que todavía no nos hemos detenido: la del *livre d'occasion*, como se dice en francés, el *second-hand book* en inglés o el “libro de segunda mano”, en español. De hecho, el comercio de libros de segunda mano es tan importante como el comercio de libros nuevos.

Al estudiar estas realidades me di cuenta de que la documentación que concierne al libro nuevo y, por tanto, a los libreros de libros nuevos, es mucho más abundante que la documentación sobre los libros de segunda mano. Y esto varía según las áreas lingüísticas: en inglés y en español existen importantes estudios sobre el comercio de libros de segunda mano, pero en francés no hay casi nada. En francés, los primeros estudios sobre el libro de ocasión acaban de publicarse hace uno o dos años; contamos con pocas estadísticas. Incluso si en mi libro propongo cifras generales, en realidad no cuento con ninguna estadística que permita dar cuenta de la importancia que ha tomado el libro de ocasión en la vida de las mujeres y hombres.

Tras esta larga introducción, les presentaré el libro que acabo de publicar hace una semana en París. La primera parte concierne a la Antigüedad: llevo al lector a Mesopotamia, Sumeria, Egipto, Grecia y Roma antes de pasar a Asia, el Lejano Oriente, China, Corea y Japón. Se trata de breves vistazos a esas áreas geográficas, y no de un estudio global o sintético. El objetivo es desorientar al lector, mostrarle que está acostumbrado a las libre-

rías tal como aparecen desde 1850, es decir, un comercio que normalmente da a la calle, con vitrinas, a través de las cuales se ven pilas de libros. Pretendo mostrarles que las librerías como las conocemos en Ciudad de México, Bogotá, Río de Janeiro, Londres, París o Moscú son una realidad muy reciente. Entonces, como lo mostré al principio, es necesario admitir que el libro ha asumido múltiples aspectos y que el librero ha desempeñado decenas de funciones que hoy ya no ejerce.

En esta primera parte me intereso igualmente en el mundo judío y en el mundo musulmán. Después, tras la caída del Imperio romano, me detengo a reflexionar sobre la Edad Media europea, en el momento en el que la librería reaparece tras un milenio de haberse eclipsado, alrededor de los siglos XII o XIII. Este momento es interesante porque permite evocar una función que no había analizado todavía: la función del bibliotecario. En efecto, el libro sobrevivió en los *scriptoriae* de las abadías y monasterios tras la caída del Imperio romano, más exactamente en ese espacio al que Umberto Eco rinde homenaje en su novela *El nombre de la rosa*,⁵ los *scriptoriae* en los que el bibliotecario devuelve la vida a los libros, copiándolos o traduciéndolos. De esta forma, muestro cómo tras la aparición de las universidades en el siglo XII en Italia, Francia, Inglaterra y otras partes de Europa, los libreros desempeñarán una actividad muy importante, ligada esencialmente a la vida universitaria.

Esto me lleva a concluir la primera parte, con la multiplicidad de actividades del librero en función de la época y de las regiones en las cuales el libro está presente, precisando que en el caso de muchas regiones y épocas no conocemos las actividades concretas de muchos libreros.

En la segunda parte, titulada “El mundo moderno”, comienzo, por supuesto, con la introducción de la imprenta en Europa, lo que cambia considerablemente la situación a partir de la década de 1450, pues el librero se convertirá, en muchos casos, en un impresor, un artesano que trabaja con sus manos y que fabrica el libro. Suele tener un proyecto intelectual, al tiempo que busca ganar dinero, proponiendo diferentes tipos de libros para su lectura.

Al lado de este “librero impresor”, como se les llama en francés, existe

⁵ *Il nome della rosa* (Milán: Bompiani, 1980), traducido al español como *El nombre de la rosa*, trad. de Ricardo Pochtar (Barcelona: Lumen, 1982).

también el “librero estacionario”, aquel que trabaja en su negocio, que recibe a los autores y que los propone a un impresor para imprimir sus libros. De alguna manera asistimos a los inicios de lo que será más tarde, yo diría hacia la segunda mitad del siglo XVIII, la función editorial.

Al leer el libro de Martin Lowry dedicado a Aldo Manucio en Venecia,⁶ podemos ver claramente que Manucio era a la vez impresor, librero y también un gran comerciante internacional, por tanto, tiene una multiplicidad de funciones. Así, en esta parte también mostramos el papel y la importancia de las ferias, en particular de las grandes ferias alemanas, ya que la feria de Fráncfort, luego la de Leipzig y nuevamente en el siglo XX de Fráncfort, tuvieron un papel considerable en los intercambios entre los mercaderes de libros. De la misma forma que existían estas grandes ferias alemanas, había ferias en los Países Bajos, algunas en Inglaterra, otras en Francia y en Italia; es decir, en donde sea que hubiera venta de libros se organizaban ferias.

Acercándome a nuestra época, llegando al siglo XVIII me intereso en los gabinetes de lectura, *cabinets de lecture* en francés, *circulating libraries* en inglés, *Leibibliothek* en alemán y *gabinetto* en italiano. Estos gabinetes son manejados por libreros un poco diferentes de los demás, ya que ponen libros a disposición del público, pero no para venderlos, sino para alquilarlos. De esta forma, era posible tomar prestado un volumen y devolverlo al terminarlo. Por ejemplo, en la época en que estaba de moda Walter Scott, sus novelas se publicaban en varios tomos y se podía pedir prestado el primero, luego se devolvía para leer el segundo y así hasta terminar la obra. Es importante hablar de los gabinetes de lectura porque antes de la revolución de la educación universal, antes de que los hombres y mujeres tuvieran ingresos suficientes para aprender a leer y dispusieran de algo de dinero para comprar libros, sólo una minoría tenía acceso a los libros.

Por este motivo he insistido en que la librería, tal como la conocemos, es una realidad de la segunda mitad del siglo XIX. Con algunas diferencias, claro: James Raven ha trabajado ampliamente sobre Londres, que era la capital mundial del libro en 1800. Desde luego, en Londres ya existían libreros con locales y vitrinas que dan hacia la calle, pero se trata de una ciudad avanzada respecto a la evolución del resto de Europa y del mundo. Londres

⁶ Martin Lowry, *The World of Aldus Manutius. Business and Scholarship in Renaissance Venice*. (Oxford: Blackwell, 1979).

es una excepción.

En el resto de los países y especialmente en Francia, después de 1850, gracias al ferrocarril, las librerías fueron de París a las ciudades medianas y pequeñas, y poco a poco aparecieron en todo el espacio nacional. En Francia es todavía más claro que en otros lugares porque existe una red de ferrocarril con forma de estrella, en la que el centro es París y los brazos comunican las regiones y las provincias. Insisto mucho en estas realidades, evidentemente distintas de un país a otro o de una época a otra, porque permiten entender que el libro no pertenecía al universo ordinario de la mayoría de las mujeres y hombres anteriores al siglo xx.

La introducción a mi libro comienza con una cita de un escritor francés, Claude Duneton, que cuenta cómo, a principios de la década de 1950, con el dinero que había ganado él mismo se atrevió a entrar a una librería a comprar un libro. Al regresar a casa, su madre se enfureció y le dijo que casi había cometido un crimen, que el libro no pertenecía al mundo normal de los obreros, campesinos y empleados. Esto me lleva a la tercera parte de mi libro y casi a la conclusión, donde también invito al lector a entender que si hoy en día una parte de los jóvenes se aleja de los libros de papel es porque esencialmente viven en otro universo, el de las redes sociales, de lo electrónico, de la velocidad, en un universo que ya no es el nuestro.

En la tercera parte de mi libro, que titulé “El libro hoy”, muestro la diversidad actual del comercio del libro y, por tanto, de las librerías. Contamos, a final de cuentas, con tres grandes tipos de librerías: librerías independientes, es decir, libreros que son nuestros vecinos, que viven en sus locales. El segundo tipo de librería son las grandes cadenas culturales como la Fnac o Virgin en Francia, o Gandhi, El Péndulo o El Sótano en México. El tercer tipo de librería se encuentra en los supermercados no especializados donde igual se venden alimentos, conservas, botellas, etc., pero también venden libros. Y, por supuesto, podemos agregar un cuarto tipo de librerías que es el comercio por Internet, con Amazon como ejemplo más representativo.

Si observamos las librerías independientes podemos notar que no son idénticas de un país al otro. En Francia es una tienda en la que pueden encontrarse libros recién salidos al mercado, pero también se encuentran libros que salieron hace seis meses, uno o tres años. Encontramos entonces tanto las novedades como lo más selecto. Hay una gran diversidad en Francia y en Alemania, en Italia cada vez menos, pero en los dos primeros países

sí se encuentra una gran diversidad en las librerías independientes.

Pero este modelo ya casi no existe en Estados Unidos, donde incluso en las librerías de Greenwich Village, en la ciudad de Nueva York, sólo se encuentran los libros recientes que tienen menos de seis meses. En algunas grandes universidades estadounidenses todavía existen librerías correspondientes a este modelo. James Raven podría decirnos si en Inglaterra continúa este modelo; que yo sepa, es frágil, y en Italia y España está desapareciendo.

Podemos observar el mismo fenómeno hoy en China, Singapur, Japón y una buena parte de Asia. Esto quiere decir que, en realidad, incluso en las librerías independientes asistimos a una especie de acumulación que privilegia los libros de los que hablan los medios, la televisión, la radio o las redes sociales; eso quiere decir que los libreros están perdiendo una parte fundamental de su oficio, que consiste en intentar proponer la mayor diversidad de libros a su clientela.

En la mayoría de los supermercados o de las cadenas de librerías, incluso en Amazon, observamos el mismo fenómeno, es decir, que ofrecen antes que nada los libros de moda de los que todo el mundo habla, pero ¿quién es “todo el mundo”? Es el sistema mediático; volvemos al punto de partida. Hay que matizar un poco a propósito de Amazon, pues ahí podemos encontrar todos los libros. Pero aun así, hay que contar con la referencia sobre la existencia de un libro. Si nos conformamos con los libros que nos muestra Amazon, sólo nos quedaremos con aquellos de los que todo el mundo habla: *Harry Potter*, cuando *Harry Potter* estaba de moda; *Cincuenta sombras de Grey*, cuando *Cincuenta sombras de Grey* estaba de moda, etcétera.

Casi llegando a la conclusión, en la tercera parte de mi libro evoco la gran diversidad de librerías, las de banqueta, las de farol, la literatura de cordel en América Latina y todas las demás que existen hoy todavía.

Para concluir quiero decir que, de alguna manera, tuve suerte con la pandemia. Cuando ya estaba revisando las pruebas, la pandemia retrasó la publicación de mi libro, por lo que tuve tiempo para terminar la corrección. Cuando digo que tuve suerte es porque en marzo de 2020, cuando Francia estaba confinada al cien por ciento, hubo un debate sobre si las librerías deberían considerarse comercios vitales y esenciales o sólo de segunda importancia. Como el gobierno francés había previsto un plan de ayuda muy generoso para los comercios, el sindicato de libreros cometió un error muy grave: pidió a los libreros cerrar y solicitar la ayuda financiera al gobierno.

Pero cierto número de libreros valientes resistieron; podríamos mencionar sus nombres. Esos libreros decidieron no obedecer y permanecer abiertos, pues consideraban que si los lectores les pedían libros, debían proporcionárselos. Yo intervine directamente en el debate público y expliqué que, en tiempos de crisis, el pan del espíritu es tan importante como el pan del panadero, y aún sostengo lo dicho. No se trata de exagerar ni de regodearse con las palabras; se trata de ver de frente la realidad, sobre todo cuando el mundo entra en un periodo tan complicado y trágico.

Contrario a las previsiones, el año 2020 fue excelente para las librerías francesas. Tuvieron buenos ingresos y recuperaron el tiempo del confinamiento. ¿Cuáles fueron los libros más vendidos? *La peste*, de Albert Camus,⁷ que es una metáfora de los periodos de ocupación y de sometimiento. ¿Qué hacer cuando aparece una plaga? En esta novela, Camus evoca toda la gama de posibilidades, desde el esclavismo voluntario hasta la resistencia. En mi caso, ese fue el primer libro que leí durante el confinamiento. El segundo libro, James Raven estará contento de saberlo, fue el *Diario del año de la peste*, de Daniel Defoe,⁸ y el tercero fue *El húsar en el tejado*, de Jean Giono.⁹ Luego releí las grandes obras de Franz Kafka, recordando que estamos en un mundo totalmente absurdo y que necesitaba referencias para entender lo que nos estaba pasando. Después leí los cuatro tomos de *El cementerio de los libros olvidados*, del gran autor catalán Carlos Ruis Zafón.¹⁰ Es una obra

⁷ Publicado originalmente como *La peste* (París: Gallimard, 1947). La primera edición al español apareció en México, en 1956, por la editorial Azteca.

⁸ Publicado originalmente como *A Journal of the Plague Year: Being Observations or Memorials, of the Most Remarkable Occurrences, as Well Publick as Private, Which Happened in London During the Last Great Visitation in 1665* (Londres: E. Nutt, J. Roberts, A. Dodd, J. Graves, 1722). Traducido al español junto a sus *Obras*, trad. de Carlos Pujol, Clásicos Planeta 10 (Barcelona: Planeta, 1964). Recibió una segunda traducción como obra única: *Diario del año de la peste*, trad. de Pablo de Grosschmid, Biblioteca Breve de Bolsillo 47 (Barcelona: Seix Barral, 1969). El título explica por sí mismo el contenido. Se trata de un relato ficticio, en primera persona y sumamente realista, sobre la epidemia de peste bubónica que azotó Londres en 1665, cuando Defoe tenía 5 años de edad.

⁹ *Le Hussard sur le toit* (París: Gallimard, 1951). Traducido al español como *El húsar en el tejado*, trad. de Francesc Roca, Panorama de Narrativas 335 (Barcelona: Anagrama, 1995). Novela de aventuras de un coronel de húsaros que atraviesa la región de Provenza en medio de una epidemia de cólera en 1832.

¹⁰ El ciclo de *El cementerio de los libros olvidados* es una tetralogía compuesta por las novelas *La sombra del viento*, Autores Españoles e Iberoamericanos (Barcelona: Planeta, 2001); *El juego del ángel*, Autores Españoles e Iberoamericanos (Barcelona: Planeta, 2008); *El prisionero del*

extraordinaria: 2 500 páginas sobre una familia de libreros de Barcelona, todos con aventuras policiacas dignas de novelas góticas. Es otra magnífica metáfora de los tiempos que vivimos, y que les recomiendo fervientemente.

Me gustaría terminar mi intervención justamente con esa metáfora: ¿qué es un cementerio de libros olvidados? En el fondo, es una invitación a considerar que un libro existe desde el momento en que alguien lo abre. El papel del librero es precisamente invitar a los lectores, los lectores futuros, a los clientes que entran en una librería a abrir un libro, a que den una nueva existencia al libro y al autor. La obra y el escritor existen sólo cuando un lector se interesa en ellos. En ese sentido, más allá de todas las funciones materiales que evoco en mi *Historia de los libreros y de la librería*, el librero es, antes que nada, alguien que ayuda a pensar, que ayuda a encontrar referencias en el mundo en el que vivimos. En los periodos de guerra, el librero es aquel que esconde las obras para permitir al lector seguir esperando. Pienso en la Francia entre 1940 y 1944, en un país ocupado, con libreros valientes que esconden libros para entregarlos o venderlos a sus clientes, que necesitaban no desesperarse. En otro contexto, pienso en el *samizdat*¹¹ de la Unión Soviética: valientes libreros que circulaban manuscritos. Podemos tomar ejemplos en todos los países y darnos cuenta de que los libreros no son simples comerciantes, al menos los libreros dignos de ese nombre.

Preguntas y respuestas

Es muy interesante que sea la práctica del lector la que defina al libro. Podríamos agregar también que las librerías y las bibliotecas definen al libro como proyectos de lectura y de vida. En este sentido, ¿qué elementos deben estar presentes en la definición de un libro? ¿Cómo permiten estos elementos dar cuenta de las múltiples apropiaciones de los significados textuales por parte del lector?

Pienso que la primera condición, aunque parezca evidente decirlo, es que el libro como objeto sólo puede existir si hay un texto. Eso es fundamental. Tomaré un ejemplo del Imperio romano. Cuando un general regresaba de una expedición en la que había conquistado un territorio, sabiendo que la población romana era esencialmente analfabeta, hacía grabar sus hazañas en paneles de

cielo, Autores españoles e iberoamericanos (Barcelona: Planeta, 2011); y *El laberinto de los espíritus*, Autores Españoles e Iberoamericanos (Barcelona: Planeta, 2016).

¹¹ Del ruso самиздат, “autoedición”, “autopublicación”. Eran publicaciones disidentes en el bloque comunista europeo, dominado por la Unión Soviética: libros, periódicos, grabaciones de discursos, poemas, música, etc., en soportes tan variados como hojas manuscritas, dactilográficas, cajas de cerillos o chocolates, radiografías, etcétera.

madera, para que todo el mundo estuviera al corriente. Para mí, esos paneles equivalen a los libros utilizados en las escuelas primarias de hoy.

Esto quiere decir que la segunda condición para que un libro exista es que el lector, ya sea el que ve los dibujos o el que lee los textos, considere que las ilustraciones o el texto que tiene frente a los ojos son un libro. Es él quien decide, en el acto de la lectura, que ese objeto es un libro.

El profesor Raven quiere hacer un comentario.

James Raven: Gracias, Jean-Yves, por tu extraordinaria intervención. Lo que me interesó es la relación entre la definición de librero y la de libro. Pienso que es distinta a la definición basada en la lectura. Lo más interesante es la definición de librero, que se relaciona con un nuevo reconocimiento y una nueva confirmación de lo que es un libro. Hace una semana, durante mi conferencia, fui provocador con mi definición de libro: mi preocupación central es la comunicación, la creación y difusión de significados provenientes de una forma gráfica, legible, portátil, y capaces de ser reproducidos y posiblemente preservados.

Pero aquí Jean-Yves Mollier presenta algo mucho más concreto: la aceptación popular y el reconocimiento de que en la definición de libro influye su aceptación común y su comercialización. La definición del libro y quizá también la del librero tienen que ver con su forma más reconocida y aceptada. Eso es algo en lo que no suele pensarse. Muchas gracias por esta definición, basada en la lectura; para mí es muy novedosa e interesante.

Jean-Yves Mollier: Estoy completamente de acuerdo y hago más las observaciones de James. Muchas gracias.

¿Qué sucede con la historia del libro en la parte norte de Europa, en países como Noruega, Suecia y Finlandia?

En lo que respecta a Europa del norte es más claro. En esa región dominó el modelo alemán. En mi estudio, por supuesto que hablo de Alemania, Noruega y Suecia, pero también de Europa del este. Los países de Europa del norte tenían gran avance en lo referente a la escolarización, como en Prusia, porque son países en los que el Estado juega un papel central en la alfabetización. Naturalmente, el comercio del libro estaba muy desarrollado. En lo general, los grandes libreros alemanes se instalan y dominan el mercado en Noruega y Suecia, y al mismo tiempo venden las imprentas y los libros. En ese sentido, Europa del norte no plantea un reto intelectual.

En este punto me gustaría agregar que, durante un coloquio organizado en Sherbrooke, Quebec, en el 2000, mi colega Jacques Michon y yo, así como otros investigadores ahí reunidos, subrayamos la existencia de tres grandes modelos de librería desarrollados en el mundo a partir del siglo XVIII:¹² el modelo británico, presente en todo el Imperio británico; el modelo alemán, presente en Europa del norte y una parte de Europa del este, que desciende hasta Turquía; y el modelo francés en Europa occidental y el Nuevo Mundo, es decir, México, Colombia, Brasil y Argentina. Estos tres grandes modelos, obviamente con matices, permitieron al libro extenderse por el mundo durante los siglos XIX y XX, antes de que cada Estado adoptara su propia industria y sus propias estructuras editoriales. Tengo que decir que, en las actas de ese coloquio, el texto de James Raven se ocupa del modelo británico.

¿Se puede considerar como libreros a los religiosos que prestaban sus libros a sus feligreses?

Por supuesto que sí. En mi libro hablo tanto de los libros religiosos como de los libros políticos y de otros más. En efecto, los religiosos fueron intermediarios fundamentales, no sólo en América Latina sino también en Europa. Los religiosos, por supuesto, prestan sus libros y lo hacen con un afán educativo, misionero y espiritual.

¿Nos podría hablar un poco de los criterios en las bibliotecas antiguas para conservar y seleccionar los libros?

Como ustedes saben, nuestros conocimientos sobre las bibliotecas antiguas son limitados. Para el caso de Sumeria, sabemos que las tablillas cuneiformes se almacenaban en algunos comercios, pero no contamos con ninguna descripción de un librero en su trabajo. Quizá no hemos encontrado las tablillas con esa información y tal vez un día las encontremos, no lo sé. Pero, de cualquier modo, hay que admitir que para el caso de Sumeria sólo sabemos que hubo hombres que escribieron libros bajo la forma de tablillas y que esos libros circularon, pero no sabemos mucho más.

Del antiguo Egipto contamos con cierto número de documentos sobre la actividad de artesanos y de comerciantes que eran libreros. Sobre Grecia y

¹² Jacques Michon y Jean-Yves Mollier, editores, *Les mutations du livre et de l'édition dans le monde du XVIII^e siècle à l'an 2000. Actes du colloque international, Sherbrooke, 2000* (París; Saint-Nicolas, Quebec: L'Harmattan / Presses de l'Université Laval, 2001).

Roma también tenemos algunos conocimientos. Pero, en general, sabemos pocas cosas, por la simple razón de que la mayoría de los textos publicados en Grecia y Roma se perdieron. Si tomamos como ejemplo a Tito Livio, sólo nos queda 20% de su obra. Por tanto, nos faltan muchos elementos. Es posible reconstruir la conservación de libros en el mundo antiguo, pero sólo en parte. También di el ejemplo de otros espacios geográficos, como la India o Indonesia; conocemos los *olas*, los libros hechos de hojas de palma, pero no sabemos exactamente cómo eran comercializados, ni su precio ni dónde comprarlos. No sabemos nada de eso.

¿Cree que ante los nuevos desarrollos tecnológicos, los libreros se conviertan en libreros virtuales?

Es una cuestión de la que me ocupo al final de mi libro. Pienso que debemos evitar el considerar que una innovación tecnológica que estemos viviendo necesariamente tenga un gran futuro. Me explico: las tecnologías se desarrollan y se reemplazan mutuamente muy rápido. Dicho de otro modo, un objeto nuevo reemplaza a otro. En consecuencia, todavía no sabemos si el archivo digital tal como lo conocemos tendrá un gran futuro o si será reemplazado a mediano o corto plazo. Nada nos permite decir que no será sustituido por otra forma tecnológica que aún ignoramos.

Si admitimos que el archivo digital continuará desarrollándose durante algunas décadas, ¿cuál será el trabajo del librero? Probablemente tendrá que trabajar al mismo tiempo con el libro tradicional y con el archivo digital. Tendrá que adaptarse, si no quiere arriesgarse a perder la clientela. Ciertos libreros ya lo han hecho y se asocian para competir con Amazon y compartir sitios de Internet en los cuales pueden encontrarse cientos y a veces millones de libros. Podemos incluso imaginar que los libreros negocien con los editores la posibilidad de comercializar los archivos digitales y, en ese caso, el cliente podría ir al local para descargar un libro electrónico en una USB o en su computadora. Todo puede suceder.

Lo importante es que, ya sea con libros de papel o con libros digitales, el librero siga intentando mostrar a los clientes que es indispensable, que agrega algo, que ofrece un servicio complementario, de consejo, actividades, intermediación. Si es capaz de ofrecer ese servicio, entonces podrá adaptarse. En caso contrario, desaparecerá.

Desde este punto de vista, me gustaría recordar la gran diferencia entre

una biblioteca física y una biblioteca digital como Gallica, Europeana u otras. Cuando visito la British Library, la Biblioteca Nacional de México o la Biblioteca Nacional de Francia, voy para consultar libros que ya tengo en mi lista. Pero cuando me paseo por los estantes, otros libros atraen mi mirada. Libros que no figuraban en mi bibliografía, que no me llamaban la atención. Y, sin embargo, me detengo, los tomo, los abro, los miro y, en algunos casos, los leo. Eso nunca será posible con una biblioteca digital.

Lo mismo ocurre con las librerías. Generalmente, cuando entro en una librería es porque voy a comprar tal o cual libro del que había escuchado hablar o que no se encontraba en mi bibliografía. Pero también aprovecho que estoy ahí, en ese lugar físico, para pasear, ver, abrir los libros, tocarlos, incluso olerlos; para tener un contacto físico con ellos... Cuando los abro, son como seres vivos. Es ahí cuando pienso que ni el mejor catálogo digital podrá sustituir ese contacto. Entonces, si continúan esforzándose para lograr esta intermediación, quiere decir que las librerías no están listas para desaparecer.

Muchísimas gracias por sus palabras y por responder a nuestras preguntas. Le recordamos que la Biblioteca Nacional de México es su casa, así sea de manera virtual, y lo esperamos muy pronto en Ciudad de México.

Muchas gracias a ustedes. Nunca olvido la Biblioteca Nacional de México y suelo consultar la maravillosa Hemeroteca Digital que han constituido. Gracias a todos ustedes y a los amigos con los que me reencontré. Sigamos manteniendo viva esta comunidad bibliográfica. Si sabemos cuidarla, podremos transmitirla a las generaciones jóvenes como un mensaje que no desaparecerá jamás.

Escribir sobre la crisis del tiempo en tiempos de crisis. Presentación del libro *Chronos. L'Occident aux prises avec le temps*

François Hartog

ÉCOLE DES HAUTES ÉTUDES EN SCIENCES SOCIALES

François Hartog es director de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) de París, Francia. Alumno de Jean-Pierre Vernant, su obra se interesa por la Antigüedad clásica, la historiografía y la relación con el tiempo. Pero, sobre todo, su reflexión en torno al concepto de “régimen de historicidad” ha permitido una exploración profunda de las relaciones de la sociedad con su presente, pasado y futuro. Por las categorías que analiza, el último libro del profesor Hartog es particularmente revelador, debido a la perspectiva histórica que ofrece sobre nuestra crisis actual.

Muchas gracias por la invitación, estoy muy contento de estar con ustedes. Diré algunas palabras acerca del libro *Chronos. L'Occident aux prises avec le temps*,¹ para colocarlo en la perspectiva en la que nos encontramos desde hace un año, es decir, la de la epidemia. Este libro ya estaba escrito y terminado antes de la epidemia, y su publicación se retrasó hasta octubre de 2020. Durante mi trabajo de escritura no viví directamente la epidemia, pero todo lo que acompaña a su publicación y recepción ya estuvo marcado por ella, lo que me llevó a considerar el hecho de que la pandemia ya ponía en tela de juicio este libro y las reflexiones que contiene sobre el tiempo.

Este libro continúa el trabajo ya hecho en *Regímenes de historicidad*.²

¹ Al momento de esta conferencia, el libro todavía no estaba traducido al español. Fue traducido el año siguiente: *Cronos. Cómo Occidente ha pensado el tiempo, desde el primer cristianismo hasta hoy*, trad. de Norma Durán (México: Siglo XXI Editores, 2022).

² *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps* (París: Le Seuil, 2003). Hay traducción

Consiste en comprender mejor la cuestión, que me interesa desde hace más de 20 años, sobre nuestras relaciones con el tiempo, cómo nuestras experiencias del tiempo han cambiado a lo largo de este periodo. Era crucial confrontar las conclusiones a las que había llegado con la situación completamente nueva y creada bruscamente por la llegada de la epidemia y su relación con el tiempo.

En *Regímenes de historicidad* había propuesto un diagnóstico, primero de la relación de la sociedad occidental y luego, más ampliamente, de la sociedad en general con el tiempo. Dicha relación estaría marcada por el predominio de la categoría del presente. Entramos en lo que llamé “presentismo”, es decir, las sociedades en las que el presente se convirtió o se estaba convirtiendo en la única categoría de relación con el tiempo, como si el presente hiciera desaparecer el pasado e hiciera desaparecer también el futuro. Por ello, el libro lleva como subtítulo *Presentismo y experiencias del tiempo*.

Para intentar comprender mejor nuestra relación contemporánea con el tiempo me pareció que era necesario hacer un recorrido largo. Ya había sido el caso en *Regímenes de historicidad*, en donde partí de Homero. En esta ocasión, para entender lo que había sido la construcción progresiva de lo que podemos llamar “el tiempo de Occidente”, decidí comenzar la reflexión en los primeros tiempos del cristianismo.

Tres conceptos que vienen del griego pueden guiar el análisis de los primeros textos del cristianismo. Estos tres conceptos fueron primero retomados en Alejandría por los traductores al griego de la *Biblia de los Setenta* y después por los primeros cristianos. Se trata de *chronos*, es decir, el tiempo ordinario, el tiempo que pasa, el de las estaciones del año, las revoluciones de los astros, etc.; *kairos*, que representa el momento decisivo, la ocasión por aprovechar, y *krisis*, que dio origen a la palabra “crisis” en nuestras lenguas y que en griego significa “juicio”, es decir, lo que viene a dividir y marcar un antes y un después. En particular, *krisis* fue utilizado por los médicos hipocráticos, pues el médico es el que determina el día crítico de las enfermedades. Gracias a la interacción entre estos tres conceptos podemos entender la construcción y elaboración de lo que he llamado el “régimen cristiano de historicidad”, porque pienso que hay una manera particular y nueva, inédita, opuesta e

al español como *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, trad. de Norma Durán y Pablo Avilés Flores (México: Universidad Iberoamericana, 2007).

impuesta por los cristianos para vivir, organizar y construir el tiempo. Para decirlo esquemáticamente, los primeros cristianos delimitaron *chronos* con los otros dos conceptos, *kairos* y *krisis*. *Chronos* se encuentra, de cierta manera, encerrado y prisionero entre estos dos límites, y reducido a poca cosa.

Esto me llevó a definir el régimen cristiano de historicidad como un régimen presentista pero apocalíptico, puesto que el tiempo *chronos* está limitado por un lado por *kairos* y por el otro por *krisis*. *Kairos* se convirtió entre los cristianos en el pivote del tiempo, es decir, el momento de la Encarnación. *Kairos*, con κ mayúscula, representa la Encarnación, la entrada a un momento radicalmente nuevo. *Krisis* se convirtió en el final del tiempo, con el juicio final y precedido por el apocalipsis; este último es una figura retomada de los apocalipsis judíos. Así, todo el tiempo se encuentra aprisionado entre ambos límites, es decir, no hay más que presente.

Se pueden entrever algunas cuestiones: si este régimen cristiano de historicidad es, como intento demostrar, un presentismo apocalíptico, ¿cómo puede ayudarnos a comprender mejor ese presentismo contemporáneo que intenté describir y aprehender en mis libros anteriores? No podemos decir que pasamos directamente del presentismo cristiano al presentismo de hoy en día. Para plantear la pregunta de otra manera: ¿cuál es la diferencia entre el presentismo actual y el cristiano? Ésta es una pregunta que acompaña toda la reflexión del libro.

Éste es el punto de partida del libro. No es el objeto de nuestra conversación esta tarde reconstituir todo el recorrido que hago en él. Simplemente quiero indicar las grandes etapas: la Iglesia impuso ese régimen cristiano, sobre todo a partir del momento en que el cristianismo se convirtió en religión de Estado. Esa imposición se hizo, en particular, gracias a un trabajo muy importante, que tomó siglos, de elaboración de un calendario fundamentalmente litúrgico. Es una manera de dar sentido a *chronos*, marcándolo con las intervenciones de *kairos* y *krisis*, que son el ritmo del ciclo litúrgico anual.

Podríamos resumir lo que viene después diciendo que *chronos* se encontraba, como ya lo vimos, encerrado y subyugado entre *kairos* y *krisis*. Pero, poco a poco, podemos imaginar lo que se produjo como un escape de *chronos*: adquirió cierta autonomía, se liberó de la tutela de *kairos* y *krisis*. Y esta historia, que durará hasta el siglo XVIII, desde luego es progresiva y pasa por una serie de etapas que no deseo detallar en este momento.

Esta toma de poder progresiva de *chronos* corresponde a lo que llamamos

el surgimiento del tiempo moderno: ese tiempo sobre el cual Reinhart Koselleck trabajó y llamó particularmente nuestra atención.³ El surgimiento de ese tiempo moderno en Europa en el siglo XVII y finales del XVIII tomó la forma de dos momentos que tienen que ver directamente con nuestro punto de partida, con *kairos* y *krisis* como límites, y con la situación contemporánea.

Podemos citar dos nombres emblemáticos: por una parte, Buffon⁴ hizo desaparecer los límites del tiempo en dirección del pasado gracias a sus estudios sobre la edad de la Tierra. Hasta entonces, la cronología se limitaba a los seis mil años de la cronología bíblica y todos los cálculos sobre las fechas del pasado debían ajustarse a esa temporalidad, lo cual resultaba cada vez más complicado. Al probar que la Tierra se había enfriado mucho tiempo antes, Buffon demostró que el límite de seis mil años no podía mantenerse y, en consecuencia, hizo añicos uno de los límites de lo que era hasta entonces el cuadro temporal del universo cristiano.

El otro nombre que podemos evocar es el de Condorcet.⁵ Durante la Revolución francesa, en su *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, de 1794,⁶ hizo desaparecer el otro límite en dirección al futuro al enunciar la ley que establece que no hay límites en el progreso de la inteligencia humana. Condorcet habló del progreso indefinido de la inteligencia del hombre y, en consecuencia, con esas dos intervenciones, aunque hubo otras, vemos caer el marco que encerraba a *chronos* en esa cronología bíblica y cómo los límites que existían hasta entonces, aunque puestos en duda, ya no podían mantenerse. En ese momento tuvo lugar la liberación completa de *chronos*. Comenzó entonces el momento del imperio y triunfo de *chronos*, ese tiempo moderno marcado por el progreso y la aceleración, donde se desarrollan plenamente las tecnologías industriales europeas y del

³ Son varios los trabajos de este autor que pueden consultarse al respecto: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. de Norberto Smilg, Básica 61 (Barcelona: Paidós, 1993); *Aceleración, prognosis y secularización*, trad. de Faustino Oncina Coves, Ensayo 633 (Valencia: Pre-Textos, 2003); *historia/Historia*, trad. de Antonio Gómez Ramos, Mínima Trotta, Histórica / Poética (Madrid: Trotta, 2004); *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, ed. Julio A. Pardos, trad. de Rafael de la Vega y Jorge Pérez de Tudela, Estructuras y Procesos (Madrid: Trotta, 2007).

⁴ Georges-Louis Leclerc de Buffon (1707-1788), biólogo, matemático y escritor francés.

⁵ Jean-Antoine-Nicolas de Caritat, marqués de Condorcet (1743-1794), escritor, filósofo y político francés.

⁶ *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain. Ouvrage posthume* (París: chez Agasse, 1794).

mundo occidental.

Lo que es interesante de notar, lo que propongo en el libro, es que *chronos* se volvió todopoderoso y, sin embargo, *kairos* y *krisis* no desaparecieron. De cierta manera, *kairos* y *krisis* fueron retomados, “reciclados” diríamos hoy, y puestos al servicio de *chronos* de varias maneras. Sólo por poner un ejemplo, *kairos* sirvió para pensar la revolución y particularmente la Revolución francesa: ¿la revolución concierne al *kairos*? ¿Es un *Kairos* así, con mayúscula? La revolución también fue percibida como *krisis* y como una forma de juicio final, incluso como apocalipsis. Podemos notar que a lo largo de los siglos XIX y XX *kairos* y *krisis* no se eliminaron sino que, más bien, se reciclaron.

Durante la Primera Guerra Mundial, la figura del apocalipsis fue movilizada varias veces por todos los contendientes para explicar lo que estaba pasando. A diferencia de los apocalipsis judío y cristiano, esta referencia a la figura del apocalipsis era únicamente negativa. En principio, el “verdadero” apocalipsis, si se me permite llamarlo así, es el final de algo y el comienzo de otra cosa distinta: un nuevo cielo y una nueva Tierra. Por su parte, la referencia del apocalipsis durante el siglo XIX y XX sólo es negativa, es el final, después no hay un nuevo inicio. Actualmente, el apocalipsis se evoca con frecuencia de manera negativa como el fin del mundo en los medios de comunicación, en diferentes publicaciones y en algunos movimientos. Esta evocación actual del apocalipsis, a veces muy elaborada y otras no, es el signo y síntoma de algo que nos invita a preguntarnos sobre el tiempo en el que nos encontramos.

Por muchas razones, en la segunda mitad del siglo XX se cuestionó eso que llamé “el Imperio de *Chronos*”, en particular por lo que sucedió durante la Segunda Guerra Mundial y el exterminio de los judíos. *Chronos* perdió su esplendor y seguridad. Eso va a causar lo que intenté diagnosticar en *Regímenes de historicidad* y llamé el ascenso del presentismo, lo que traduce justamente el momento en el cual *Chronos* es destituido.

Desde hace 15 años ha tenido lugar una nueva configuración que cuestiona el presentismo pero, a la vez, también lo confirma: es el ascenso del Antropoceno a través de su manifestación más conocida ahora, que es el calentamiento global. El Antropoceno es el reconocimiento de la especie humana como fuerza geológica, e impacta de frente la burbuja presentista en la que nuestra sociedad se encontraba. ¿Por qué? Porque el Antropoceno hace surgir temporalidades inmensas, futuros y pasados que constan de

millones de años, si no es que de miles de millones de años. Por tanto, encontramos una desorientación que trastorna nuestra experiencia del tiempo. Eso en cuanto al cuestionamiento del presentismo. Pero, como dije, también lo confirma. Lo vemos en las manifestaciones de la crisis del covid, en el gran desarrollo y en la revolución de la información, en la instantaneidad de Internet. Instantaneidad de la información, de los intercambios —como prueba, este diálogo entre nosotros, en diferentes países—, de las transacciones e incluso de la expansión sumamente rápida de la inteligencia artificial. Esos son factores que refuerzan el presentismo.

El Antropoceno lleva consigo temporalidades inconmensurables e imposibles de representar, al contrario de aquellas con las que estamos acostumbrados a vivir y trabajar. Pero hay más: esta perspectiva de la catástrofe climática reintroduce la idea o la posibilidad de un tiempo que tiene un final. No el tiempo de la Tierra, pues la Tierra seguirá existiendo así tenga lugar la sexta gran extinción o la especie humana desaparezca; pero esta amenaza climática y sobre la biodiversidad o esta amenaza de la pandemia hace resurgir lo que había desaparecido desde el siglo XVIII, es decir, la posibilidad de un final de los tiempos. A partir del momento en el que surge la posibilidad de un final, se reintroduce otro límite que plantea la pregunta: “¿habremos entrado en el tiempo del fin?”

Para terminar con el tiempo cristiano, la encarnación del *kairos* inicial que hace surgir un tiempo nuevo, también hace entrar al mundo en el tiempo del fin. Es lo que Agustín de Hipona llamaba el inicio de la vejez del mundo. Ese tiempo del fin duraría hasta el verdadero final, es decir, el juicio final y el apocalipsis. Por supuesto, nadie sabe cuándo llegará ese final. La Iglesia siempre ha dicho que es decisión de Dios únicamente, nadie puede decidir y ni siquiera especular sobre ese fin de los tiempos. Eso no impide que los apocalípticos calculen la fecha del fin y que la Iglesia, en general, los haya condenado.

En la actualidad todavía hay personas que calculan la fecha del final y que anuncian el colapso para 2035, 2045, etc. A su manera, son apocalípticos. Esto indica que a partir del momento en el que se tiene una perspectiva del posible final, se entra en la especulación sobre el inicio del fin. Mi objetivo no es decir que encontraremos de nuevo la configuración del régimen cristiano de historicidad, pero el examen de ese régimen permite aclarar algo de la situación en la que nos encontramos hoy en relación con el tiempo. En

este redescubrimiento, que el tiempo moderno había hecho desaparecer, se encuentran de nuevo los límites posibles, con las consecuencias propias a las modalidades de la experiencia del tiempo.

Preguntas y respuestas

Muchas gracias por este amplio resumen de su libro *Chronos. L'Occident aux prises avec le temps*. ¿En este tiempo de crisis cambió algo en el trabajo con el editor?

El libro ya estaba terminado antes de la pandemia. Como lo dije al principio, ni su elaboración ni su fase final atravesaron la crisis. Por el contrario, ya que la publicación del libro se retrasó durante algún tiempo —no sabíamos con seguridad para cuándo, no había fecha, todo estaba cerrado: editoriales, librerías, bibliotecas—, lo que hice fue agregar algunas páginas al final, un *post scriptum*, para aprovechar la oportunidad que me dio el editor. De todas maneras, no tenía ni la capacidad ni la voluntad de organizar todo un desarrollo sobre el tema. Pero me parecía que no era posible publicar un libro que habla sobre las transformaciones de la relación con el tiempo, de las crisis del tiempo hasta nuestros días, sin mencionar la crisis que hace un año ya era considerable, aunque no supiéramos hasta qué punto lo iba a ser.

La primera pregunta que me planteé fue si esta pandemia invalidaría la reflexión llevada a cabo en el libro, así como las conclusiones a las que había llegado, lo que evidentemente hubiera sido lamentable. Pero me pareció que no. Si volvemos a los tres conceptos, me pareció, y todavía me parece, que podemos también analizar esta crisis, que no es propiamente una crisis del tiempo, jugando con los tres conceptos de *chronos*, *kairos* y *krisis*, y que no resulta artificial decir que podemos explicar todo con ellos, sino que permite entender efectivamente algo de la estructura temporal de la crisis misma.

Y a partir de ese momento, me vi en la necesidad de escribir algunos artículos sobre el tema del covid y el tiempo, para procurar desarrollar un poco más esta forma de abordarlo. Uno se titula “Trouble dans le présentisme: le temps du Covid-19”⁷ y otro “Le Covid et le temps: ‘Who is in the driver’s

⁷ Consultable en: <https://aoc.media/analyse/2020/03/31/trouble-dans-le-presentisme-le-temps-du-covid-19>.

seat?”⁸, que retoma una frase atribuida al economista Keynes: ¿quién está al volante? Es una frase que pronuncia en 1946, a propósito de los economistas para criticarlos, ya que no deberían ser ellos los que conduzcan la economía, sino que deberían estar en el asiento del pasajero. Y la pregunta hoy es: ¿quién está al volante? ¿Los políticos o el virus?

A propósito de la aceleración del tiempo que mencionó rápidamente, la pandemia provocó que el tiempo se detuviera, pero sólo para algunos. Para otras personas, sobre todo aquellas cuyas circunstancias personales los obligan a seguir trabajando, esto no fue así. ¿Hay diferentes percepciones que son, sin embargo, contemporáneas?

La crisis de la pandemia provocó trastornos en nuestra experiencia del tiempo. En Francia y en otros países, durante la primavera de 2020, que fue el inicio de la cuarentena, ésta se tradujo primero en una suspensión generalizada del tiempo. Parecía que, de golpe, el tiempo no transcurría más. El tiempo de la cuarentena es una especie de tiempo presente permanente. Y, sin embargo, los días pasan. Pero el presente permanece.

Pero ese tiempo de la cuarentena no es el mismo para todos. Hay muchas personas obligadas a seguir trabajando fuera de casa y que de alguna manera permanecieron en el tiempo *chronos*, el tiempo del trabajo, el tiempo de los trayectos, del transporte público, etc. Pero regresaban a su casa para encontrar el tiempo de la cuarentena. Esas personas vivieron, o viven todavía, entre dos tiempos: el tiempo *chronos* y ese tiempo suspendido que carece de coordenadas, lo que ocasiona mucho sufrimiento. Con esta crisis, pienso que fuimos testigos del sufrimiento causado por el tiempo. El tiempo en sí mismo puede ser fuente de sufrimiento. No me refiero a sufrimiento por determinadas actividades, sino que el tiempo en sí mismo es sufrimiento.

Sobre la aceleración, podemos entenderla a través de otro término: la urgencia. Pudimos ver hasta qué punto tuvo lugar este binomio: urgencia-aceleración. En realidad ni siquiera se trata de un binomio, pues podemos hablar de urgencia-aceleración-retraso en relación con la pandemia. Todo se volvió urgente: usar tapabocas, vacunarse... Por tanto, todo se aceleró. Pero siempre estábamos retrasados. La urgencia es, justamente, esta especie de histeria del presente. Mientras más rápido vamos, más nos retrasamos. Y

⁸ Consultable en: <https://aoc.media/analyse/2021/01/26/le-covid-et-le-temps-who-is-in-the-drivers-seat>.

es particularmente perceptible y doloroso con el virus y sus mutaciones. Queremos alcanzar el virus y creemos que tenemos una solución, pero al día siguiente nos damos cuenta de que no es así, porque hay nuevas mutaciones. Estamos atrapados en ese juego permanente de urgencia-aceleración-retraso: cuanto más aceleramos, más nos retrasamos y más urgencia tenemos.

¿Qué opina de la relación entre la idea de progreso y el tiempo presente de la pandemia?

Desde hace un tiempo, la idea de progreso ha sido fuertemente cuestionada. El concepto de progreso, como lo mencioné antes, está ligado al tiempo moderno. Es decir, ese tiempo que privilegia la categoría del futuro: vamos hacia el futuro lo más rápido posible, gracias al progreso. Es, repito, el credo de Europa y del mundo occidental hasta finales del siglo XX.

Sin embargo, este concepto de progreso ya se había cuestionado en diferentes momentos, en particular tras momentos de crisis. Se vio un momento de crisis tras la guerra de 1914, pero la idea se retomó, a pesar de todo. No hay una verdadera crisis de la idea de progreso tras la Segunda Guerra Mundial porque entramos en la confrontación de la Guerra Fría entre este y oeste que fue, en gran medida, una carrera hacia el progreso.

Pero vemos que se profundizó una fisura entre el progreso técnico, el progreso tecnológico y el “Progreso de la humanidad”, con mayúscula. Después de la Segunda Guerra Mundial se volvió imposible creer en el progreso de la humanidad. Por el contrario, lo que se manifestaría de manera más precipitada, rápida y acelerada sería el progreso técnico y tecnológico. El mundo, a finales del siglo XX y principios del XXI, quedó atrapado en esta perspectiva. Por un lado, el progreso técnico y tecnológico sumamente rápido, y por el otro, una crítica y dudas sobre la posibilidad de un progreso de la humanidad.

Lo que vemos actualmente con el covid es, por una parte, progresos técnicos, tecnológicos y científicos extraordinarios; la capacidad y la posibilidad de fabricar vacunas eficaces en menos de un año y, por otra parte, una situación que no podemos calificar realmente con el término “progreso”, ya que es indudable que estas pandemias son causadas por los daños infligidos por nuestra civilización a nuestro planeta. Entonces, tenemos la combinación de una perspectiva de progresos científicos y tecnológicos y al mismo tiempo algo que corresponde a la destrucción, el empobrecimiento de la biodiversidad y, con ello, de las posibilidades de un planeta habitable.

Muchas gracias por sus palabras y esperamos impacientes una traducción al español de su libro.

Gracias a ustedes.

DIALOGAR DURANTE LA PANDEMIA

Tiempo para (re)leer

Pedro Guibovich

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Nadie se ha interesado tanto en la historia de las relaciones entre el impreso y la Inquisición en Perú como el profesor Pedro Guibovich. Es una relación compleja y fascinante, que ha dado lugar a algunos de los estudios más interesantes. Pedro Guibovich es, sin duda alguna, uno de los autores de referencia en América Latina en torno a la historia de la lectura.

Sea muy bienvenido a la Biblioteca Nacional de México. Quisiéramos iniciar esta plática preguntándole cómo ha afectado la pandemia su labor como académico.

En primer lugar, muchas gracias a Manuel Suárez y a Pablo Avilés por invitarme a participar en este conversatorio organizado por la Biblioteca Nacional de México, una institución que me resulta particularmente cercana, porque he estado varias veces allí y he tenido la oportunidad de ofrecer una charla y consultar algunos impresos. Además, tengo excelentes amigos. En cuanto a la pregunta, es una de total actualidad: ¿De qué manera ha afectado la pandemia mi labor como académico? Desde el mes de marzo del año 2020, el acceso a las bibliotecas y los archivos se ha limitado considerablemente. En Lima se cerraron las bibliotecas y los archivos, y desde mediados del año pasado se ha restablecido el servicio, aunque muy restringido, en el Archivo General de la Nación y en la Biblioteca Nacional.

A pesar de estas limitaciones y de la actual crisis sanitaria, que a todos nos afecta, yo veo un lado positivo: me ha permitido tener mayor tiempo para leer. De alguna manera me siento como en mis épocas de estudiante, con muchas horas para poder leer o releer cosas que tenía guardadas. Antes de la pandemia dedicaba muchas horas para trasladarme de mi casa a la Universidad

y viceversa, ahora ese tiempo lo paso en casa y lo empleo en la lectura. Pero así como tengo más tiempo para leer, y sería largo enumerar las obras tan diversas que he leído, también la actual crisis sanitaria y este confinamiento parcial en nuestras casas me han llevado a buscar más fuentes de información, descubrir las enormes posibilidades que hay para identificar y localizar fuentes bibliográficas y manuscritas en Internet. Realmente descubro cada día algo nuevo. Procuero compartir estos hallazgos bibliográficos y documentales con mis colegas, y ellos hacen lo propio conmigo. De manera tal que, sin proponérselo, hemos creado una suerte de, llamémoslo así, red informal de comunicación para el suministro de la información. De modo que si alguien está pendiente de un tema que estoy trabajando, me alcanza información, y yo hago lo mismo. Cuando empezó el confinamiento el año pasado, me sentí un poco agobiado, pero luego descubrí que poco a poco uno construye una rutina y que la práctica de la lectura sobre papel y en pantalla ha enriquecido enormemente mi trabajo y mis reflexiones.

Además de la posibilidad de identificar fuentes en cantidades enormes, ¿cuáles han sido otros de sus hábitos que han cambiado respecto a la lectura en papel?

Creo que cada vez leo más en pantalla, con los riesgos que eso trae, como el cansancio visual. Procuero leer textos no muy extensos o, cuando me encuentro con uno extenso, lo leo por partes —apago la pantalla, para luego de un rato retomar su lectura—; pero, sin duda, también he descubierto que puedo avanzar mucho teniendo el texto en la pantalla, al ir escribiendo y consultando el texto. Y me ha sucedido alguna vez que tengo el texto impreso, pero por comodidad lo leo en la pantalla y empiezo a trabajar a partir de él. ¿Cuánto tiempo durará este entusiasmo por leer en la pantalla? No lo sé. Mas las actuales circunstancias nos han condicionado y han modificado nuestros hábitos de lectura, por lo menos en mi caso.

Quizá usted esté de acuerdo en que Internet se presta para la lectura fragmentaria: consultar enciclopedias o diccionarios virtuales es sencillo y, como usted dice, una lectura extensa es complicada. En países como los nuestros, el acceso a Internet de nuestros alumnos es muchas veces limitado. ¿Qué nos puede contar de la situación del acceso a Internet en Perú para alumnos de grado y estudios más avanzados?

En el caso de la Pontificia Universidad Católica del Perú, el vicerrectorado académico tomó una decisión muy temprana: suministrar Internet a

los alumnos de escasos recursos económicos. Entonces, se repartieron módems con una cuota a cada alumno. Tengo entendido que fueron 4 mil módems. La población de la Universidad es de poco más de 16 mil alumnos, pero hay quienes, por su situación económica, no pueden acceder a Internet o enfrentan problemas de conexión. La Universidad suministró estos módems a los estudiantes, a fin de facilitar su acceso a las actividades académicas. Contrariamente a los temores que existían tanto en la Universidad Católica como en otras universidades, acerca de una reducción en la matrícula en el contexto de la pandemia, hubo una recuperación notable de los alumnos matriculados en el segundo semestre del 2020. Esto es muestra de que los alumnos siguen las clases con interés a través de Internet. No cabe duda de que la tecnología nos ha cambiado la vida, los hábitos de lectura, la forma de dar clases, la preparación de los materiales, la manera de interactuar con los alumnos. Espero poder volver al campus en septiembre. Añoro el campus, porque considero que la interacción o el contacto personal es fundamental con los estudiantes y colegas.

¿Espera usted que algunos de estos cambios se vuelvan permanentes?

Buena pregunta. Sí, hay quienes piensan que algunos cursos se podrían dar en una modalidad mixta: en parte presencial y en parte a distancia, pero, en fin, veremos más adelante, porque todos son proyectos, son ideas, y ahora estamos en una fase más de ensayo.

¿Qué tema está trabajando actualmente y cómo ha solucionado los problemas que ha traído la pandemia para avanzar?

Voy a dar una primicia, porque no lo había comentado antes, pero en la actualidad termino un nuevo libro que tiene un título bastante sugerente: *Argos de la fe*. Se trata de una compilación de ensayos o, más bien, de estudios de caso sobre la censura inquisitorial de libros en el virreinato peruano. Vengo trabajando en este libro desde hace más de un año y en estos días estoy escribiendo el penúltimo capítulo, sobre la relación entre los jesuitas y la Inquisición. Los jesuitas tuvieron una participación muy importante en la cultura colonial, tanto en Nueva España como en el Perú. Fueron importantes protagonistas en la economía, la política y la sociedad. Mas cuando uno examina la documentación colonial, específicamente la inquisitorial, en el caso del Tribunal de Lima, encuentra que los jesuitas fueron muchas

veces agentes, aunque también víctimas de la censura inquisitorial, en particular de textos. Entonces, ¿por qué los jesuitas? Para nadie es desconocida su importancia en el mundo colonial.

Pero a mí algo que me llamó la atención, al volver a revisar la documentación, es el hecho de que una y otra vez aparecen mencionados en los expedientes inquisitoriales, en las cartas de los inquisidores y en las cartas acordadas. Entonces la pregunta es: ¿por qué ellos y no, por ejemplo, los franciscanos, los dominicos o los mercedarios? Ellos constituyeron las grandes órdenes regulares establecidas en el virreinato peruano. Los jesuitas desde el siglo XVI fueron calificadores, es decir, los encargados de evaluar doctrinalmente el contenido de los libros y de las proposiciones de los reos del Tribunal, pero no se libraron de ser también objeto de las críticas. Hubo una corriente de libelos manuscritos e impresos, fundamentalmente manuscritos, que circularon durante el siglo XVII y también en la primera mitad del siglo XVIII contra la Compañía de Jesús. Entre estos, quiero mencionar uno muy simpático. Se trata de una carta apócrifa atribuida a san Ignacio de Loyola. Parece ser un documento procedente de Madrid o fabricado en España que llegó a Lima y del cual se hicieron copias, al parecer, por mano de un dominico. La carta es muy interesante porque en ella san Ignacio de Loyola expresa su desengaño; vuelve del más allá al mundo de los vivos y, al enfrentarse a la realidad de sus hijos, se desilusiona.

Entonces, los jesuitas participaban como censores y también eran víctimas. Pero también en algunos casos, dada su gravitación, su importancia, cuestionaban las acciones del Consejo de la Suprema o del propio Tribunal de la Inquisición, sobre todo cuando recaía una prohibición en la obra de un escritor de la orden. Cito un ejemplo. Un jesuita escribió una carta a uno de los inquisidores para expresarle sus dudas acerca de la prohibición que había recaído en una obra jesuita. En fin, en la documentación inquisitorial los jesuitas tienen un papel realmente muy interesante, y es posible documentar su presencia desde finales del siglo XVI, en el seno de la Inquisición, hasta principios del siglo XVIII.

Otro ejemplo es la carta acordada del Consejo de la Suprema de Madrid al Tribunal de Lima, mediante la cual se prohibieron las biografías de Catalina de san Juan y de Nicolás de Ayllón, ambas de escritores jesuitas. La primera, publicada en Puebla, fue obra de Alonso Ramos y la segunda de Nicolás Sartolo. Es una carta de 1711 y los libros se habían publicado años

antes. Como era costumbre, la Inquisición de Lima publicó los respectivos edictos, pero los jesuitas no intervinieron en este caso. Resulta clave estudiar la participación de una orden tan importante como la Compañía de Jesús, porque permite entender la dinámica de la censura, los intereses que podían estar en juego o que mediaban en la misma, como también relativizar lo que se ha dicho alguna vez acerca de que los jesuitas tuvieron mucha intervención en la Inquisición. Digo que es una generalización. En verdad, hay que estudiar el proceder de cada Tribunal en relación con su coyuntura. Hubo épocas en las cuales los jesuitas, a partir de la documentación que he visto, sí tuvieron gravitación, y en otras menos. Estoy en este tema en la actualidad y debo confesar que me fascina.

¿Había una estrategia en particular de los jesuitas que le haya llamado la atención para intentar escapar a esta censura de la que también fueron víctimas?

Buena pregunta. Recuerdo en este momento el caso de un oficio de la Virgen, de mediados del siglo XVII. Se publica el edicto y ellos acuden a la Inquisición y dicen que un miembro de la Compañía de Jesús ha publicado un oficio a la Virgen, pero que en los preliminares hay una aprobación papal. Manifiestan que no saben si dicho oficio a la Virgen está prohibido y que convendría hacer la consulta a Madrid. Entonces los inquisidores escribieron a Madrid y mientras la carta iba y la respuesta regresaba (si es que el Consejo de la Suprema le prestaba atención), podían pasar meses, si no es que años, y el libro seguía circulando. A mediados del siglo XVII se produjo la célebre controversia entre los jesuitas y Bernardino de Cárdenas, obispo del Paraguay. Se desató una controversia impresionante y circularon muchísimos libelos impresos y manuscritos. Los primeros en acudir a la Inquisición para evitar ese flujo de textos fueron precisamente los jesuitas. Como decía hace un momento, sin duda su participación como censores o su uso y abuso de la institución inquisitorial, por decirlo de alguna manera, resulta un tema, desde mi punto de vista, fascinante de investigar.

¿Cómo mantuvo el ánimo alto para escribir durante el confinamiento?

En verdad, trabajar sobre la Inquisición y sobre la censura siempre es muy motivador porque permite descubrir nuevas perspectivas, por ejemplo al descubrir textos sobre la Compañía de Jesús, hallar nuevas posibilidades de análisis en las fuentes documentales y, sobre todo, estudiar el comportamien-

to o la intervención de la Compañía de Jesús en otros contextos, como el de España. Yo creo que la investigación siempre nos genera muchas expectativas, muchas preguntas; entonces, en la medida en que tenemos preguntas, a veces complejas de responder, nos alienta y estimula muchísimo a seguir trabajando. Una pregunta tan sencilla como por qué los jesuitas estuvieron en el ojo de la tormenta de los libelos y no otras órdenes religiosas exige plantearse la lectura no sólo de fuentes muy diversas, sino también del rol que tenían en el plano político y al interior de la propia Inquisición. La investigación es siempre, repito, fascinante. Me gusta investigar, y las posibilidades que se encuentran en Internet son realmente maravillosas.

Puesto que estamos hablando ya de la investigación y de las posibilidades, ¿cuáles son los temas y los enfoques que le parecen más prometedores en los próximos años en torno a la historia del libro y la edición?

Cuando me invitaron a participar en este conversatorio, una cuestión que se me planteó fue, precisamente, qué estamos leyendo durante la pandemia, por qué estamos leyendo durante la pandemia, y yo había pensado incluso en un ensayo que se titulara “lecturas de la pandemia” o “lecturas en la pandemia”, que puede ser también una acuciante aproximación. Hace un tiempo participé en un proyecto coordinado por Jonathan Rose y Mary Hammond, de la Universidad de Edimburgo, sobre experiencias de lectura. A ellos lo que les interesaba era documentar, precisamente, los sentimientos, las emociones surgidas a partir de las lecturas y cómo los lectores expresaban o ponían por escrito tales experiencias. Escribí un ensayo donde me ocupé de las experiencias de lectura en los virreinos del Perú y Nueva España —con un poco de temor, por cierto—.

Cuando uno revisa la documentación, los epistolarios o las memorias, algunos personajes expresan lo que están leyendo, en algunos casos también por qué están leyendo, pero quizá lo más fascinante es de qué manera la lectura los ha afectado. Recuerdo mucho el epistolario de un célebre ilustrado limeño, Pablo de Olavide, quien residía en Sevilla, a su corresponsal José Perfecto Salas, en Lima, quien era el asistente del virrey Manuel Amat y Junyet, a inicios de la década de 1770. Olavide era una suerte de *bookdealer* de Salas y le informaba periódicamente de los libros que circulaban en Cádiz y de las novedades bibliográficas que estaba leyendo. En una de sus cartas Olavide le dice que estaba leyendo un libro de Voltaire, quien debe poseer

una suerte de poder maléfico, porque por más que quiere dejarlo de leer no puede, aun cuando considera que está lleno de impiedades y blasfemias. Si bien a mí me interesa el periodo colonial, creo que las experiencias lectoras se pueden documentar para los siglos XIX y XX. Es grato hallar referencias acerca de las experiencias de los lectores, sus libros y sus espacios de lectura. Las experiencias de lectura constituyen, creo, un tema fascinante. Me quedé sorprendido cuando los profesores Rose y Hammond mencionaron que Inglaterra tiene una base de datos espectacular sobre, precisamente, experiencias de lectura a lo largo de varios siglos.

Otro tema que importa explorar es lo que se puede calificar como la vida social de los libros. Uno dice, bueno, el libro tiene varias finalidades: la de servir como un instrumento de estudio, de lectura, de ocio pero, en verdad, cuando uno revisa la documentación, descubre que el libro ha cumplido muchas otras funciones. El libro que fue concebido para el estudio termina siendo un objeto comercializable o también un objeto museable en una vitrina. Sobre eso estoy escribiendo en la actualidad, y me encontré con una referencia muy simpática. A principios del siglo XVIII, un oidor de la Audiencia de la Plata donó al monasterio de Santa Teresa (hoy en día Sucre) un libro manuscrito de santa Teresa, pero no para que las monjas lo leyeran, sino para que lo expusieran en la Iglesia y lo veneraran como reliquia. También es posible encontrar referencias a libros que son entregados como prendas, libros usados para pagar sepulturas, regalados como ofrendas o para borrar enemistades o rencores pasados. La presencia del libro, los usos del libro o la trayectoria de un libro se pueden estudiar a través de diversas fuentes; éste tenía unos usos que hoy en día a veces nos resultan un tanto desconcertantes. Por un lado tenemos las prácticas de la lectura, y, por otro lado, a mí me interesan en particular los usos del libro.

¿Sabe si el manuscrito de santa Teresa todavía se conserva, quizá como reliquia?

No lo sé, en verdad. Santa Teresa escribió pensando en sus monjas, nunca se le pasó por la cabeza que sus manuscritos terminarían convirtiéndose en reliquias. Y eso me lleva a otro tema que creo que no me alcanzará la vida para trabajar: la circulación de textos manuscritos. En el caso de literatura, se ha estudiado la circulación de los manuscritos en España. Están en los magníficos trabajos de Fernando Bouza y otros historiadores, pero una vez más, cuando uno revisa —y disculparán que insista tanto con la documentación

inquisitorial, pero es la que en este momento tengo muy fresca—, encuentra que los edictos prohibían libros tanto impresos como manuscritos. Uno se pregunta: ¿Por qué los manuscritos? La razón es muy sencilla: había especialistas, copistas que reproducían los libros —es algo que sí se ha estudiado bien, en el caso español—. El texto manuscrito es muy difícil de detectar. Los textos de astrología judiciaria, que circulaban de forma manuscrita, eran particularmente perseguidos; igual los libros de quiromancia, donde se instruía acerca de la manera de leer las manos.

En el Archivo General de la Nación, en Lima, hay un fondo documental de mediados del siglo XVIII, y que tengo la impresión de que perteneció a un oidor, en el que se conserva una gran cantidad de libelos. Yo no sé si tendré oportunidad de trabajarlos, pero había un torrente muy grande de textos manuscritos. También pienso, por ejemplo, en las obras dramáticas, las partituras musicales. Algunos textos impresos se copiaban, porque su número era insuficiente. La Pontificia Universidad Católica del Perú conserva un devocionario manuscrito que perteneció a una monja, compuesto de varias reproducciones pequeñas y bellamente realizadas. Se trata de un trabajo muy cuidadoso. Entonces, la producción manuscrita, las colecciones de manuscritos, las bibliotecas de manuscritos constituyen, desde mi punto de vista, un tema interesantísimo para trabajar e investigar. Sé que en México hay estudios acerca de la circulación de textos manuscritos procedentes de los expedientes inquisitoriales. En suma, para la Inquisición en México y Lima no era un secreto que de algunos textos se hacían copias con mucha facilidad, fuera de los controles inquisitoriales.

Sabemos que los jesuitas no tenían permitido tener otras distinciones fuera de su orden y que el nombramiento del padre Juan Everardo de Nithard por Mariana de Austria fue extraordinario. No obstante, como calificadores eran frecuentemente llamados en Nueva España. ¿Qué sucedía en Perú? ¿Estaban sólo del lado de los acusados? ¿Funcionaban como calificadores? Por otra parte, hablaba usted ya de la copia de la prohibición de la hagiografía de la China poblana, ¿el texto llegó a Perú? Si es así, ¿eran las copias impresas en Nueva España? ¿Sería parte de la política de circulación interna de la Compañía?

Gracias por ambas preguntas, muy interesantes, por cierto. En torno a la primera, la Inquisición se establece en Lima en enero de 1570 y uno de sus primeros calificadores fue el padre José de Acosta, autor de la *Historia natural y moral de las Indias*, y en los años siguientes algunos provinciales de

la Compañía de Jesús y rectores del Colegio Máximo de San Pablo participaron como calificadoros. Hay un predominio de jesuitas como calificadoros hasta mediados del siglo XVII, seguramente también de consultores, pero en este momento lo que recuerdo es que fueron muy activos denunciando libros, porque todo cristiano —no solamente los religiosos, sino también los laicos— debía denunciar los libros sospechosos a la Inquisición. De este modo, acudían al Tribunal porque habían encontrado tal o cual pasaje interpretado como no muy ortodoxo, y dirigían la denuncia al Tribunal de Lima. Éste, a su vez, elevaba la consulta al Consejo de la Suprema en Madrid, donde se tomaba la última decisión, porque era potestad suya prohibir libros. Ahí hay que hacer una aclaración importante. Contrariamente a lo que creen algunos, los tribunales de Nueva España, Cartagena o Lima no tenían autoridad para prohibir libros, lo que podían hacer era ordenar la confiscación de los libros. Solía suceder que, no pocas veces, la confiscación equivalía a una prohibición, porque mientras iba la consulta y regresaba la respuesta, el libro permanecía en los depósitos de la Inquisición o de los libreros, sin poder ser comercializado. En los tres casos que yo he podido documentar en los que la Inquisición de Lima prohibió de *motu proprio*, recibió reprimendas y se les recordó a los inquisidores que no tenían autoridad para prohibir.

En cuanto al libro de la biografía de Alonso Ramos sobre la China Poblana titulado *Prodigios de la omnipotencia*, no he podido documentar su presencia en Lima, pero lo que me parece relevante, y podría ser tratado a mayor profundidad, es que tanto en Nueva España como en el Perú, hubo por parte de la Compañía de Jesús proyectos para promover a los altares a una mujer, al parecer proveniente de la India, y a un indígena nacido en la región norte del virreinato del Perú. Ambos procesos, estimo, formaron parte de una política institucional que finalmente fue bloqueada por la Inquisición. La biografía de Alonso Ramos no pasó a ser incluida en el índice de libros prohibidos, en tanto que la de Nicolás de Ayllón sí. Sin embargo, creo que ambos textos deben estudiarse en relación uno con el otro. Siempre sostengo que las historias de la Inquisición peruana y novohispana tienen que ser estudiadas de manera conjunta, porque están relacionadas. Algunas veces los inquisidores de Lima hacían consultas o solicitaban información a los inquisidores de Nueva España; consta que pidieron copias de cartas acordadas, porque no les habían llegado de Madrid. Existió un flujo de información entre ambos tribunales. Se trata de historias conectadas, como

también lo fueron las historias de las dos biografías antes mencionadas.

El caso de Bernardino de Cárdenas es muy similar al de Juan de Palafox, sería interesante comparar las polémicas que protagonizaron estos dos personajes. ¿Qué posición guardaban los jesuitas ante la ciencia en América respecto a descubrimientos como los de Galileo? ¿Qué papel tenían los jesuitas en las bibliotecas del periodo?

La primera pregunta es una propuesta interesantísima; no se me había ocurrido, pero ciertamente hay un conflicto jurisdiccional. Los jesuitas eran muy influyentes en el Paraguay, como también en Nueva España, lo que los llevó a enfrentarse a prelados que eran muy conscientes de su autoridad episcopal y, en especial, de lo que eso significaba en América. Me parece valiosa la propuesta que comenta; voy a reflexionar un poco más sobre ella. Pero quiero retomar la idea de la necesidad de las historias conectadas. A mediados del siglo XVII, el obispo del Cuzco, Manuel de Mollinedo y Angulo, antiguo alumno de los jesuitas, terminó peleándose con ellos por el cobro de los diezmos. Era un gran admirador y lector del obispo Juan de Palafox, como lo muestra su biblioteca. En una carta al presidente del Consejo de Indias, le dice que “en estas Indias solamente hay dos caminos: ser mal obispo o mártir”, parafraseando a Palafox. Ciertamente, como Cárdenas y Palafox, hubo algunos prelados a mediados del siglo XVII que tenían muy interiorizada la idea de lo que significaba la jurisdicción eclesiástica. Mollinedo se enfrentó a las órdenes regulares que evadían el pago de los diezmos por sus propiedades agrícolas, y también por la administración de los sacramentos. Algo similar sucedió en Nueva España.

En lo que se refiere a la ciencia y los jesuitas, yo no he trabajado el tema, tan sólo puedo dar una impresión general. A partir de la lectura de los inventarios de las bibliotecas jesuitas que he podido revisar, dudo que los jesuitas hayan sido muy abiertos a la ciencia moderna; es tan sólo una impresión. Lo que sí creo es que hay una distorsión en la imagen que se tiene de las bibliotecas de la Compañía de Jesús, por lo menos para el caso peruano. Considero que se ha magnificado. Es innegable que fueron muy importantes, pero se les ha sobredimensionado, porque sólo ellas han sido estudiadas y no el resto de las bibliotecas conventuales coloniales. Entonces, para poder hacer una justa valoración de las bibliotecas de la Compañía de Jesús tendríamos que compararlas con las otras bibliotecas institucionales. Por ejemplo, la Biblioteca Nacional del Perú conserva un inventario de finales del siglo XVI-

II de la biblioteca del Convento de San Francisco, que, hasta hoy en día, a pesar de las pérdidas y sustracciones, sigue siendo una colección de enorme valor. Lo maravilloso del inventario es que describe la colocación de los libros, estante por estante. A pesar de que el manuscrito está ahí, nadie lo ha estudiado.

Por tanto, si hubiera más estudios sobre bibliotecas franciscanas, dominicas, mercedarias, agustinas, tendríamos una imagen más completa y compleja del universo de las bibliotecas coloniales. En Lima, al parecer una orden estuvo más abierta a la ciencia moderna: la de san Camilo de Lelis o de la Buena Muerte. Ellos se interesaron mucho por la botánica a finales del siglo XVIII. Pero como el campo de estudio sobre bibliotecas es muy limitado y se ha restringido básicamente a las bibliotecas que pertenecieron a la Compañía de Jesús, no tenemos elementos de comparación. Lo que sí me asombró fue encontrar, por ejemplo, que en 1767 la biblioteca de uno de los colegios más importantes de la Compañía en el virreinato peruano, la del Colegio de Arequipa, yacía prácticamente abandonada. Insisto en que el campo de estudio es enorme y que para hacer una justa valoración del legado bibliográfico jesuita debemos tener elementos para comparar.

En su experiencia, ¿ha visto reflejado el tránsito o el uso del libro en el tipo de encuadernación que ostentan o han ostentado? Por otra parte, ¿cuáles eran los argumentos de la censura en contra de la orden jesuita?

En cuanto a la encuadernación, en verdad yo no he estudiado ese tema, pero hace dos años estuve en la biblioteca del Convento de la Recoleta, en Arequipa, de padres franciscanos, y, desde mi punto de vista, la encuadernación antigua es fácilmente distinguible: las cubiertas de pergamino pertenecientes a los siglos coloniales y las cubiertas de cartón de principios del siglo XIX. No he encontrado cubiertas muy elaboradas de la época colonial, aunque hay contratos para la fabricación de tales con manecillas de metal, cantoneras, cubiertas de tela, no las he encontrado, porque el patrimonio bibliográfico ha sido muy vandalizado.

En cuanto a la siguiente pregunta, como las prohibiciones provenían de Madrid, quienes definían los criterios para la prohibición eran los calificadores en Madrid, y los edictos no siempre contienen las razones al respecto. La prohibición podría ser para la confiscación temporal o la prohibición total, entonces, en algunos casos se señala y en otros no. Lo que importa recordar

es que las censuras que se recibían en los tribunales de distrito (Cartagena, Nueva España y Lima) eran enviadas a Madrid y allí los calificadores del Consejo evaluaban esas calificaciones y tomaban la decisión final. Yo he encontrado un par de casos en los que los calificadores del Consejo, al examinar las censuras de sus pares de Lima, afirman que no han entendido lo que han leído, y sencillamente quedan descartadas. Imagino que, en el caso de Nueva España, deben conservarse muchas censuras de los calificadores locales; en lo que toca a Lima, han sobrevivido muy pocas.

¿Cómo se podría explicar que la mayoría de los libros prohibidos se resguardaban en la Cámara del Secreto o en los llamados “infiernillos” de las bibliotecas conventuales, en lugar de destruirlos? En otros temas, ¿sería posible que compartiera bibliografía respecto al género epistolar?, al ser textos relegados por los estudios literarios, suena increíble la labor de usted para ahondar en ellos.

Los libros que se confiscaban por la Inquisición eran conservados en la Cámara del Secreto y periódicamente incinerados. En el caso de la Inquisición de Lima, para suerte nuestra, cuando en 1813 se suprimió el Tribunal, los encargados de llevar a cabo el inventario de los bienes del Tribunal hicieron un registro detallado de los libros que encontraron en el Secreto, lo cual es una maravilla, porque es el único inventario que tenemos de libros confiscados y en posesión de la Inquisición. Yo estudié esa lista en un libro que se titula *Lecturas prohibidas*. Resulta interesante, según pude determinar, que la mayoría de los libros confiscados no estaban prohibidos por la Inquisición. Lo que hacían los comisarios o algunos calificadores era delatar el libro, y luego éste era confiscado. Primero se confiscaba y después se investigaba. La idea era tener los libros a buen resguardo es decir, que no circularan y por eso se tenían en el Secreto, igual que en el “infiernillo”. Una vez más, en el convento franciscano de Arequipa se conserva una habitación anexa a la biblioteca, discretamente escondida, cuyo acceso es a través de un armario giratorio. Hace muchos años me llevaron allí, pero lo que vi eran materiales en un estado de conservación bastante deplorable. Es claro que la idea de los frailes era mantener ciertos títulos lejos de las miradas inoportunas. En 1813, por un descuido de los encargados que llevaron a cabo el inventario, se dejó abierta la puerta del lugar, lo que permitió el ingreso de un grupo de gente que saqueó el Tribunal, a raíz de lo cual desaparecieron los procesos de fe y algunos de los libros prohibidos. Para suerte nuestra se ha conservado el

mencionado inventario de 1813.

En cuanto al género epistolar, en este momento no recuerdo bibliografía alguna, pero yo invito a revisar la correspondencia particular, así como las memorias de políticos, parlamentarios, empresarios, no solamente gente vinculada al mundo académico, porque con seguridad uno se encontrará con sorpresas acerca de los tipos de libros, las prácticas y experiencias de lectura.

¿Qué injerencia tenía la Inquisición en el proceso de censura previa en el virreinato de Perú, si es que la tenía? En España y Nueva España la aprobación y censura previa era un proceso independiente de la censura inquisitorial. ¿Se da esta misma circunstancia en Perú? ¿Quiénes fueron los principales editores en Lima de libros prohibidos en el siglo xvii? ¿Los libros manuscritos de los que habló cuentan con marcas de agua o filigranas que puedan rastrearse?

Empezaré con la última pregunta. De los libros manuscritos no se ha conservado ninguno, de modo que, desafortunadamente, no podemos estudiarlos en detalle.

En lo que se refiere a los libros prohibidos en Lima, provienen del exterior, principalmente de Europa. Ahora, un libro podría ser impreso en Ciudad de México, en Puebla, en Lima y circular perfectamente, y alguien podía delatar ese libro y provocar que cayera bajo la categoría de libro prohibido.

En cuanto a la censura previa, respondiendo a la primera pregunta, funcionaba de manera idéntica en Nueva España y en Lima, porque había una regulación de mediados del siglo xvi. Las licencias de impresión eran dadas por los representantes de la Corona. El virrey en Nueva España o en el Perú era el encargado de conceder las licencias de impresión, pero para ello se requería una evaluación previa del texto. Éste se solía dar a leer a un jurista, un teólogo, un médico, alguien del mundo de las letras. Si los dictámenes de estos lectores —hoy día diríamos dictaminadores o evaluadores— eran favorables, el texto era publicado; si los dictámenes eran desfavorables, el texto podía quedar archivado. Pero también podía darse el caso de que el virrey estuviera muy interesado en que un libro se publicara y prescindiera de los dictámenes de los censores. Recuerdo el caso de un sermón predicado en el auto de fe de 1605, impreso por Antonio Ricardo en Lima, que el virrey dispuso que se diese a la imprenta sin necesidad de la lectura de los censores.

Gracias por la primera pregunta porque, brevemente, es otro tema de mi

investigación que a mí me plantea una serie de interrogantes. Hoy en día, cuando nosotros enviamos un artículo a una revista académica o a una editorial académica, nuestro “compuescrito”, como le gusta decir a algunos, es sometido a una evaluación, a un dictamen y, a veces, lo puedo decir, el autor, temeroso de que su escrito pueda recibir un dictamen negativo —y me consta—, solicita que tal o cual persona evalúe su texto para obtener lo que en la época colonial constituía la licencia de impresión. Pues bien, en el mundo colonial, estoy casi convencido de que las evaluaciones no eran anónimas, porque siempre los evaluadores —los censores nombrados por el arzobispo, por el diocesano o por el virrey— declaran conocer al autor. Esto plantea una cuestión interesante. ¿Qué tipo de relaciones se establecían entre censores y autores?

Hay un estudio británico sobre cómo funcionaban estas complicidades entre autores y censores en Francia a mediados del siglo XVIII.¹ Algunos pedían al director de imprenta que su obra fuera evaluada por tal persona y no otra. Otro historiador, desafortunadamente fallecido, Raymond Birn, tiene un libro precioso sobre la censura en la época de Luis XV,² donde plantea que ésta no solamente fue represiva, sino que también pudo ser constructiva porque, en los expedientes conservados en Francia, los censores proponían al autor cómo mejorar la argumentación, la redacción o la forma de su texto.³ Entonces, la relación entre autores y censores es un tema realmente complejo e intrigante. ¿Qué objetividad podía tener el censor si es que conocía al autor? Y yo me he encontrado con una censura en la cual el censor declara abiertamente haber pedido ser lector del libro.

Esto me lleva a otro tema, respondiendo su pregunta sobre la edición, una dimensión que es fundamental y a la que yo no le había prestado atención. Cuando en el año 2015 estuve por segunda vez como becario en la John Carter Brown Library, debo confesar que descubrí algo que había pasado desapercibido para mí: el paratexto, esto es, los preliminares de los libros coloniales. Para un estudio de la edición del libro colonial —que es donde yo me muevo con un poco más de comodidad— o para un estudio

¹ Anne Goldgar, “The Absolutism of Taste: Journalists as Censors in Eighteenth-Century Paris”, en *Censorship and the Control of Print in England and France, 1600-1910*, ed. de Robin Myers y Michael Harris (Winchester: Oak Knoll Press, 1992), 87-110.

² *Royal Censorship of Books in 18th-century France* (Stanford: Stanford University Press, 2012).

³ Robert Darnton ha vuelto a tratar el tema en *Censors at work. How States Shaped Literature*.

de las relaciones entre autores y censores es fundamental el paratexto, pues a partir de él se pueden reconstruir muchos aspectos: la relación entre autores y censores, el procedimiento que tuvo el libro para ser impreso —porque hay autores que cuentan las vicisitudes y también opinan sobre los censores—; en fin, el paratexto es una mina muy rica de información. Es por eso que a mí me asombra algunas veces cuando se hacen ediciones de libros, me refiero a ediciones modernas de libros coloniales, que eliminan los preliminares, con lo cual anulan, para quienes estamos interesados en la historia del libro o en la historia de la cultura colonial, la posibilidad de reconstruir lo que Darnton ha llamado “la biografía del libro”.

Parece que en México no hay casos de libros que se saltaran la censura por solicitud del virrey o del arzobispo, según las reacciones que hay en el público.

Quedan varias preguntas y comentarios. ¿El término jurídico es “censura” y la acción o la aplicación de esta acción es el “expurgo”? Un comentario afirma que 70% de los libros que forman la Biblioteca Palafoxiana provienen de acervos jesuitas, tanto de Puebla como de Ciudad de México. En otro comentario nos dicen que en Guadalajara están trabajando con bibliotecas de oidores y han visto de órdenes religiosas: sería importante establecer análisis desde los distintos puntos del imperio.

En cuanto a la primera pregunta, debo confesar que en un momento también a mí me asaltó la duda, porque en el *Diccionario de la lengua* no aparece “censura”, aunque puedo estar equivocado.⁴ En la documentación de los inquisidores, ellos sí hablan de la censura. Ahora bien, la censura tal cual aparece en los textos impresos recibe varios títulos: opinión, parecer, etc.; y cuando se hablaba de “expurgo” significaba eliminar ciertos pasajes del texto, lo que equivalía a corregir los textos mediante la tachadura de palabras o líneas con tinta, cortar páginas o pegar papeles sobre ellas. Claro que hubo algunos censores poco diligentes que lo que hacían sencillamente era marcar con una línea el pasaje censurado y al margen anotaban “censurado por el edicto tal o de acuerdo con el índice”.

En cuanto a la Biblioteca Palafoxiana, no me extraña que tenga libros procedentes de colegios jesuitas, porque una vez que los jesuitas fueron expulsados, sus libros fueron destinados a los seminarios y universidades. En

⁴ No aparece así en el *Tesoro de la lengua castellana*, de Sebastián de Covarrubias, pero sí en el *Diccionario de autoridades*. En este último se da el significado de “parecer, juicio o dictamen”.

el caso del Perú, todos fueron destinados a la creación de una biblioteca en la Universidad de San Marcos. Imagino que en Puebla sucedió lo mismo. Parte de todos los libros fueron destinados al seminario conciliar de esa ciudad y así debió actuarse en otras ciudades.

En lo que se refiere a los acervos bibliográficos, yo estoy convencido de que hubo una circulación de textos en América, de la cual sabemos muy poco, en verdad, porque la gente viajaba y en su equipaje llevaba libros, textos manuscritos e impresos; entonces, algunos textos mexicanos o impresos en México se pueden encontrar en Lima; no muchos, pero se pueden encontrar. Se encontró un texto relacionado con sor Juana Inés de la Cruz, publicado por José Antonio Rodríguez Garrido, quien hizo una edición que publicó la UNAM. Existía una circulación de textos manuscritos e impresos, como también existía una circulación de noticias acerca de lo que sucedía en ambos virreinos.

El mundo de las bibliotecas es fascinante, y las veces que he estado en México he tenido oportunidad de visitar algunas colecciones antiguas en Puebla, y también el Fondo Bibliográfico del Museo Nacional de Antropología e Historia, que son realmente impresionantes. En México se conserva la documentación de la Secretaría del Virreinato, cosa que no sucede en el Perú. De modo que para reconstruir la biografía de los libros, en el caso del Perú pero también de Nueva España, hay que revisar los paratextos, porque contienen una información realmente interesante.

Sí, se conserva la documentación de la Secretaría del Virreinato y ahí tenemos otra mina de estudios. Comentó usted de una biografía prohibida en Perú, publicada en Puebla: ¿los libros de Nueva España llegaban a Perú sin pasar por la Inquisición novohispana? Y, para terminar, quizá una pregunta más general sobre el tema: Umberto Eco habla sobre el lector modelo, ¿cuáles podrían ser las principales diferencias entre ese lector modelo de los manuscritos y lo digital?

Voy a empezar con la primera pregunta. Los libros de Nueva España podían pasar a Lima —y de hecho pasaron a Lima y a otras partes de América— siempre y cuando no fueran libros prohibidos, pero siempre hubo algunos resquicios por los cuales se filtraban libros. En teoría, el libro prohibido no debía circular, pero siempre hubo formas de evitar los controles, es decir, se podía publicar un edicto para prohibir el libro, pero dependía de la buena voluntad del poseedor, o quizá del celo del delator, que tal o cual texto fue-

ra denunciado a la Inquisición y censurado. Los libros prohibidos circulaban, pero eran pocos, fundamentalmente libros europeos. Sin embargo, insisto, un libro que tenía las licencias y que era considerado plenamente ortodoxo, a los pocos años de ser publicado podía ser leído o interpretado de una manera excesivamente ortodoxa por alguien y ser delatado a la Inquisición y confiscado. El libro no tenía la vida asegurada, porque la Inquisición actuaba sobre el texto impreso y eventualmente intervenía e imponía ciertas restricciones sobre la publicación de ciertos textos. Por ejemplo, no se podían imprimir textos sobre astrología judiciaria, pero circulaban de forma manuscrita.

En cuanto a la segunda pregunta acerca del lector modelo, yo recuerdo mucho una entrevista que le hicieron a Umberto Eco hace ya varios años, en la que le preguntaron acerca del futuro del libro, el fin del libro en papel, y el entusiasmo por el libro electrónico; él dijo que si el día de mañana, por un azar del destino se quedara náufrago en una isla, él quisiera estar ahí con un libro en papel. En fin, también Chartier lo ha mencionado. Ahora somos lectores en múltiples formatos. Sin duda, la tecnología, como dije al principio, nos ha transformado en nuestras formas de acceder a la información y al texto.

Usted es un gran ejemplo de la lectura lenta de la que nos hablaba el profesor Carlo Ginzburg en su intervención anterior. Muchísimas gracias, doctor, y esperamos verlo muy pronto con nosotros, ya sea en forma virtual o presencial.

Nuevas perspectivas en la historia del libro

Pedro Rueda

UNIVERSITAT DE BARCELONA

Pedro Rueda combina erudición con una gran facilidad de comunicación. Sus libros, artículos y presentaciones son tan accesibles como sus conferencias, por lo que logran presentar claramente la complejidad de su tema de estudio. Especialista en la historia del libro en España y en la América española, sus trabajos han enriquecido el conocimiento sobre este campo de estudios.

Muchas gracias por estar con nosotros.

Gracias a ustedes, agradezco la invitación.

¿Cómo ha afectado la pandemia su labor cotidiana como académico?

Bueno, ha habido varios niveles. Yo creo que una problemática ha sido la adaptación a los entornos virtuales. Quiero defender cierta capacidad de adaptación que hemos tenido todos los académicos. Hemos sido capaces de dar el salto a lo virtual, en parte porque ya llevábamos parte de ese recorrido. Los alumnos también se han incorporado a las plataformas virtuales con relativa facilidad. Pero también quiero destacar que ha habido algunas pérdidas de comunicación; casi ha desaparecido la comunicación no verbal que los profesores realizamos en el aula y la interacción con los alumnos. Yo echo de menos esa interacción social, que también forma parte de la identidad universitaria: estar juntos, realizar visitas a los centros patrimoniales, realizar talleres y actividades. Hemos perdido en la vida académica y tendremos que plantearnos cómo recuperarlo. En ese sentido, los profesores hemos sido capaces de adaptarnos.

No obstante, la problemática más importante que nos hemos planteado es cómo no dejar atrás a nadie, por las infraestructuras tecnológicas. Se necesita wifi de cierta calidad, una buena conexión, portátiles, y eso fue problemático al inicio; poder mantener el ritmo de la actividad académica en unas condiciones muy distintas. Así que esa relación con los alumnos y con los contextos de investigación se fue transformando.

En lo que concierne más a la investigación, ha habido mayores dificultades, pues al principio nos cerraron los archivos y las bibliotecas. Supongo que en México también. Esa primera etapa fue más compleja, pero creo que ha habido un impulso a las labores de digitalización de las colecciones patrimoniales que ya se venían realizando. No sé cómo lo veis vosotros, pero mi percepción ha sido redescubrir un montón de recursos de información que ya existían y que de pronto el número de sus usuarios se ha incrementado. Por parte de las bibliotecas patrimoniales ha habido una apuesta por lo digital y probablemente hayamos redescubierto el valor que tenía esa estrategia que llevaba a veces más de 10 años desarrollándose. Me gustaría ver las estadísticas de usuarios de los recursos digitales, pero yo he sido probablemente uno de los usuarios que ha estado permanentemente redescubriendo cosas que ya de algún modo había visitado. A veces echo de menos que no se haya incrementado la política de digitalización.

Pero aquí siempre chocamos con los derechos de propiedad intelectual. Algunas plataformas abrieron sus repositorios digitales a principios de la pandemia y se encontraron con pleitos, precisamente por abrir el acceso a documentos que estaban sometidos a propiedad intelectual. Hay un debate importante, en el ámbito de la Comunidad Europea, en torno a las obras huérfanas: ¿por qué no abrir más rápidamente el acceso a fuentes de información de este tipo? En el ámbito académico ha habido un debate sobre cómo potenciar el acceso a los recursos digitales y garantizar que nadie se quede atrás en este aspecto. Son los dos problemas que quizá tuvimos que resolver al principio, para poner en marcha las estrategias.

Nos gustaría saber su opinión en torno a la desconexión entre el mundo de los lectores, el de los legisladores y el de los editores. Las necesidades de los lectores no suelen estar en el radar de los grandes editores, y mucho menos de los legisladores.

Es una problemática de difícil solución, porque es un conflicto de intereses. A la propiedad intelectual le costó mucho construir una arquitectura

que protegiera a los autores. Pero se tiene que negociar claramente en qué momento caducan estos derechos de propiedad intelectual, y hacerlo a nivel internacional es enormemente complejo. Desde hace años la Comunidad Europea está intentando armonizar y simplificar las legislaciones, y facilitar el paso al dominio público. En el caso europeo, la clave es el dominio público. Por ejemplo, la Biblioteca Nacional de España publica cada año una lista de los autores que pasan a dominio público, y en ese momento se pueden digitalizar. Entonces, planteemos abiertamente qué va a ocurrir: si podemos restringir ese derecho de propiedad intelectual para garantizar una mayor difusión.

La otra problemática son las obras huérfanas, cuyo estatus no conocemos y que podrían liberarse, si no se demuestra lo contrario. Hay un debate entre bibliotecarios a favor de liberar las obras huérfanas, lo que probablemente amplificaría por millones las páginas que tenemos disponibles. Estoy de acuerdo en que hay que encontrar un equilibrio entre los diferentes factores. ¿Qué han hecho muchos escritores? Se han saltado a los editores, autofinanciando ellos mismos la edición digital de sus libros. Nunca había habido tantas plataformas de autoedición.

En la publicación científica todo esto es problemático, porque la filosofía con la que hemos trabajado es la evaluación por pares que revisan el trabajo académico, previo a la publicación. Debemos crear alternativas, plantear la evaluación abierta, múltiple, rápida pero efectiva, en la que una comunidad científica realice el análisis. En matemáticas esto se hace desde hace años: antes de la publicación hay trabajos que son revisados por una comunidad. Quizá debamos replantearnos si queremos liberar más rápido los textos de los derechos de propiedad intelectual, lo que implica cambios políticos y reconectar de nuevo a los editores con los autores. Defiendo la calidad del proceso editorial, en el sentido de que esos mecanismos de edición garantizan una disponibilidad o permanencia del texto, pero me he encontrado repositorios digitales que de un año para otro desaparecen. Eso a mí me preocupa enormemente. No conozco los porcentajes reales, pero en el caso de las revistas científicas estamos hablando de que ahora mismo, aunque casi toda la producción científica ya es digital quizá en 60 o 70%. Claro, dentro de 10 años tendremos que poder consultarlos todavía.

La investigación a destajo impide la investigación de largo aliento, impide la lectura

lenta. ¿Qué hacer ante esta situación? ¿Cómo liberar las investigaciones en un sistema digital abierto?

Es un problema que tenemos todos los investigadores que pasamos procesos de evaluación y, de algún modo, ha fragmentado muchos de los estudios en artículos de revista. Es difícil reconstruir una trayectoria en forma de monografía a partir de artículos que responden a metodologías diferentes. Sobre todo, los jóvenes investigadores tienen el reto de publicar en revistas de alto impacto y a la vez plantear una investigación de más largo recorrido. Yo me encuentro con esta dificultad también; hay algunos profesores que lo solventan diseñando previamente un libro. Es una recomendación, sobre todo, para los que hacéis tesis doctorales, plantear publicaciones parciales, pero sin perder la perspectiva global.

Creo que sigue siendo necesario elaborar monografías de una manera mucho más completa y rica, sobre todo en el ámbito de las humanidades y las ciencias sociales. Las monografías siguen teniendo un enorme peso. También es un trabajo de más largo aliento. Entiendo que en el ámbito científico-técnico hay cierta inmediatez, ya que ese trabajo científico tiene una menor perdurabilidad en el tiempo. Es curioso, lo publican en revistas de altísimo impacto, pero sus publicaciones se citan sólo durante un corto tiempo. Son modelos distintos, evaluados de igual modo en las agencias de evaluación científica; eso es un problema que hay que debatir sobre dónde publicar y dónde tener una mayor repercusión.

Eso conecta con la otra pregunta, dónde publicar. Algunos autores plantean publicar en *Open Access*, en acceso abierto. Es un gran reto porque hace falta que las infraestructuras de evaluación científica también evalúen correctamente la publicación en acceso abierto. Claro, a mí me encanta publicar en ediciones que estén automáticamente disponibles. De hecho, hay un repositorio de revistas digitales abiertas, que es el que yo suelo consultar antes de publicar, pero no son las únicas opciones. Aquí la problemática es cómo abrir este tipo de publicaciones, y la existencia de políticas de acceso abierto en las instituciones. A nivel europeo se ha planteado que todos los programas científicos financiados por la Comunidad Europea deban tener una política de acceso abierto. Si no tenemos una infraestructura a nivel de política científica, difícilmente los investigadores podemos renovar y abrir este tipo de planteamiento con la problemática, que seguramente conoceréis también, de las grandes bases de datos de las multinacionales Scopus y Web of Science,

que son las que, de alguna manera, delimitan ese ámbito de impacto científico. Entonces, es un cambio de política científica que se debe debatir con los actores sociales y con los actores de cada uno de los países.

Al principio del confinamiento, el filósofo Giorgio Agamben denunciaba el final de la Universidad debido a la falta de socialización.¹ En su opinión, ¿cómo afectan a nuestras disciplinas los cambios en la comunicación y socialización del conocimiento que pasan ahora por la pantalla?

Es un debate que iremos viendo paso a paso, pero sin duda ha habido muchas interferencias en los procesos de transmisión de conocimiento. Claramente, la virtualidad no sustituye las interacciones; especialmente en la formación universitaria de los primeros años, la falta de presencialidad puede tener mayores consecuencias. La universidad a distancia probablemente funcione mucho mejor para personas con un título o para personas adultas, porque ya tienen una mayor experiencia, pero no para alumnos recién llegados que no conocen las técnicas de trabajo intelectual, que tienen que trabajar de manera muy distinta a lo que habitualmente es el trabajo en las bibliotecas. La búsqueda de información en Google, “googlear”, se ha convertido en una manera de aproximarse al conocimiento, pero es problemática, debido a la fragmentación y a la escasa calidad de las fuentes de información. A mí me preocupa enormemente la técnica de “copia y pega” de algunos trabajos académicos, que está reduciendo la calidad. Esta técnica rápida e inmediata es casi como una satisfacción directa: en dos segundos recuperamos un millón de resultados, pero probablemente la calidad de esos resultados sea lo primero que tenemos que valorar.

A nivel de trabajo global, las herramientas digitales pueden ser una alternativa, en ciertos casos. Hay una serie de actividades interactivas que se desarrollan en los campus virtuales. Ya lo hacíamos antes de la pandemia, pero no habían sustituido la lectura más detenida de los textos ni tampoco habían sustituido el acercamiento al debate. No es un debate virtual únicamente, también hay interacción con otros compañeros; esto puedo hacerlo con las herramientas que tengo, pero no creo que den el mismo resultado. Por tanto, estamos en un *impasse*, debemos analizar hacia dónde queremos dirigirnos.

¹ Giorgio Agamben, “La invención de una epidemia”, en *Sopa de Wuhan* (Buenos Aires: Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio, 2020).

Escuché con mucha atención lo que planteaba el profesor Ginzburg sobre la lectura precisa, repetida, insistente y lenta, y me recordaba precisamente a una lectura intensiva. No veo a mis alumnos realizando una lectura intensiva; los veo haciendo la típica lectura extensiva, una lectura de texto en texto, una lectura picaflor, una lectura de pulga que va saltando, facilitada por el hipervínculo. Pero no sé si debemos sustituir una lectura más lenta por múltiples usos de fuentes diversas, poco fiables y leídas a veces con gran velocidad.

¿Cómo se puede garantizar un aprendizaje eficaz en la nueva modalidad de enseñanza?

Hay herramientas en línea distintas. Yo probé varias estos meses. Pero hace falta un diseño pedagógico pensado para la formación a distancia. Para la primera fase de la pandemia hubo improvisación: tardamos 15 días en activar los procesos de formación en línea, pues cambian mucho la manera de trabajar y los sistemas de evaluación. Un problema que se ha debatido ampliamente en mi universidad es el de realizar exámenes *online* que garanticen la adquisición de las competencias por parte del alumno. Es un debate sobre la transformación a lo digital y que la formación a distancia tiene que hacerse con garantías. Debemos tener la seguridad de que estamos formando de manera adecuada.

Las competencias que hay que evaluar son las mismas, lo que cambia son los sistemas de evaluación, si se puede valorar directamente. En Italia, durante muchos años, se hacían exámenes orales; no estoy diciendo que esa sea la solución, pero digamos que la evaluación oral *online* se puede realizar. A veces, algunas actividades o talleres pueden realizarse con una evaluación entre iguales, trabajando por proyectos. En el ámbito científico se utiliza muchísimo. A principio de la asignatura se indica que este grupo tiene un proyecto de aquí a seis meses, y vemos el resultado con este tipo de pruebas intermedias. La solución que se me ocurre es implicar al alumno más directamente, hacerle partícipe de su aprendizaje y, de alguna manera, garantizar que ese aprendizaje se concrete cuando los alumnos tengan que realizar algo muy específico: desarrollar un proyecto, hacer un prototipo, etc. Generalmente se ponen a trabajar mucho porque tienen que trabajar en equipo, pero debemos cambiar algunas metodologías.

¿Estamos entonces en un momento de viraje provocado por los nuevos medios electrónicos, similar al que se vivió en Europa con la aparición del libro en las universidades

como herramienta cotidiana?

Ha cambiado la manera de aproximarnos a la información. Probablemente el problema sea distinguir la información más fiable, establecer criterios para que esa fiabilidad permita avanzar en el conocimiento. Todo el día recibimos noticias falsas, intentamos evitar trampas, en las que caemos debido a esa lectura rápida. No sé si simplemente se deba a un desconocimiento de la riqueza de las fuentes de información existentes en las bases de datos de nuestras universidades. Por ejemplo, mi biblioteca universitaria da acceso a 20 millones de documentos en línea; sin embargo, los alumnos no la usan de manera suficiente. Creo que las herramientas están ahí; lo que tenemos que hacer es volver al trabajo de una manera como lo proponía el profesor Ginzburg: una lectura más pausada, lenta y reflexiva, eso sí que lo echo en falta, una mayor habilidad en la interpretación de los textos.

Es decir, no debemos quedarnos en la superficialidad, sino reconocer que las técnicas de trabajo intelectual se pensaron precisamente para introducirnos en los textos de una manera mucho más rica y compleja. No perdamos lo que ha sido una trayectoria de trabajo intelectual que ha dado sus frutos no solamente en las humanidades, sino también en los temas más técnicos. Un médico no va a consultar cualquier fuente, necesita una fuente de información altamente fiable. Nadie va a dar un diagnóstico médico consultando Wikipedia. Si el médico está consultando Wikipedia, yo tendría mis dudas sobre él. Si hay fuentes alternativas, fiables y de garantía, ¿por qué no usarlas? Yo di clase en derecho, y los alumnos toman cualquier fuente de información: un blog de un abogado que selecciona los fragmentos de una sentencia que les interesa. El abogado sólo está defendiendo a su cliente, pero la sentencia completa da otra interpretación. Necesitamos un cambio, para advertir a los alumnos que los profesores intentamos enseñarles a tener más recursos.

Usted es el coordinador del máster de Bibliotecas Patrimoniales de la Universidad de Barcelona. Desde su experiencia, ¿qué podemos esperar para los estudios de la historia del libro y la edición tras la pandemia?

En el caso del máster, ha habido un paso a lo virtual. Sólo teníamos un campus, pero nos faltaban algunas herramientas. Se están creando nuevas herramientas en el ámbito de las humanidades digitales. Estos meses he seguido algunos trabajos de codicología virtual, para intentar reconstruir un manuscrito o un libro impreso con herramientas digitales. Eso nos ha inte-

resado porque la colaboración con los centros patrimoniales y los proyectos de investigación permitirán desarrollar nuevas herramientas de aprendizaje. Aquí hay mucho trabajo por hacer, en el que hay que investigar previamente estas herramientas y analizar su eficacia, pero las competencias que trabajamos en el máster ya incorporaban una parte, relacionada con la gestión de proyectos de digitalización, de colecciones digitales y la organización de repositorios.

Las bibliotecas patrimoniales llevan años adaptándose al mundo virtual. Empezaron con la automatización de los catálogos y ahora están elaborando repositorios con metadatos, que permiten la interoperabilidad. Por tanto, tenemos las herramientas, pero tenemos que ponernos de acuerdo, como sociedad, en si queremos invertir más en recursos humanos y si queremos invertir más en la digitalización de los bienes patrimoniales. Se trata de un debate más social, pues las herramientas ya las tenemos; nuestros alumnos aprenden y nosotros estamos intentando adaptarnos a este nuevo contexto digital. Por ejemplo, es muy difícil explicar virtualmente cómo estudiar las filigranas. Me resulta muy difícil explicarlo en línea, pero con una caja de luz, como las que usamos para las diapositivas, y una cámara, se puede hacer. Podemos adaptar la tecnología, y eso ha sido un aprendizaje para mí. Las herramientas ya estaban, de modo que si combinamos lo que existía previamente con las nuevas metodologías del ámbito de las humanidades digitales, probablemente los alumnos descubran que pueden aprender muy rápido y con nuevas estrategias.

¿Podría compartiros algunas claves para incorporar las nuevas tecnologías de la comunicación y de la información en el desarrollo, gestión y difusión del patrimonio documental de fondos antiguos, archivos históricos y colecciones especiales?

¡La pregunta es todo el máster! Los retos son muy similares. Hubo una reunión de la Federación Internacional de Bibliotecarios (IFLA) hace unas semanas, en donde reunieron a responsables de colecciones y casi todos planteaban la misma problemática: estamos preparados para la acción, no tenemos problemas con la tecnología; si nos dan los recursos, nosotros podemos seguir trabajando. Yo quería recordar aquí que los bibliotecarios y los archivistas ya estaban preparados; ahora lo que tienen que hacer es readaptarse y planificar nuevos servicios, a medida de las necesidades de los usuarios.

Surgió una cuestión curiosa cuando analizaron las peticiones de los visitan-

tes del Archivo General de Simancas durante el siglo xx: antes de los años 50, la gente escribía una carta y los archivistas la respondían. Ahora es el correo electrónico: nunca los bibliotecarios habían respondido tantos correos electrónicos. Recordemos que las visitas a los archivos y las bibliotecas forman parte de nuestra actividad profesional, pero también gracias a la consolidación del oficio de historiador en la segunda mitad del siglo xx. Lo que tenemos que conseguir es explicar a los bibliotecarios qué necesitamos.

Hay becas, como la Fulbright, de las que luego se hizo un informe muy interesante. Los investigadores escribían a las bibliotecas y les decían: “¿Nos dejaréis usar la cámara digital mientras estoy trabajando? Porque yo tengo dos semanas, y en dos semanas tengo que recopilar centenares de documentos”. Las bibliotecas y los archivos que dejaban usar la cámara personal fueron visitados por estos historiadores; los archivos y las bibliotecas que no se adaptaban a las necesidades de los usuarios, dejaron de ser visitados. Aprendamos de las necesidades de los usuarios, esto nos dará una pauta sobre cómo mejorar nuestra relación con ellos. Las demandas de determinados fondos digitalizados pueden hacerlos, a veces, proyectos de investigación. Hay bibliotecas patrimoniales que están abriendo convocatorias para indicar qué fondos deben digitalizarse preferentemente. ¿Por qué no escuchar a los usuarios? ¿Por qué no atender necesidades básicas? ¿Por qué no permitir, por ejemplo, que los usuarios puedan usar ese teléfono móvil para tomar una imagen y difundirla de esta manera en Twitter? Tenemos *partners*, tenemos colaboradores que pueden ser aliados de la estrategia de comunicación del fondo o del patrimonio: reinventemos aquello que resulta relativamente fácil con la tecnología, para así poder aliarnos con los usuarios. Y si además ese alineamiento genera nuevos servicios que puedan ser abarcables en un largo o medio plazo, no hace falta crear nuevos repositorios. Reforcemos los que ya tenemos.

¿Qué tema está trabajando actualmente y cómo ha solucionado los problemas que ha traído la pandemia?

Creo que mis estrategias son similares a las de otros académicos. Los primeros meses fueron los de mayor zozobra e inquietud, por no conocer la evolución de la crisis. No tuve un momento tan creativo porque, claro, en el ámbito de las humanidades necesitamos trabajar con fuentes primarias. Entonces, lo que hice al principio fue revisar todo el material que había ido recopilando. Es curioso cómo, a veces, tenemos esta tendencia a no revisar,

a no profundizar en algunos materiales que, releídos, pueden dar una visión distinta. Ese fue un primer ejercicio durante los primeros meses: releer lo que yo había escrito y lo que había reunido.

Preparé un monográfico sobre el libro de bibliotecas en Puebla de los Ángeles, recopilando una serie de trabajos preexistentes, corrigiendo errores, revisándolo. Ese trabajo fue durante los primeros meses de pandemia y fue mi vía para conectar con la parte de investigación, cuando no podía ir a los archivos. Eso me lleva a reflexionar que, en cierto modo, es un momento para analizar hacia dónde queremos dirigir nuestras investigaciones, y también una oportunidad para replantearnos otras.

Después de cerrar este capítulo, llegó el verano, y continuábamos sin poder viajar. En España las restricciones eran importantes. Las estancias que hacemos los académicos en verano, que son fundamentales, yo no las pude realizar ni pude ir a América Latina, ni tampoco pude desarrollar una estancia en el Archivo General de Indias ni en la Biblioteca Nacional de España. Me planteé estudiar algún problema, de alguna manera, me vinculara con estas redes de intercambio del libro, que son uno de los problemas que me interesan especialmente. Robert Darnton ya comentaba en su intervención la necesidad de analizar estos intermediarios, y realmente es clave para la historia del libro. Probablemente el ecosistema del libro funciona de una manera muy diferente a nuestro ecosistema cultural actual, pues el papel de la intermediación del impresor y del librero es muy distinto. Reconstruir eso permite entender las características y las singularidades de los mecanismos de circulación del libro.

Eso me llevó a plantearme encontrar algunos trazos biográficos de estos intermediarios de la Carrera de Indias, para entender la evolución de los circuitos de intercambio. Es decir, analizar el ecosistema cultural a través de la intermediación de estos agentes, pero con algunas pistas que permitieran reconstruir los recorridos, no tanto individuales, sino del colectivo de intercambio que garantizaba la transmisión de textos en el circuito Atlántico, a pesar de ciertas complejidades a lo largo de varios siglos. Me fascina la capacidad de estos intermediarios para adaptarse a un mercado en construcción, en la primera globalización. Y eso me llevó, a su vez, a plantearme si —ya que no podía viajar— podría trazar las biografías de aquellos que sí viajaron en la Carrera de Indias y, en cierto modo, reconstruir quiénes, en tiempos en los que también había notables epidemias y conflictos, habían atravesado todas

esas dificultades. Esto compensaba mi propia situación de no poder viajar; disfrutar de este tipo de biografía me permitía entender estos circuitos de circulación.

Me centraba en alguna familia, pero ya que parte de mis investigaciones se orientan al circuito desde Europa hacia América, me faltaba el retorno. Esos circuitos de intercambio hay que verlos en ambas direcciones. Había personajes como Simone Vassellini, que es uno de los que me gustaría investigar, un librero de Venecia con una tienda en Madrid que tiene problemas económicos. Viaja a Sevilla, le impiden pasar a Nueva España; pero no tiene ningún problema como un pasajero sin licencia, y lo encuentro en México negociando libros en Filipinas. Es un ejemplo de cómo un veneciano entra en las redes de intercambio y en el circuito de nivel Atlántico y Pacífico, en este caso.

Había varias biografías parecidas que me interesaban: la familia de libreros Sarriá y, finalmente, la de López de Haro. Después de pasar el verano siguiendo sus pistas, empecé a trabajar con mayor detalle, y es lo que estoy trabajando ahora con Tomás López de Haro. Es un personaje muy interesante, un librero impresor.

¿Cuáles son los temas o enfoques que le parecen más prometedores en los próximos años, en torno a la historia del libro y la edición?

En el campo de la historia del libro, a mí me interesan mucho los estudios de procedencia de formación y creación de colecciones, pues la parte de catalogación de los bienes patrimoniales sigue teniendo un altísimo valor para conocer cuáles son esos bienes patrimoniales. Pero últimamente estoy viendo un trabajo muy interesante no sólo sobre la descripción de las ediciones, sino también de análisis que se centran más en los usos y las prácticas del libro. La propiedad del libro permite entender cómo se forma una colección, pero también plantea interrogantes sobre sus usos.

Sobre la historia de la lectura creo que todavía queda un gran trabajo por hacer, no sólo analizando las bibliotecas a través de fuentes documentales, sino también desde el aspecto de los discursos del libro, que creo que no lo hemos trabajado suficientemente. Hay un trabajo muy interesante por hacer sobre las recomendaciones de lectura y las estrategias para dirigir al lector. Siempre han existido estrategias en el ámbito del mundo moderno, están en casi todos los manuales desde la época bajomedieval. Recuerdo el libro de

Iván Illich, *En el viñedo del texto*, a propósito del “Didascalicon” de Hugo de San Víctor,² sobre cómo aprender a leer y por qué. Este tipo de discursos de lectura ayudan a entender el valor que se da al libro, por qué formar una colección, y en el ámbito de la historia del libro todavía tenemos mucho terreno.

También creo que hay mucho por hacer en el ámbito de los intercambios y circuitos del libro; todavía hay muchos claroscuros sobre los mecanismos de intercambio en el ámbito del consumo de los textos.

¿Cuáles son los puntos en común que ha encontrado entre los impresos de este lado del Atlántico y allá en España? ¿Cuáles han sido los temas compartidos entre ambos mundos?

Hay infinidad de temas compartidos, en casi de todos los ámbitos. Sin duda, la singularidad son los textos elaborados en el propio territorio americano que necesitan de la imprenta y aquí hay un interés doble por comunicarlo en los propios territorios, tanto en Nueva España como en el resto de los territorios de América, pero también por dar a conocer los descubrimientos y los avances americanos en Europa. Hay muchas biografías de obispos publicadas en Europa, destinadas a un público europeo; cada vez que hay un proceso de beatificación se activan un sinnúmero de publicaciones para transmitir a los europeos las bondades y las virtudes de esos personajes, especialmente en Roma, para convencer a quienes tienen que decidir sobre la beatificación.

Además, como lo señalaba el profesor Guibovich, hay una infinidad de manuscritos en circulación, lo que sin duda nos ofrecería una imagen más completa de esos intereses compartidos. Una parte de la literatura satírica circulaba en forma manuscrita y no la conocemos suficientemente. Hay una serie de polémicas de todo tipo, teológicas, morales y jurídicas, que se desenvuelven de manera manuscrita. Por tanto, hay que atender tanto al impreso como a los manuscritos en ese espacio de comunicación que supone la cultura de esta época, pero también lo textual, lo oral y lo visual, pues de lo contrario nos quedaremos con una visión incompleta. Hay intereses compartidos, sin duda. Pero también hay realidades distintas y adaptaciones en los textos,

² Iván Illich, *En el viñedo del texto. Etología de la lectura: un comentario al “Didascalicon” de Hugo de San Víctor* (México: Fondo de Cultura Económica, 2002).

pero hay que analizarlas y reconstruirlas. Por ejemplo, en la correspondencia entre obispos de diferentes localidades, intercambian puntos de vista y comparten inquietudes y deciden qué sermón conviene publicar en cada lugar. Eso es muy interesante: ver cómo están leyendo los mismos libros, cómo se interesan en una serie de temáticas compartidas pero, a la vez, cada uno de ellos tiene comunidades distintas y se van adaptando a cada una de ellas.

¿En territorios como el nuevo Reino de Granada, donde la imprenta llegó tan tarde, había un mayor consumo de libros europeos o de impresos de Lima y México?

Probablemente en el nuevo Reino de Granada hubo una ausencia de librerías, o quizá muy pocas librerías. Pero sí hubo mercaderes que contactaban con los libreros y que traían libros. Sí hubo circulación del libro. Aparte del libro de Ildefonso Leal,³ que publicó hace muchos años, hay nuevas fuentes y se han trabajado. Hay una tesis que se hizo precisamente sobre esta problemática, pero yo diría más: a través de los circuitos ya existentes llegan mercancías y libros, cartillas, libritos pequeños, lotes para particulares. Lo que no hay es un circuito formal, y aquí volvería a lo que comentaba Robert Darnton: cuando conocemos los circuitos informales, estos dan una idea mucho más rica sobre el consumo de textos. Estamos muy acostumbrados a pensar en la librería: los circuitos de intercambio incluyen la venta ambulante, la venta en otro tipo de tiendas y las circulaciones a través de las redes de mercaderes.

¿Qué tipos de publicaciones son las que se consumen en España procedentes de Nueva España y del México recién independiente?

El consumo de libros novohispanos en territorio europeo para la etapa final de 1750 a 1830 es un tema que conozco infinitamente menos, no soy especialista en ese periodo. Hay muchos menos estudios sobre la llegada de libros a Europa. Sobre la ida hay varios libros; Cristina Gómez Álvarez ha publicado varias monografías sobre los envíos de Europa a Nueva España. A mí me gustaría saber más, porque hay circulación de impresos. Claro, en esta etapa de principios del siglo XIX ya jugamos con unas líneas más complejas, puesto que los libros circulan desde Estados Unidos. Hay imprentas en el

³ *Libros y bibliotecas en Venezuela colonial, 1663-1767* (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1978).

Caribe que imprimen y destinan esos impresos al territorio americano. Hay una serie de imprentas en Londres, donde están algunos liberales españoles —algunos tuvieron que marcharse por razones políticas— que empiezan a publicar periódicos en español, por lo cual se triangula ya de una manera muy diferente.

Yo creo que el siglo XIX tiene esta particularidad: se quiebra el control comercial de la ruta por parte de la Corona española y, por tanto, hay infinidad de posibilidades de transferencia, que son multidimensionales. Hay que jugar con estas variables entre circuitos distintos, porque los viajeros a Estados Unidos regresan con libros provenientes de toda Europa, pero también de Estados Unidos, porque el Caribe cercano es un foco de difusión de determinada literatura política. Hay un juego mucho más rico y más complejo.

El caso de López de Haro y la obra de Lucas de Piedrahíta es fascinante; lo mismo hace el mismo año con esta obra de Echave y Assu, *Estrella de Lima*, sobre el arzobispo Toribio de Mogrovejo, es el mismo caso: dice Amberes, pero en realidad es sevillano también, entonces ahí hay otro caso que puede ilustrar bien lo que usted nos estaba contando.

Sí. En el caso de Nueva Granada, Lucas Fernández de Piedrahíta publicó la *Historia general de las conquistas del nuevo Reyno de Granada*. Este libro es una de las grandes crónicas sobre Nueva Granada. Teóricamente se publicó en Amberes, en 1688. Hace una semana estuve consultando el libro, del que ya teníamos sospechas, y es un libro impreso en Sevilla por el librero e impresor Tomás López de Haro. ¿Qué hacen los libreros? Publican libros que saben que tienen una cierta distribución y Tomás López de Haro pone la marca “Amberes”, para que parezca que es un libro hecho en el ámbito de una gran imprenta europea.

Pero, en resumen, hay una circulación del libro a través de canales informales y a través de los circuitos comerciales preexistentes. Por tanto, Nueva Granada recibe libros y recibe todo tipo de libros, quizá no con la misma frecuencia que recibirá México o Lima, pero allá donde hay redes comerciales, hay circulación potencial de libros.

Robert Darnton trabajó con el Archivo de la Sociedad Tipográfica de Neuchâtel. Pensando en esa experiencia, ¿cuáles archivos considera poco explotados? ¿En qué archivo de México le gustaría estar ahora, teniendo todo el tiempo del mundo?

El Archivo General de la Nación en Ciudad de México es, sin duda, una

mina de información. Es un archivo que tiene todavía un enorme potencial. No solamente hay que leer los documentos, también hay que vincularlos, en mi caso, con las redes de comercio del libro. Sin duda, el ramo de la Inquisición es un terreno esencial que permite el análisis de la circulación de los textos manuscritos. Si queremos reconstruir no sólo la lectura en territorio novohispano, sino también los procesos de escritura y sus singularidades, habrá que acudir a ese tipo de archivos inquisitoriales, donde se encuentra una infinidad de testimonios.

Los archivos inquisitoriales han sido una fuente para toda una serie de rastros e indicios que, de otro modo, no podríamos reconstruir y, por supuesto, los archivos notariales también, aunque suponen una mayor complejidad. Sin embargo, pueden reconstruirse los acuerdos editoriales de, por ejemplo, Tomás López de Haro, mencionado antes. Un documento notarial me ha permitido entender cómo se imprimió un libro y por qué se hizo una portada con un pie de imprenta falso. Él contrató con los jesuitas la edición de un libro que aparentemente se había hecho en Bruselas, pero no era de Bruselas. La prueba documental fue el contrato editorial. Por tanto, los archivos notariales, aunque complejos, son muy ricos y en el ámbito de la historia del libro ofrecen gran seguridad, porque dan información muy precisa de compraventas, inventarios, testamentos; son una fuente bastante fiable.

Esto debe complementarse con otras fuentes más complejas de localizar, pero que cada vez me interesan más, como la correspondencia, que es una mina de información. Existe un catálogo de Antonio Paz y Meliá sobre la correspondencia de los jesuitas, en la Biblioteca Nacional de España. Este tipo de cartas, si estuvieran digitalizadas, las podríamos transcribir cooperativamente y tendríamos una herramienta que probablemente nos daría pistas sobre el intercambio epistolar; en el caso del comercio del libro, lo que se encuentra en esas cartas son listas presentadas en los procedimientos administrativos, pero no tenemos la correspondencia entre los intermediarios.

Cuento un caso: hace poco, dos investigadoras españolas publicaron un caso muy interesante en la revista *Norba*, sobre una familia de Extremadura que negoció con otra parte de la familia en México el envío de unos libros para un joven Gonzalo.⁴ Gonzalo era un joven estudiante de leyes. En 1606

⁴ Rocío Sánchez Rubio e Isabel Testón Núñez, “*Libros de provecho*. Historia y traslado al Nuevo Mundo de una biblioteca extremeña a principios del siglo XVII”, *Norba. Revista de Historia*,

la familia acordó que, en vez de enviarle dinero de una herencia, la enviarían libros para que pudiera estudiar. ¿Cómo lo sabemos? Por las cartas. Curiosamente, se han conservado todas las cartas emitidas desde México y que llegaron a Extremadura. Cuando tenemos una fuente básicamente de microhistoria cómo ésta, podemos reconstruir realmente cómo funcionaban esos intercambios informales. En este caso, es una familia que se pone de acuerdo para garantizar que un estudiante de leyes reciba un lote de libros que le permita desarrollar su actividad profesional como abogado.

Busquemos en las fuentes, descubramos nuevas fuentes de información y leámoslas de manera diferente.

Siempre ha parecido interesante el testimonio de lectura que representan los tejuelos y las múltiples interpretaciones que se pueden sacar de ellos. ¿Ha encontrado en sus frecuentes visitas casos interesantes al respecto?

A mí me interesan todo tipo de intervenciones, todas las marcas, las señales, los indicios, claro, porque cualquier indicio señala un uso del libro. Los tejuelos son habitualmente una manera de marcar. Si vemos de una manera general cómo fue intervenido el libro en su parte exterior, hay una evolución. Desde el siglo XV en adelante, el libro se interviene en los cantos, colocando a pluma el nombre del autor o alguna palabra del título, puesto que los libros no se colocaban con el lomo a la vista, sino al contrario. A lo largo del siglo XVII muchas bibliotecas giran los libros y empiezan a mostrar precisamente al canto.

En el siglo XVIII, el tejuelo adquiere una importancia extraordinaria como un elemento para poner a la venta el libro, también porque a lo largo del siglo XVIII los libros ya están encuadernados en muchas librerías, por tanto, el lector puede acceder a la librería y necesita leer el tejuelo para conocer la obra. Previamente muchas librerías del XVI o del XVII venden los libros en rama y se contrata la encuadernación al momento de la compra, por lo cual el libro tendrá el adorno o decoración externa que se quiera pagar. Si se tiene dinero, se puede hacer una encuadernación en pergamino, un poco más de dinero permite una encuadernación en piel y si hay mucha capacidad de inversión, una encuadernación en tafilete con hierros dorados.

Pero sí, todos esos elementos exteriores indican mucho sobre la colocación

del libro, la evolución que ha tenido dentro de una colección, y creo que son más interesantes de lo que a veces imaginamos, y no rastreamos lo que hay tras este tipo de elementos.

¿Podría recomendar trabajos producidos en el ámbito hispanoamericano sobre estudios de procedencias?

Es un tema que ahora me está interesando muchísimo, en realidad no es nuevo, en el sentido de que siempre ha habido un interés muy claro por la procedencia; por ejemplo, los libreros en el siglo XIX se preocupaban por la procedencia para incrementar el precio de venta del libro. Ahora nos interesa en el marco de la historia del libro. Por ejemplo, un estudio de Cristina Dondi sobre los incunables del siglo XV⁵ hace un mapa que permite ver la movilidad de los libros, qué bibliotecas han estado a lo largo del tiempo, y eso nos permite entender en qué momento hay un interés por los incunables.⁶ Los incunables de Oxford, por ejemplo, son fascinantes, pero la colección de Oxford es una colección que se forma en el siglo XIX, por lo cual, si conocemos el origen, podemos entender el porqué de entender y/o reconstruir las colecciones.

El proyecto de antiguos poseedores de la biblioteca de mi universidad va en este sentido, precisamente porque nos permite entender e interpretar más correctamente cómo fue la evolución de determinadas bibliotecas. La biblioteca de la Universidad de Cervera en el siglo XVIII tenía apenas 120 libros y es un caso muy interesante. Puede que no fueran el foco cultural, pero en las casas de los catedráticos se formaban las tertulias y había una serie de colecciones que estaban disponibles para los profesores. Reconstruir la propiedad permite entender ese tipo de problemáticas y dar una visión más amplia.

Para hacer todo esto, tenemos que ser capaces de mejorar los catálogos, incorporar en ellos la información de propiedad y, por otro lado, crear herramientas que permitan reconstruir estas colecciones digitalmente. Los proyectos de Humanidades Digitales nos pueden ayudar.

⁵ *A Catalogue of Books Printed in the Fifteenth Century now in the Bodleian Library*, A. Coates, K. Jensen, C. Dondi, B. Wagner y H. Dixon, editores, 6 vols. (Oxford: Oxford University Press, 2005).

⁶ El proyecto se puede consultar en <https://15cbooktrade.ox.ac.uk/visualization/>.

Sobre bibliografía hay muchísima menos información. Ahora estaba buscando e intentando recordar una de las pocas monografías que se han realizado para el caso americano, que es una monografía precisamente publicada en Bogotá sobre uno de los fondos, pero seguro hay otros trabajos. Alberto José Campillo publicó *Censura, expurgo y control en la biblioteca colonial neogranadina*,⁷ es un trabajo metodológico sobre el estudio del expurgo y la propiedad. Si tuviéramos un número suficiente de estudios sobre esta procedencia, quizá podríamos hacer estudios comparativos. Pienso que es aquí adonde debemos llegar: estudiar las procedencias como un elemento de la movilidad del libro, relacionado con la historia cultural de cada contexto.

La base de datos CERL (Consortium of European Research Libraries) reúne por país todas las páginas y los proyectos digitales que hay sobre procedencias. ¿Cuál es la importancia de registrar los testimonios de procedencia en los impresos? Quienes estudian procedencias se encuentran ante un gran impedimento: los catálogos casi nunca incluyen información de este tipo. ¿Será esto una cuestión de tecnología?

Los formatos MARC (Machine Readable Cataloging), por ejemplo, no permiten que esto sea así. ¿Cómo se podría empezar a verter esta información? Para estudiar las procedencias, los usuarios deben pedir todos los ejemplares de una biblioteca, y esto es imposible.

Aquí hay dos problemáticas. La razón de ser no creo que sea tecnológica, yo creo que es una razón de ser de la esencia misma del proceso de catalogación. Tradicionalmente, construíamos la bibliografía a partir de la elaboración de la edición; la descripción estaba destinada a tener dos apartados, describir la edición y toda la información del ejemplar iba a una nota, por decirlo así, o iba a la información del ejemplar que en MARC (el formato que utilizamos) va en otro apartado y por tanto no era recuperable fácilmente, porque no se normalizaba la entrada. Técnicamente es posible solventarlo, no creo que haya demasiadas dificultades, pero tenemos que replantear qué tipo de catálogo queremos, y ésta es una reflexión para los bibliotecarios.

Si describimos ediciones y emisiones, tenemos un catálogo de control bibliográfico. El ideal era el control bibliográfico del patrimonio, pero ahora queremos saber algo más, queremos saber quién poseyó el libro porque eso nos permite hacer estudios culturales, lo cual nos plantea otra problemática:

⁷ Alberto José Campillo Prado, *Censura, expurgo y control en la biblioteca colonial neogranadina* (Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2017).

tenemos que incluir información de los antiguos poseedores que sea fiable. A veces, la dificultad está en establecer claramente la normalización del antiguo poseedor: si es una institución, resulta relativamente fácil; si es un propietario del que tenemos únicamente un ejemplar, quizá haya mayores dificultades. Pero, en mi experiencia, si queremos garantizar que se pueda recuperar esa información de una forma razonablemente sencilla, debemos incorporar la información de una manera normalizada en la propia descripción de la edición. Técnicamente es posible, la cuestión es si queremos añadir este trabajo adicional.

Hay un ejercicio que les recomiendo a los alumnos del máster: comparar el catálogo de incunables de la Bodleian Library de principios del siglo XX y el último que publicaron. En el primero hacen un estudio de la edición, mientras que en el último la edición ocupa 4 líneas y, sin embargo, la descripción de la procedencia ocupa media página. ¿Por qué? Porque los investigadores están haciendo estudios de uso del libro, estudios de prácticas con el libro, y están reconstruyendo la propiedad.

Esto tiene particular importancia en esta biblioteca, en la Bodleiana, porque justamente su catálogo ya empieza a reflejar esta información. Hay información valiosa sobre los libros que poseyó Icazbalceta que están allá, y lo hemos empezado a ver poco a poco.

Sí, claro, depende de las políticas de cada uno de los centros de normalización. Aquí, como investigador, yo lo planteo porque es un reto para los que trabajamos en ese ámbito; yo creo que los próximos años lo iremos pidiendo, y algunas bibliotecas ya comienzan a incorporarlo, cuando sus servicios técnicos resuelven cómo incorporar este tipo de información normalizada. Entiendo que hay una problemática técnica, pero yo creo que es soluble, creo que hemos pasado de unos catálogos que tradicionalmente tenían una finalidad de localización de las ediciones a unos catálogos que tienen que responder algo más; ahora enlazan a recursos digitales, que amplían la información disponible, con lo cual enriqueceremos los catálogos, pues hay cierta demanda de parte de los usuarios.

¿Considera más importante el rescate filológico de los acervos que el engrose del aparato conceptual historiográfico?

Yo lo resumiría de una manera muy clara: retornemos a las fuentes, volvamos a los archivos. Es así de sencillo. Muchos de los debates historiográficos,

si responden a una recuperación de fuentes documentales, bienvenidos sean. Si responden a algunas problemáticas epistemológicas, pues también habrá que reflexionar sobre ello. No descarto reflexiones más teóricas, pero yo necesito el archivo, necesito documentar la información. Mi experiencia en el caso de las investigaciones en México es que los archivos son muy ricos y no han sido explotados suficientemente. Hay un gran potencial en los archivos mexicanos y sois vosotros los que tenéis, en este sentido, más capacidad para ir trabajando estos documentos, enriqueciendo el conocimiento y planteando este tipo de investigaciones desde las propias fuentes documentales. Icazbalceta ya lo intentó en su momento y, sin duda, recopiló una cantidad ingente de documentación, pero interesado en determinados problemas relacionados con la edición. Hoy en día nos interesan otro tipo de problemáticas, y si cambiamos las preguntas, tenemos que volver a las fuentes para responderlas. Ahora, yo soy un historiador, por tanto, necesito tocar el documento, leerlo y a partir de aquí me planteo las problemáticas.

¿Podría profundizar en el tema de las humanidades digitales, de qué manera la pandemia está influyendo en el desarrollo de esta rama de las humanidades?

Respecto a las humanidades digitales, mi experiencia es más limitada. He participado en algunos proyectos, pero sin duda casi todo lo que vamos a hacer en los próximos años, de un modo u otro, va a estar vinculado con proyectos de humanidades digitales. Es decir, estamos construyendo bases de datos que en muchos casos estarán abiertas; por tanto, estamos construyendo nuevas maneras de entender los objetos que estamos trabajando digitalmente y las humanidades digitales los enriquecen. Aquí hay un proyecto de transcripción paleográfica cooperativa, por ejemplo, que me ha interesado mucho y que hemos visto en el máster: transcribir cooperativamente el documento a través de una serie de herramientas digitales. ¿Por qué no? Identificar, como ha hecho la Biblioteca Nacional de España, las procedencias de las encuadernaciones que no se habían podido todavía identificar. El proyecto digitalizó las cubiertas y las puso en línea, en una semana la mitad estaban identificadas; es decir, podemos no solamente crear nuevos proyectos, sino que yo invitaría a que esos proyectos fueran lo más participativos posibles, para fomentar la creación de comunidades entre investigadores, con los investigadores que ya están en los propios centros patrimoniales, pero también con otros que todavía no saben el potencial que pueden aportar.

Entonces, creemos proyectos muy transversales que sean inclusivos y que generen comunidad en torno a las bibliotecas.

Este último punto es fundamental. Debemos aprovechar lo poco bueno que tiene la pandemia y transitar para allá.

Le agradecemos muchísimo su presencia en la plática.

Quiero agradeceros la oportunidad de debatir con todos, fue un placer estar aquí, y quiero animar a los que nos escuchan a visitar los archivos y las bibliotecas patrimoniales. Si uno va a un museo, no lo dejan trabajar con un Goya, pero puedo ir a una biblioteca patrimonial e investigar con un libro del siglo XVII. Eso es una oportunidad que no debemos desaprovechar. Los investigadores tienen mucho trabajo por hacer. Les animo a volver a los acervos cuando se pueda y comenzar investigaciones con materia y fuentes primarias.

El reto digital de las bibliotecas

Anne Pasquignon

BIBLIOTHÈQUE NATIONALE DE FRANCE

Tras la apariencia tranquila y silenciosa de las bibliotecas hay, en realidad, una gran actividad: las colecciones no están estáticas. Junto con un equipo de especialistas, Anne Pasquignon se encarga de coordinar toda esa actividad en la Biblioteca Nacional de Francia (BNF): clasificar, catalogar, adquirir, responder a los usuarios, fomentar la creación de nuevos servicios, pero sobre todo, dar una respuesta eficaz y adecuada durante la crisis sanitaria.

Muchas gracias, madame Pasquignon, por aceptar esta invitación. Estamos muy contentos de darle la bienvenida.

Soy yo quien les agradece. Me honra esta invitación y la oportunidad de hablar de la Biblioteca Nacional de Francia y de sus retos actuales, que son comunes a la mayor parte de las bibliotecas, al menos a las bibliotecas nacionales de muchos países.

Para empezar con un panorama general, hablemos de su trabajo y sus responsabilidades en la BNF.

Soy directora adjunta de la Dirección de Colecciones para asuntos científicos y técnicos. Ésta es la dirección más grande de la BNF, con unos 1200 empleados, que coordina al resto de los departamentos de colecciones. Para lograr sus objetivos, la Dirección de Colecciones se apoya en el trabajo de otras direcciones, porque las actividades son cada vez más técnicas: conservación, digitalización, informática, tratamiento de adquisiciones por Depósito legal para los documentos impresos, etcétera.

Tengo a mi cargo la coordinación de 14 departamentos situados en las diferentes sedes de la BnF: la sede François Mitterrand en Tolbiac, la sede Richelieu en el centro de París y la Biblioteca del Arsenal. Trabajo con un equipo de 10 personas, cada una encargada de un expediente particular. La función de este servicio es definir, coordinar y vigilar las actividades de los 14 departamentos de colecciones de la Biblioteca.

Mi dirección también participa en la reflexión sobre cómo atraer público nuevo. La cuestión del público y de su renovación tiene una importancia notable. La BnF creó hace unos tres años una dirección dedicada a las relaciones con los usuarios, llamada Dirección del Público, precisamente para abordar problemas relacionados con la conquista de nuevos usuarios y la fidelización de los ya existentes. Aunque la BnF es una biblioteca imprescindible para la investigación, su tasa de frecuentación se encuentra a la baja desde hace varios años. Con el aumento de la oferta digital en Internet, junto a las operaciones para facilitar el acceso, los usuarios presenciales han disminuido.

Otro servicio bajo mi dirección es el Inventario Retrospectivo, que se encarga de la catalogación de los libros anteriores a 1830 y de las publicaciones periódicas anteriores a 1960. Esas obras se encuentran ya, salvo excepciones, en el catálogo. Pero su catalogación, efectuada hace mucho tiempo, puede estar incompleta. El objetivo del Servicio del Inventario Retrospectivo es corregir las fichas catalográficas, establecer una datación cuando sea necesario, alimentar los directorios de librerías e impresores, participar en los trabajos de investigación y en las publicaciones, así como redactar inventarios, a nivel nacional, de información general, para la prensa regional. Este servicio ha sido muy solicitado en los últimos años, cuando los programas de digitalización se concentraron en las obras publicadas en Francia durante los siglos XVI y XVII. Las fichas de estas obras necesitaban enriquecerse y corregirse, para tener mejores metadatos.

Una de las misiones de la BnF es la investigación. Por ello, ha establecido una vasta política que hace posible la implementación de proyectos en muchos ámbitos vinculados con el mundo del libro. ¿Cómo afectó la crisis sanitaria del covid-19 los programas de investigación?

La BnF tiene una política muy importante de desarrollo y apoyo a la investigación desde hace varias décadas. Esta misión fundamental aparece en el decreto de creación de 1994. Aunque los usuarios son mayoritariamen-

te investigadores, la Biblioteca tuvo la iniciativa de abrir convocatorias destinadas a jóvenes investigadores, para animarlos a trabajar en los fondos de la Biblioteca.

Desde 2003, anualmente se publica una convocatoria, lo que permite becar a 12 investigadores al año. En 2020 la Biblioteca inició una nueva etapa al decidir financiar, con la ayuda de otros establecimientos científicos, dos contratos posdoctorales anuales. En 2021, tras la creación de un Data-Lab, se otorgó una nueva beca financiada, en el marco de una asociación con un organismo de investigación. Esta beca fue otorgada a cinco candidatos ganadores, con proyectos sobre los datos digitales (Gallica, Depósito Legal Web, etc.). Además, desde 1994 la BnF maneja con su propio financiamiento un plan cuatrienal de investigación. Este apoyo es solicitado por numerosos socios, para participar en programas de investigación con financiamiento externo: de algún Labex (*Laboratoire d'excellence*), de la ANR (Agence Nationale de la Recherche), de la Comisión Europea, etcétera.

Durante la crisis sanitaria, la Biblioteca continuó sus trabajos de investigación y no hubo interrupción en la organización de las convocatorias a investigadores ni en la evaluación de las candidaturas. La Biblioteca proporciona condiciones privilegiadas a los investigadores becados. Les garantiza facilidades de trabajo y los pone en contacto con un experto de la Biblioteca en su tema de estudio, quien se compromete a guiarlos y a apoyarlos.

La Delegación de Estrategia e Investigación se encarga desde 2008 del seguimiento de los programas de investigación de la Biblioteca, de las relaciones con universidades y de organizar periódicamente reuniones de resultados. Estas reuniones refuerzan los vínculos entre los jóvenes investigadores y la BnF, para lograr que sus trabajos beneficien a un público más amplio. Al finalizar sus trabajos, se invita a algunos investigadores a organizar exposiciones, publicar un artículo en la revista *Chroniques de la BnF* o participar en un blog de investigación del establecimiento. Durante la crisis sanitaria, esas reuniones continuaron organizándose vía Zoom, lo que paradójicamente contribuyó a facilitar los intercambios, menos intimidantes que en el ambiente de una sesión presencial.

Nos preocupa mucho poder acoger en nuestras sedes a esos investigadores, aunque puedan efectuar parte de sus investigaciones a partir de recursos disponibles a distancia. De todas formas, nuestra capacidad para recibirlos es limitada, ya sea por los espacios de oficina disponibles o por el

tiempo que los bibliotecarios puedan destinarles. Estimamos que nuestro máximo se sitúa alrededor de unos 30 investigadores a la vez. La apertura de un nuevo espacio, el DataLab, permitirá recibir a otros investigadores en el campo de las humanidades digitales.

Durante la primera cuarentena de la epidemia de covid-19, la Biblioteca permaneció completamente cerrada al público y al personal, desde el 17 de marzo al 11 de mayo de 2020, salvo los equipos de seguridad y de vigilancia. La Biblioteca abrió de nuevo el 6 de julio, pero a la mitad de su capacidad, con el fin de garantizar las condiciones de distancia social entre usuarios, conforme a las normas sanitarias. Debió cerrar de nuevo entre el 3 de octubre y el 23 de noviembre de 2020. El resto del tiempo estuvo abierta al público bajo condiciones estrictas, pero que permitieron continuar el servicio.

La jornada laboral se dividió en trabajo a distancia y presencial, para respetar las instrucciones del Gobierno, lo que limitó la oferta de servicio en las sedes. Sin embargo, muchos investigadores pudieron continuar su trabajo desde sus casas, consultando los recursos digitales disponibles en Gallica, la biblioteca digital de la BnF, que cuenta con unos ocho millones de documentos de todo tipo. Se pusieron en funcionamiento nuevos servicios y se pusieron a disposición de los usuarios materiales a distancia (bases de datos, libros digitales, etc.), a los cuales la Biblioteca estaba inscrita y que sólo podían consultarse dentro de las sedes, así como un programa de entrevistas individuales con un bibliotecario vía Zoom.

La actividad con universidades, instituciones académicas, museos u otras bibliotecas no se detuvo con la pandemia. ¿Cuántos visitantes tenía la sede más grande, Tolbiac, antes de la pandemia?

En 2019, antes de la pandemia, la Biblioteca recibía más de 900 mil usuarios en las salas de lectura de todas las sedes y casi 400 mil en las otras actividades, como exposiciones, conferencias, conciertos, etc. Debido a las restricciones sanitarias estas cifras han bajado, más o menos a la mitad. Hemos estado trabajando a la mitad de nuestra capacidad, lo que explica también que el número de lectores haya disminuido tanto. Pero muchos usuarios se quejaron de que durante este periodo no pudieron venir a trabajar a la Biblioteca, a falta de lugares disponibles.

¿Observa cambios duraderos, positivos o negativos, para la BnF a raíz de esta crisis?

De cierta manera, esto ha sido muy positivo porque nos obligó a buscar

soluciones y mantener los vínculos con los lectores a través de la red. Desde este punto de vista, la crisis sanitaria fue un acelerador y facilitó la adhesión del personal a las nuevas medidas.

La lección principal que sacamos es una toma de conciencia de la necesidad de desarrollar los servicios a distancia para los lectores, incluso fuera de los periodos de pandemia. Esto corresponde a las modalidades de trabajo de los lectores actuales. Los servicios *in situ* fueron trasladados a distancia gracias a la informática: servicios de digitalización inmediata o de urgencia, entrevistas de ayuda a la investigación personalizadas vía Zoom, etc. Este último servicio fue puesto en marcha desde junio 2020, antes de la reapertura al público, y tuvo mucho éxito por la necesidad de contacto con otra persona durante un periodo de fuerte aislamiento, pero también por el atractivo de un servicio individualizado y a la medida, posible gracias a la informática. Este servicio también estaba disponible por chat o por teléfono y se volvió accesible a toda persona que deseara obtener información sobre la Biblioteca y no sólo a los lectores que contaran con una credencial. Esta asistencia a distancia se mantuvo tras la reapertura de la Biblioteca, y consideramos seriamente mantenerla. Eso necesita, desde luego, un número suficiente de personal, la dificultad se encuentra en poder garantizar, a la vez, el servicio en persona y a distancia.

La otra lección que nos deja este periodo de pandemia concierne al acceso a distancia a los recursos electrónicos a los cuales la Biblioteca está suscrita. Gracias a los acuerdos con los editores, una gran parte de esos recursos se puso a disposición de todos los usuarios de la Biblioteca y pudimos constatar un aumento de más de 150% en el número de consultas, lo que es un resultado extremadamente positivo. El objetivo es mantener el acceso a distancia a estos recursos cuando la situación vuelva a la normalidad, lo que necesitará una reflexión sobre la oferta, en función de los públicos concernidos.

Un proyecto anterior a la pandemia, pero que podemos relacionar con esta política de apertura, consiste en dar acceso a los archivos del Depósito legal web, que cuentan con millones de datos, en el marco del establecimiento de sedes alternas de la BnF, instaladas en el seno de algunas instituciones asociadas. Se trata, pues, de una política de apertura y de conquista de nuevos públicos, volviendo los recursos electrónicos aún más accesibles.

¿Se negoció la reapertura de la BnF con los empleados durante la pandemia? ¿Hubo un orden por parte del Gobierno o la biblioteca tuvo su propia estrategia?

La BnF, que depende del Ministerio de la Cultura, junto con la Biblioteca Pública de Información del Centro Georges Pompidou, obtuvo una autorización del Ministerio de la Cultura para reabrir rápidamente las salas de lectura, tal como lo habían hecho las bibliotecas universitarias. Seguimos las instrucciones gubernamentales relativas al trabajo a distancia. Las condiciones de reapertura se decidieron en conjunción con los sindicatos.

Es muy interesante el papel de la biblioteca como lugar de la memoria no sólo francesa, sino mundial. La BnF es una “biblioteca universal” a la que acuden lectores provenientes del mundo entero. Resguarda la producción editorial francesa pero también objetos, documentos y obras provenientes de todo el mundo, además de mantener numerosos proyectos con instituciones patrimoniales extranjeras.

En efecto, la BnF tiene colecciones muy importantes no sólo del patrimonio francés, sino también del patrimonio mundial. Esto es consecuencia del interés mostrado, desde su fundación, por la cultura de otros países y por su política de enriquecimiento de las colecciones, que es muy antigua y continúa hoy en día. Tiene que ver con la antigüedad de esta biblioteca, que se remonta a Francisco I y al establecimiento del Depósito legal en 1537, o si nos remontamos más atrás, a Carlos V. Por tanto, a lo largo de los siglos se han constituido colecciones muy importantes, provenientes de otros países.

Además, la BnF es una biblioteca de investigación en la que los lectores consultan textos producidos en el extranjero. Por ello, la Biblioteca adquiere cada año alrededor de 50 mil obras, la gran mayoría en lengua extranjera. A ello se agregan las obras adquiridas por donación o provenientes de países de Europa del este o de Medio y Lejano Oriente.

Esos documentos constituyen el patrimonio de la biblioteca y se conservan en las mismas condiciones y con los mismos cuidados que las colecciones francesas adquiridas por Depósito legal. Los fondos extranjeros conservados en la BnF están plenamente integrados en nuestros programas de digitalización y valoración, y dan lugar también a numerosos proyectos de investigación. Tras la reapertura completa en 2022 de la sede Richelieu, el objetivo es dar un lugar todavía más importante a las colecciones extranjeras, a través de una política cultural que les dará la prioridad, principalmente en la programación de exposiciones. Los conjuntos documentales

antiguos más prestigiosos son destacados a través de exposiciones. Recuerdo, por ejemplo, la exposición China, el Imperio del Trazo (*Chine, l'empire du trait*), de 2004, que presentaba más de una centena de obras chinas excepcionales, o las grandes exposiciones sobre los manuscritos mogoles o las miniaturas árabes.

También podemos mencionar el portal web “Patrimonios compartidos” (*Patrimoines partagés*), que reúne un conjunto de bibliotecas digitales constituidas cada una con un país extranjero y que rinde testimonio, a través de documentos conservados en la BnF, de las relaciones mantenidas entre Francia y el mundo a lo largo de los siglos. Hoy, existen seis colecciones de este tipo: “Bibliothèques d’Orient”, “France-Brésil”, “France-Chine”, “France-Pologne”, “France-Vietnam” y “La France aux Amériques”. Los documentos conservados en la BnF son presentados y descritos por especialistas en la materia, universitarios o de otras instituciones.

La colección “France-Vietnam” merece una atención particular, pues fue la ocasión de digitalizar más de 10 mil documentos vietnamitas que formaban parte del Depósito legal de Indochina (1922-1954) y que la Biblioteca Nacional de Vietnam no poseía. Ese trabajo permitió completar un conjunto, puesto a disposición de los investigadores vietnamitas y franceses.

La BnF ha enriquecido sus colecciones sobre todo gracias al Depósito legal, cuyo marco jurídico se remonta a Francisco I. Es una referencia no sólo por su perennidad, sino también por su eficacia. ¿Cuáles han sido los últimos desarrollos del Depósito legal?

La evolución esperada en este campo constituye uno de los más grandes retos a los cuales se enfrenta la BnF. En varios sectores, principalmente en el del audiovisual y de video, somos testigos de un abandono del soporte físico a favor del digital. En la ausencia de una ley que extienda el Depósito legal a la edición digital, la Biblioteca no puede garantizar su misión de depositaria, consistente en recolectar el conjunto de documentos producidos, comercializados y difundidos en Francia.

Este fenómeno toca a otros sectores, como el de la edición musical, la fotografía periodística, la cartografía, etc. Para todos esos documentos, la producción en papel tiende a desaparecer, si no es que ya desapareció. La ley de 2006 sobre el Depósito legal digital debe ser adoptada este año 2021. Es una ley muy esperada por la Biblioteca pues le permitirá garantizar sus misiones, pero también representa un gran desafío por la masa de información

concernida, imposible de recopilar en su totalidad. Se trata de una evolución que representa un cambio en el volumen de documentos por recopilar. Desde 2016 o 2017, la BnF comenzó a trabajar sobre este tema, con el fin de tener la capacidad técnica y recibir los documentos digitales.

En lo que concierne al Depósito legal web, se efectúa de dos maneras: una recolección amplia, efectuada una a dos veces al año, que constituye una “fotografía” de la web. Es una instantánea que no profundiza en el contenido de los sitios, pero constituye un testimonio de la producción en Internet en un momento dado. La otra forma, más profunda, es una recolección selectiva de sitios elegidos, según el interés documental, por los encargados de las colecciones de la Biblioteca, cada uno en su disciplina. Así, el último año, la Biblioteca inició una compilación en la web francesa del conjunto de sitios que trataban sobre el covid-19. El resultado es un corpus de documentos único, quizá el más completo en Europa, que ya ha suscitado gran interés entre los investigadores.

Por su parte, el Depósito legal de documentos físicos tiene como objetivo la exhaustividad. Para lograrlo, se envían recordatorios a los editores que olvidan cumplir con su obligación. Este principio no puede considerarse con los documentos digitales, debido a las cantidades concernidas. La colecta requiere una selección, así como una política documental. Por estas razones, el Depósito legal digital de sonido, video, fotografía y otros no podrá ser exhaustivo.

Eso constituye una paradoja de lo digital. Hace algunos años pensábamos que podría conservarse todo gracias a lo digital, pero la exhaustividad todavía hoy se aplica mejor al papel.

Así es. Puede parecer paradójico porque la colecta digital es automatizada y *a priori* más fácil, mientras que el Depósito legal de soporte físico es manejado pieza por pieza. Otro punto importante es el de los recursos que rebasan las capacidades de tratamiento de la Biblioteca y requieren automatizar la recuperación de los metadatos.

¿Cuáles han sido las evoluciones y desafíos de los oficios bibliotecarios durante los últimos años?

Las evoluciones más importantes se relacionan, sin duda, con lo digital. Esto comenzó por iniciativa de la Biblioteca, con la digitalización de las colecciones libres de derechos de autor, lanzada desde el anuncio de François

Mitterrand sobre la creación de “una nueva biblioteca de un tipo completamente nuevo” a finales de los años 90. Luego, a partir de 2007, se concedieron financiamientos importantes para digitalizar las colecciones impresas a gran escala. Se trataba de constituir una colección que pudiera hacer contrapeso a otras bibliotecas digitales.

Aunque los recursos asignados hoy sean menos elevados, la digitalización constituye una actividad que continúa movilizandando muchos departamentos de la BnF y que tiene que ver tanto con las colecciones de impresos como con los documentos especializados (manuscritos, grabados, cartas, mapas, etc.). Estas operaciones de digitalización ofrecen la oportunidad de efectuar un trabajo de fondo en las colecciones antiguas de la Biblioteca, de mejorar su descripción y, sobre todo, de valorarlas mejor. Hoy en día Gallica cuenta con más de ocho millones de documentos. Es accesible a todos de manera gratuita y recibe muchas consultas, con más de 17 millones de visitas anuales.

La frecuentación en las salas de lectura de la Biblioteca, por el contrario, ha disminuido desde hace una década. Quizá habría que hablar más bien de cambios en la utilización de la Biblioteca por los investigadores. Antes, los investigadores pasaban su jornada de trabajo en la Biblioteca y la consideraban su segunda oficina. Hoy, cada vez más investigadores frecuentan la Biblioteca de manera puntual y breve para recopilar información complementaria a la que encuentran en línea. Hemos desarrollado servicios en nuestras sedes para responder a las nuevas necesidades y apoyar una utilización diferente de los espacios por los lectores: posibilidad de presentar documentos a los estudiantes, utilizar salas para trabajar en equipo, etc. Proponemos también servicios para facilitar la explotación de recursos digitales protegidos por derechos. Este objetivo originó un proyecto de creación de un DataLab, que será oficialmente inaugurado en el otoño 2021 y puesto a disposición de los investigadores en humanidades digitales.

Esta oferta de servicios se concibió en asociación con otros organismos de investigación que aportan toda su experiencia en servicios digitales. El proyecto también consiste en crear, a través de DataLab, un lugar de socialización donde los investigadores puedan conocer a otros investigadores y trabajar en un ambiente propicio para el intercambio y la comunicación.

Otro gran proyecto actualmente en curso, ligado a lo digital, concierne a la herramienta de producción del catálogo. Se trata de una reestructuración

de nuestra herramienta de catalogación, para responder a las normas LFM de la IFLA. Más de 300 personas en la Biblioteca están involucradas directamente en este proyecto que modificará su práctica de catalogación.

La Biblioteca le pone mucha atención a este proyecto, debido a su impacto en el personal. Los agentes que tienen un mejor conocimiento del modelo de catalogación tendrán que aprender de nuevo una parte de su oficio. Se trata de un desafío importante en términos de gestión del personal. Desde el principio, el equipo a cargo del proyecto fue muy consciente de la necesidad de guiar al personal en este cambio e integró esta acción en su plan de trabajo: organización de jornadas para presentar el proyecto, propuestas de pruebas, establecimiento de una red de asesores e instructores cercanos a los empleados y listos para resolver dudas y temores. La Biblioteca es prácticamente la única institución a nivel nacional que ha emprendido un cambio de esa magnitud en todo su catálogo.

¿Las colecciones digitales de la BnF son accesibles sólo en Francia?

Los documentos digitalizados en Gallica libres de derechos son accesibles sin condición, sin credencial de la Biblioteca y de manera completamente gratuita no sólo en territorio francés, sino desde cualquier lugar del mundo. En cambio, aquellos materiales por los que la BnF debe pagar son accesibles en cualquier lugar del mundo siempre y cuando se tenga una credencial de la Biblioteca.

¿Qué documentos se encuentran en la sede Richelieu y cuáles en la sede Tolbiac?

Los impresos y los documentos audiovisuales se conservan en la sede Tolbiac. Los documentos especializados (manuscritos, grabados, cartas y planos, música, artes del espectáculo) se conservan en la sede Richelieu.

La sede Tolbiac fue un proyecto del presidente François Mitterrand, quien en 1988 anunció la construcción de “una biblioteca de un tipo completamente nuevo”, con mayor capacidad para recibir usuarios que la biblioteca antigua en la sede Richelieu. Puede decirse que la sede Tolbiac fue inaugurada en dos momentos: en 1996 la biblioteca llamada “Jardín planta alta” (*Bibliothèque Haut-de-jardin*) al público general. Las colecciones que se encuentran ahí pueden consultarse en libre acceso y están destinadas a un público con nivel de licenciatura. En 1998 abrió la biblioteca de investigación, es decir, “Jardín planta baja” (*Bibliothèque Rez-de-jardin*). Ésta comprende las colecciones

conservadas en los depósitos de los antiguos departamentos de Impresos y de Publicaciones periódicas, que antes se encontraban en la sede Richelieu. También se encuentran las colecciones del antiguo Departamento de la Fonoteca, que se convirtió en el Departamento de Audiovisuales.

Entre los dos niveles de la sede Tolbiac podemos recibir alrededor de dos mil personas, mientras que antes, entre los tres departamentos alojados en la sede Richelieu se podían recibir simultáneamente sólo 500 personas. Así, el espacio se multiplicó por cuatro.

La mudanza fue la oportunidad de reforzar el carácter enciclopédico de las colecciones. Por ello, se crearon cuatro departamentos temáticos: los departamentos de Filosofía, Historia y Humanidades; de Derecho, Economía, Política y Prensa; de Literatura y Arte, y el de Ciencias y Técnicas. La creación de departamentos temáticos respondía a una preocupación por dar igual importancia al conjunto de disciplinas, puesto que anteriormente el público se componía sobre todo de investigadores en humanidades: en historia —puesto que contamos con un fondo extraordinario sobre historia de Francia— y en literatura. El objetivo del proyecto de “una nueva biblioteca” coincidía en dar la misma importancia a todas las disciplinas y subrayar el conjunto de campos del conocimiento. Fue un cambio muy importante, acompañado también de una política de adquisición de obras en lengua extranjera en todos los campos del conocimiento.

¿Cuáles son los criterios para digitalizar los materiales de la BnF?

La política documental ha evolucionado a lo largo de los años. La BnF digitaliza los impresos de manera masiva desde 2007. Desde 2009 digitaliza las colecciones especializadas: manuscritos, grabados, mapas, partituras, música, etc. Los primeros años, las cantidades de impresos que se llevaban a los talleres de digitalización eran muy importantes. La selección de las obras por digitalizar se hacía mediante un examen sistemático de los estantes, lo que resultó ser el método más eficaz.

Al principio, se digitalizaban las obras publicadas en Francia que no presentaran un riesgo de daño material. Se temía mucho que la digitalización, al forzar la encuadernación, dañara los libros. Así, las obras encuadernadas en cuero del siglo XVI y XVII, que no se podían abrir con facilidad, fueron descartadas de la operación. En los últimos años, los equipos técnicos han progresado mucho y los riesgos de degradación son muy limitados. Se estableció

un reglamento de política documental para la digitalización, que fija las grandes orientaciones a seguir por los departamentos y le permite al público conocer los ejes que se siguen. A las campañas de digitalización sistemática por disciplina siguieron campañas más selectivas, con el fin de llenar lagunas en Gallica. Se constituyeron corpus, reagrupando documentos por temática, en el marco de clasificaciones específicas y editorializadas.

Hoy, la prioridad la tiene la prensa. Gracias al programa RetroNews, que es el sitio de la BnF dedicado a la prensa y administrado en asociación con el sector privado gracias a la filial “BnF Partenariats”, se han digitalizado miles de microfilmes de prensa. La política de digitalización de la BnF en materia de prensa se intensificará en los próximos años. Esto tiene que ver con otro proyecto, muy importante para la BnF, que es el de la construcción, hacia 2027, de un nuevo centro de conservación, que integrará al Centro Nacional de la Prensa.

¿Qué otros tipos de objetos digitaliza la BnF?

La Biblioteca destina también un presupuesto importante a la digitalización de documentos especializados desde 2009: manuscritos, estampas, mapas y planos, música, monedas y medallas, etc. Hay series casi completas disponibles en Gallica, como los fondos de los grandes fotógrafos del siglo XIX y XX. El fondo Atget¹ sobre París es un ejemplo. También se han realizado digitalizaciones de objetos en 3D, por ejemplo, una selección de globos antiguos, en colaboración con la sociedad japonesa DAI, en el marco de un mecenazgo.

Todas esas digitalizaciones pueden consultarse en el sitio Gallica, en particular, en la rúbrica “Sélection”. Ahí se clasifican por tipo de documentos, periodos, artistas, etc., y son muy útiles tanto para especialistas como para el público en general.

¿A cuánto asciende el presupuesto otorgado a la BnF anualmente por el Ministerio de la Cultura?

El presupuesto anual está en el orden de millones de euros. La digitalización es confiada a prestatarios externos que instalan sus talleres en la Biblioteca, por razones de seguridad y con el fin de estar cerca de los departamentos.

¹ Jean-Eugène-Auguste Atget (1857-1927), fotógrafo francés.

Los grandes proyectos de digitalización han sido coordinados por la filial de la BnF, “BnF Partenariats”: la digitalización de obras publicadas en Francia durante los siglos XVI y XVII, por el editor ProQuest, así como la base de prensa RetroNews, que propone 1500 títulos publicados entre 1631 y 1950. En cuanto a lo audiovisual, también se han digitalizado un buen número de vinilos, en asociación con editores.

Los presupuestos importantes son consagrados ahora a la digitalización de periódicos, con la perspectiva de la futura creación del Conservatorio Nacional de la Prensa. Esta digitalización necesita trabajos de restauración de los fascículos largos y costosos, pues se trata de documentos extremadamente frágiles. También están los gastos del Reconocimiento Óptico de Caracteres (OCR, por sus siglas en inglés), para facilitar la búsqueda de términos en los textos, lo que aumenta los gastos. El presupuesto ha bajado, a pesar de que era muy importante al principio, puesto que la intención era competir con Google, lo cual evidencia un proyecto político.

Ahora, Gallica cuenta con alrededor de ocho millones de documentos y permite también el acceso a alrededor de un millón de documentos provenientes de otras bibliotecas, gracias a la cosecha de esos fondos en el marco del programa “Marca blanca”, servicio que propone a los establecimientos una plataforma de difusión y una garantía de archivo perenne. Hay casi una decena de bibliotecas involucradas, la primera fue la de Estrasburgo, que digitalizó sus colecciones y las archivó en el sistema de conservación digital SPAR (SCORM Public Access Repository);² ahora son accesibles vía Gallica.

En Gallica, estos documentos aparecen señalados con su origen de estas bibliotecas. Esta política de “marca blanca”, que se desarrolla cada vez más, da como resultado un servicio de paga. Las bibliotecas pagan para que sus colecciones digitales sean integradas en el sistema de archivo de la Biblioteca. Esto ha cobrado impulso, porque la cuestión de la conservación de información digital es una que todos se plantean, y la Biblioteca tiene la suerte de contar con un sistema de archivo propio. Eso hace que Gallica se convierta paulatinamente en una biblioteca digital nacional, con una parte cada vez más importante de fondos que provienen de otras bibliotecas.

² SCORM: Shareable Content Object Reference Model (Modelo Referenciado de Objetos de Contenido Compartible). Es un conjunto de especificaciones para estandarizar la producción de contenidos en aprendizaje electrónico (e-learning).

Una conclusión, dos años después

Desde la celebración de las conferencias que forman este volumen hasta su publicación, han pasado más de dos años y, sin embargo, no podemos negar que en este tiempo fuimos testigos de una crisis global que abarcó prácticamente todos los aspectos de la vida. Como el resto de nuestra cotidianeidad, la práctica de la lectura tuvo que reconstruirse, y surgieron nuevas estrategias para realizarla. Quizá en lo que interese indagar ahora es en la profundidad y la duración de estos cambios.

Tras reencontrarnos con estas conferencias hemos advertido claramente que no leemos de una sola manera y que el libro físico, tal como lo conocemos en Occidente, no es el único objeto que se lee. La definición del libro es variada y plástica y, por tanto, también lo es la de la lectura. La lectura puede ser por placer, por trabajo, por necesidad... ¿La pandemia vio nacer la lectura por supervivencia? ¿Supervivencia al encierro, al aislamiento, a una aparente inmovilidad? Hay que plantearse esta pregunta, porque —admitamos— incluso la pandemia afectó a la población mundial de manera desigual: aquellos que no pueden detener su trabajo bajo pena de no llevar el sustento a sus casas —los trabajadores y proveedores, de los que depende el resto de la población— fueron, sin lugar a duda, los más impactados. Sin embargo, para quienes tuvimos el privilegio de poder encerrarnos, la lectura fue un refugio y una actividad que cultivar. ¿Qué fue del resto de la población? Un vasto campo de estudios históricos y antropológicos espera a sus tesis en un futuro inmediato, para saber qué fue de la lectura entre los que no podían detener sus actividades.

Esta reflexión nos lleva a proponer, a mediano plazo, otra visión de la simbiosis entre lectura y medios digitales que, si bien ya llevaba varios años generalizándose y hasta podía considerarse establecida, durante la pandemia se exacerbó y se perfeccionó. Las plataformas digitales como Youtube, Twitter —ahora X—, Instagram, TikTok y otras, fueron medios para el surgimiento de miles de *booktubers*, *booktokers*, *instabookers* y demás divulgadores de todo tipo de literatura. Círculos de lectura virtuales, lecturas colectivas vía Zoom, recreaciones de episodios literarios en Instagram y un largo etcétera fueron algunos de los productos de la imaginación de millones de usuarios que, por gusto o por necesidad, dieron otra dimensión a los contenidos de sus lecturas. Fueron posibles, además, discusiones en vivo y en directo entre lectores, editores y autores en dos, tres o más países. En algunos casos, las casas editoriales incluso se acercaron a estos divulgadores, para colocar sus productos bajo sus sellos.

Tampoco olvidemos a las librerías virtuales, que inundaron las mismas páginas. Además de las plataformas digitales tradicionales de venta de libros, las redes sociales dieron cabida a librerías físicas o recién establecidas que, de no haber contado con esa posibilidad, hubieran desaparecido, ahogadas por la falta de ventas. Títulos y precios se negociaron vía mensaje directo o gracias a respuestas veloces, a hilos en Twitter, publicaciones en Instagram o anuncios en Facebook.

Quedan por discernir los límites y alcances de los cambios obligados por el coronavirus. Si bien las instituciones culturales, educativas y de investigación tuvieron que adaptarse para garantizar la continuidad de la actividad, insistimos en que ese alcance no fue homogéneo en ningún país ni alrededor del planeta. La tecnología es costosa y aunque la inversión sea redituable a largo plazo, en términos sociales y democráticos no se puede disponer de los mismos recursos a lo largo y lo ancho de nuestras sociedades.

Son interrogantes por estudiar los cambios en los hábitos de lectura, los efectos entre los diferentes segmentos de la población, las modificaciones a nivel de formatos y géneros, y cuestiones sociales de gran importancia, por ejemplo, cómo fueron afectadas las mujeres editoras, escritoras, comerciantes y lectoras.

En resumen, si algunos cambios tecnológicos provocados por la pandemia han sido unánimemente bienvenidos, quedan por explorarse sus profundidades, sus límites y sus consecuencias. Tal es el caso de este ciclo de confe-

rencias que, dicho sea de paso, hubiera sido imposible fuera del contexto de la pandemia y sin la tecnología actual.

Los resultados de este ejercicio académico de difusión y reflexión comienzan a ser visibles y, como consecuencia directa, las sesiones han continuado aun cuando la pandemia ha entrado en una fase endémica; las actividades presenciales retornaron, pero la modalidad virtual de congresos, reuniones académicas y conferencias definitivamente llegó para quedarse. En cualquier caso, queda patente que, por su relación íntima con la sociedad, las lecturas, por escasas o abundantes que sean, no son inmunes a los acontecimientos mundiales.

Pablo Avilés
Manuel Suárez
Septiembre 2023

LAS LECTURAS NO SON INMUNES
REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA DEL LIBRO
Y DE LA EDICIÓN DESDE LA PANDEMIA

editado por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM.

Versión PDF se terminó en julio de 2025

En su composición se utilizaron tipos Baskerville de 9.5, 11, 16, 23
y Garamond 3 en 12.2 y 9.3 puntos.

DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL IIB

Coordinación editorial: Josué Brocca Tovar Kuri.

Corrección de estilo: Alejandra Ortiz Hernández.

Corrección de pruebas: María Bertha Guillén.

Diseño y formación de originales: Natalia Rojas Nieto.

Cuidado de la edición: María Bertha Guillén.

COORDINACIÓN EDITORIAL
Y ADAPTACIÓN A FORMATO PDF
Hilda A. Maldonado Gómez